

EL SITIO DE LAS ABRAS

Fabián Dobles

Incluye ficha metodológica para el docente

Programa
Érase una vez...
Obras de Interés Cultural y Educativo



Fabían Dobles Rodríguez

EL SITIO DE LAS ABRAS





Programa Érase una vez

Coordinación del programa: Melvin Gómez Quesada.

Diseño y diagramación: Luis Diego Parra Vargas,

Dirección de Vida Estudiantil, Ministerio de Educación Pública.

Fotografía: Ana Mariela Rodríguez, Teatro Nacional.

Edición: Lilliam Corrales Torres y Roxana Lobo García.

Ministerio de Educación Pública, MEP

Quedan reservados todos los derechos sobre la presente edición.

Se prohíbe su reproducción sin permiso previo.

Ejemplar gratuito, prohibida su comercialización.

ÍNDICE



Introducción.....	4
Sobre el autor.....	5
Sobre la obra.....	6
El contexto histórico.....	7
Visión de la directora	8
Mediación pedagógica sugerida	9
La obra	11

INTRODUCCIÓN



El Programa “Érase una vez...” realizado en conjunto entre el Ministerio de Educación Pública y el Teatro Nacional del Ministerio de Cultura y Juventud, le brinda a la población estudiantil acceso a obras artísticas de gran calidad, al mismo tiempo los estudiantes tienen la oportunidad de conocer el Teatro Nacional, que fue declarado recientemente símbolo nacional.

“El sitio de las abras”, es una obra que posee contenidos de patrimonio cultural e inmaterial de gran valor. Esto tanto en lo que se refiere a la recuperación de momentos fundacionales de la historia nacional, como por la reconstrucción de la vida, uso y productos materiales propios de procesos básicos en la construcción de la identidad de los costarricenses.

SOBRE EL AUTOR



Fabián Dobles nació el 7 de enero de 1918 y murió el 22 de marzo de 1997. Autor costarricense de la generación del 40. Su producción literaria destaca por su riqueza estilística pero en especial por la denuncia social, su compromiso con los sectores desposeídos, especialmente los campesinos y su amor al costarricense que cultiva la tierra, en sus textos lo retrata con respeto.

Entre la producción de Dobles destaca: *Historias de Tata Mundo* (incluida en la colección de la UNESCO), *Ese que llaman pueblo* y *Los años, pequeños días*.

Como reconocimiento a su trayectoria literaria fue galardonado con el Premio Nacional Aquileo J. Echeverría (1967), Premio Nacional de Cultura Magón (1968), Premio Áncora en novela (1992), entre otros.

SOBRE LA OBRA



El sitio de las abras se publicó en 1940. A través de la historia de cuatro generaciones de la familia Vega, el lector puede ver la relación del campesino costarricense con la tierra. La forma en que se apropian de las abras, las trabajan y luego las pierden para que queden en manos de los grupos poderosos. Una novela crítica, con marcada denuncia social.

El texto no caricaturiza al campesino, por el contrario lo muestra fuerte, valiente, decidido. Con la lectura de la novela descubrimos una Costa Rica que apenas comenzaba a construirse, en donde los labriegos intentaban ser los dueños de las tierras que cultivaban pero que pronto se convirtieron en peones de sus propias abras.

CONTEXTO HISTÓRICO



Cuando se lee la novela El sitio de las abras el lector puede dar una mirada a la Costa Rica de mediados del siglo XX, un país en formación en donde los campesinos buscaban nuevas tierras para formar la nación que conocemos hoy. Una Costa Rica rural, campesina, luchadora enfrentada con un grupo poderoso dispuesto a apropiarse de la tierra sin importar los medios. Contada quizá de forma maniquea pero que ilustra de manera sencilla la formación de nuestro país.

VISIÓN DE LA DIRECTORA



La versión teatral de esta novela de Fabián Dobles, nos presenta la vida intensa de aquellos ancestros que tuvieron alguna vez un pedazo de tierra y una comunidad. En esa antigua meseta central de Costa Rica, un grupo de abreros (quienes abren la montaña para hacerse un pedacito de tierra para vivir) se enfrenta a un peligro más serio que el salvaje monte: la avaricia, la idea “progreso” y los intereses ajenos.

La comunidad canta y lucha pero con grandes desventajas. Con el tiempo, los descendientes hemos perdido el hilo de las vivencias de nuestras familias y creemos que lo que hoy tenemos es un logro y un avance. Las preguntas más importantes ahora serían: ¿Cuándo perdimos la paz social? ¿Porqué se gestaron discordias en plena guerra fría, a mitad del siglo XX? ¿Porqué decimos aún que somos labriegos sencillos?

Estas y otras preguntas buscan respuesta entre los momentos de lucha de esos nuestros héroes antiguos, los abreros. Dispónganse a sentir una vida efímera, ágil, intensa, acompañada de hermosa música y en un entorno en donde la realidad y los sueños, nos llevan a imaginar nuestro pasado.

Y para anudar, enlazar y tejer la historia, la hemos hecho junto con artesanos y portadores de cultura que aún hoy, sostienen expresiones de nuestras identidades, haciendo canastos, sembrando nuestro sustento, trabajando el cuero, procesando cabuya, cantando y bailando la vida... vida que, para qué la queremos nueva, si lo único que tenemos es el suelo para arraigar nuestras esperanzas.

Tatiana de la Ossa
Directora

MEDIACIÓN PEDAGÓGICA SUGERIDA



DESPUÉS DE LEER LA OBRA Y ANTES DE VER EL ESPECTÁCULO

Ñor Espiritu Santo Vega es el pilar de una familia de campesinos que se enfrentaron a la naturaleza para poder labrar la tierra y vivir de ella. A lo largo del texto, conocemos tres generaciones de Vegas. Qué le parece si nos damos a la tarea de hacer un árbol genealógico. Para ello, pídale a sus estudiantes que busquen material de desecho y en papel periódico empiecen a relacionar a los miembros de la familia, le ayudamos con algunos: Remigio, Magdalena, Marcelino, Martín, Dolores...

En plenaria, solicíteles que presenten el trabajo realizado. En una pizarra mural exponga las propuestas de los estudiantes.

DURANTE EL ESPECTÁCULO

Cuando visitamos el teatro siempre hay normas que seguir para que todos puedan regocijarse con el espectáculo.

Repase con sus estudiantes algunas de las reglas de la etiqueta en el teatro:

- Llegar temprano.
- Mantener el celular apagado.
- No levantarse una vez empezado el espectáculo.
- No tomar fotografías ni hacer videos.

DESPUÉS DEL ESPECTÁCULO

Las noticias en torno a la familia Vega.

En la puesta en escena se pudo ver todas las peripecias, enfrentamientos, alegrías y sufrimientos que sufren todos y cada uno de los Vega. ¿Le gustaría proponerles a sus estudiantes que conviertan todas esas situaciones en noticias? Para ello, repase la estructura de la noticia y el periódico y pídale que, en grupos, hagan uno con por lo menos cinco noticias relacionados con los acontecimientos de El sitio de las abras.

Al final, puede montar una exposición en el aula o la biblioteca con los periódicos elaborados por los estudiantes.

LA OBRA

I



Ha molido el tiempo tanta harina de hombres y de días, que los que hoy viven allí y los que llegamos de paso, alguna vez, lo ignoramos casi todo. Y, sin embargo, aquellas que ahora no son lejanías, pero que lo fueron entonces, tienen una historia larga, honda y también dolorosa. Solo que ha ido pasando sobre la tierra casi inadvertida, como tantas otras, y los huesos de los que fueron y la esculpieron con sus vidas se hallan ahora transformados en la savia de los árboles, en el humus de los cafetales y en el mugido apacible de los bueyes.

No obstante, todo está allí, escrito en medio de la montaña con recia hombría de abuelos campesinos y de viejos tíos que mascaban tabaco para luego escupirlo, y con la ruda femineidad de sus mujeres de furibundas manos y corazón apto para lo imposible.

Hace más de tres veintenas de años la región que hoy se nos aparece como un enorme mosaico verde poblado de haciendas y cruzado de carreteras era guarida de jaguares en montaña casi virgen. Los valles donde en nuestros días apacientan sus riquezas de café, caña de azúcar y pastizales los hacendados florecientes y viven las peonadas de sangre pálida, a la sazón apenas si empezaban abrirse ante los pasos del hombre. Era el tiempo del señorío milenario del bosque y del río impetuoso. El animal salvaje trazaba sin cesar su malla de pasos sigilosos por el húmedo suelo y el pez vivía libre de la zarpa humana.

Ancho el espacio bajo las lluvias torrenciales. Desde las vegas solitarias la geografía iba ascendiendo a las cumbres de las cerrerías, y, por todo, la naturaleza aún no violada por el hombre civilizado. Allí solo se había oído hasta entonces la subterránea voz de la vida a través del aullido de la fiera y el labio poderoso de las lianas. Apenas, hacia el borde, por el lado de los

hombres, podía visitarse una finca y comer pan bajo un techo: el de ñor Rosa Vargas, que había comprado hacía algunos años una naciente hacienda y ya contaba con varios centenares de hectáreas empastadas y un buen hato de ganado. Más adentro, tras del lindero natural de los robles y los cedros, todo esperaba el hacha.

Y las hachas llegaron.

Lentamente, una tras otra, empezaron a cantar.

Eran campesinos de la Meseta Central, que al fin acudían, desde Heredia y desde Cartago, construían un rancho con troncos y cascarones arrancados a la montaña, sufrían, peleaban, y comenzaban a vencer contra los ríos, la lluvia y la cerrada arboleda.

Una vez, llegó y echó su anda otro más, ñor Espíritu Santo Vega, que venía con sus dos hijos mayores, de quince y dieciséis años, formados con músculo duro y dispuestos, como él, a hacerse un lugar sobre la tierra. Tomaron por la ribera del río abriéndose paso con sus machetes y, cuando hubieron caminado bastante más adentro de donde un enorme pedrón señalaba las lindes a la hacienda de ñor Rosa Vargas, el padre sonrió y mirando a sus muchachos dijo:

Aquí empezaremos a voltear la montaña.

Qué pocas y desnudas palabras. Tamaña sencillez, decirlo así, tan optimista y simplemente. ¿Sabían aquellos campesinos toscos, saludables y entusiastas el inenarrable esfuerzo que se estaban proponiendo? Voltear la montaña... ¿cuando aún no tenían albergue, cuando llegaban apenas provistos de sus hachas y machetes y de unas cuantas provisiones que a lo sumo si les habrían de alcanzar para algunas semanas? Pero ¿acaso no se tenía la voluntad dispuesta y el corazón repleto de esperanza? Por eso habló ñor Espíritu Santo con tan sencilla llaneza. Y uno de sus hijos, con cierto respeto, con visible temor, se atrevió a contradecirle:

Tata, ¿no le parece que es mejor que principiemos a hacernos el rancho?

Y el ñor escupió hacia un lado, se golpeó la punta de su enorme bigote con el dedo índice y replicó, cortante:

El rancho será endespués. Por ahora dormiremos donde los Menas. Ellos ya llevan un año aquí, y son amigos.

Amigos: qué necesidad de amigos. No se poseía otra cosa que el pecho decidido y los brazos, los brazos. Era agradable saber que otros más antes ya habían iniciado su lid con la naturaleza y podían ayudar. Que si no, ¡por Dios!, hubiera sido lástima perder preciosos días construyendo el albergue, ahora cuando urgía aplastar selva para sembrar en buen tiempo el maíz del primer año.

Después, el padre con sus cuarenta y cinco años auestas, todavía vital, todavía huesoso y forzado, se escupió las manos y tomó el hacha. Iban sus hijos a imitarlo, y en eso él, soltando la filosa herramienta, miró hacia el cielo, hincó la rodilla en tierra y exclamó con su gruesa voz:

Hijos, empecemos rezando.

Se arrancaron de las cabezas los sombreros de paja y, arrodillados, dijeron el Padre Nuestro. Y en seguida, Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, líbranos, Señor, de todo mal, por tres graves y resonantes veces. Parecía impresionante, sí, señor, parecía impresionante. Creían, confiaban, y por eso principiaban rogando. Después fueron las hachas las que anudaron, relucientes como estrellas fugaces, su propia y acerada oración. No estaban solas. Confortaba escuchar el seco y rítmico sonido de otras más: las de los Menas, Morales, Cotos, Vásquez, Leitones, Camachos y Mirandas. Cada una hacía su oficio demoledor, minucioso y certero. Unas a otras se llamaban y se contestaban, como las aves de la montaña. Diálogo esculpido a golpes por los hacheros en el vientre de la selva; iguales a fabulosos pájaros carpinteros que construyeran sus nidos en el corazón de los árboles. Pero ellos: brazos, sudor, espaldas encorvadas no lo decían, ni lo pensaban. Trabajaban. Edificaban. Abrían... Abrir, romper, botar para levantar, como todo lo verdadero. Estaban edificando las abras, nuestras antepasadas las abras, madres de todos nosotros y de nuestros hijos, esas que están olvidadas bajo las sementeras de hoy y cubiertas por el hojarascal de los tiempos.

Aquello había pasado en la mañana. Hacia el mediodía la tarea iba adelantando paso a paso. Ñor Espíritu Santo era experto en esta clase de trabajos y por eso, en tanto que hundía su hacha en los troncos, aconsejaba a sus muchachos:

Mucho cuidado. No se les vaya a ir la mano con el corte de esos cóbanos. Esto de apear muchos palos de un solo tiro es muy peligroso, porque si se viene uno abajo antes de tiempo se trae al suelo los otros estando uno debajo y lo pueden matar.

De allí que no los cortaran por completo, sino hasta un punto en que, aún cada árbol en pie, con el peso del que dejaran de último caerían todos en cadena, necesariamente.

Al atardecer, listos buen número de cortes, ñor Vega y sus hijos salieron al sitio en que habían comenzado, donde quedaba un hermoso ceibo intacto, y este fue el que, tronchado del todo, inició la voltea al caer recostándose en el vecino y el vecino en el siguiente, hasta terminar la cadena en los más lejanos. Los hijos de ñor Espíritu Santo, agotados por la faena, abrillantaban sus ojos de la admiración por su tata y lo bien que había salido el empeño.

Sí comento él, pero no crean que esto se puede hacer asina no más. Hay que tener conocimiento. Sé de hombres que echaron a perder el trabajo de varios días por una chambonada. Hicieron los cortes muy poco hondos y a la hora de echar el último palo sobre los demás, estos no se cayeron y hubo que dejarlos como estaban. Hubiera sido matarse, meterse debajo a completar los cortes preparados.

Así es que, ¿si nosotros no hubiéramos arreglado bien los palos...?

Pues, a dejarlos quietos y comenzar mañana en otra parte, porque arriesgarse con ellos sería como tirarse a los cachos de un toro bravo.

Todos sudorosos y untados de resina cogieron sus herramientas, bajaron por la orilla del río y, más luego, tomando por una vereda abierta en la carne de las arboledas, arrumbaron a lo de los Menas, donde ya habían estado la víspera. Ya aquí, se habló, se comió y, entre el ladrido de los perros y el susurro sonoro y múltiple que llegaba desde la noche, el cansancio los hizo dormir como si fueran otros tantos troncos derrumbados.

Al amanecer, apenas asomando el sol, de nuevo se encontraban el padre y los hijos ampliando el abra, que era ampliarse a sí mismos, prolongándose y sembrándose como si fueran semillas, en la tierra.

Creo exclamó ñor Espíritu Santo al terminar el día, que otra vez tendremos algo nuestro.

Y, tornándosele el semblante pensativo, puso su mano sobre el hombro de Fermín, el de quince años, y continuó:

Pero no va a resultar fácil, no, muchachos. Esto no es bueyar ni coger café en los lados de Heredia. Esto es de veras joderse como hombres. ¿Contentos? ¿Creen que vale la pena?

Los muchachos estaban tan fatigados que difícilmente le respondían con un par de sosegadas sonrisas. Mas, claro que se sentían satisfechos.

Bueno, había climas peores. Aquel no era, que digamos, el sabroso y refrescante de su provincia, pero tampoco el abrasador de las regiones costeras. Sin embargo, el sol quemaba las espaldas y la atmósfera se cargaba de humedad, poniéndose pesada, como si se llevara un fardo sobre los hombros. Ahora no estaba lloviendo porque habían llegado precisamente a principios de enero y los tres meses de estación relativamente seca apenas empezaban, pero ya sobrarían las ocasiones de saborear la monotonía del agua. Allí llovía a todo gusto, y ventisqueaba, y se formaban suampos, y a veces se lanzaban los ríos fuera de madre a darse unos con otros sus manos de espuma a través de los umbrosos valles. Y entonces arrastrarían árboles y animales, bramando con su ancha y tumultuosa voz de correntada y hurraña indomeñables. Ellos no lo ignoraban. No habían venido a vivir para regodearse en taburetes acogedores, por las tardes, como sus parientes y conocidos de la Meseta Central. Habían acudido al llamado de la montaña. Pelearían con las crecidas. Aunque, siendo mejor esquivar que afrontar, el bueno de ñor Espíritu Santo reflexionaba así un día de aquellos:

Hijos, no conviene abrirse campo muy a la orilla de este río. Tenemos que buscar hacia allá trepando por el cerro, como los demás lo han hecho. Abriremos una faja ancha, lo más larga que podamos. De ese modo iremos logrando una finca que sea mitad plana y mitad inclinada. Son las mejores.

Y le resplandecía el rostro mientras que, como de costumbre, se golpeaba con el dedo la punta de su bigote.

Transcurrían las semanas y, hacia la tarde, se escuchaba todos los días el entretenerado rumor que desparramaban los troncos al desgajarse y los ramalazos al castigar con su última furia el suelo. Aquí y allá dejaban, sin embargo, en pie los árboles de mejor madera: cedros, ronrones, zurcaes; porque, pensaba ñor Vega, eran riqueza que debía guardarse para lo futuro. Alguna vez habrían de ver el modo de sacarlos para convertirlos en monedas de oro. Mientras tanto, también servirían para hacer sombra al ganado que fueran adquiriendo.

Hay que ser previsor. Si el de arriba no dispone otra cosa, cuando haigan pasado unos años ustedes tendrán aquí una regular finquilla.

Este ñor Espíritu Santo Vega Sanabria era todo un campesino de buen seso. Hijo y nieto de propietarios de tierra, había venido a menos por obra y

gracia de ser muchos hermanos y haberse peleado mutuamente la herencia paterna. A la postre, algo vino a quedar en su poder, liquidadas las cuentas, además de un serio disgusto con los demás de la familia. Trescientos pesos de aquella época contantes y sonantes, que se hubieran visto muy pronto agotados de haber seguido en su pueblo al frente de su numerosa casa. Había cavilado muchas noches pensando qué hacer con ellos, mientras se ganaba la vida jornaleando en las propiedades ajenas. A punto se vio de comprar un pequeño predio en el cantón de Santa Bárbara, mas, como había oído decir que cierto amigo suyo, Benigno Mena, años atrás había aproado su vida hacia las regiones de Turrialba para hacer su propia tierra, se le metió en mitad del corazón que él habría de intentar lo mismo. Tierra es lo que sobra. Lo que falta es empeñarse en tenerla, discurrió, y de allí en adelante ni comió ni durmió con tranquilidad hasta haber realizado un viaje al lugar donde le habían contado que los Menas andaban ya de propietarios.

Llegó, y vio.

Arriesgáte, mano. Se pasan trabajos el primer año y también el segundo. Pero, qué carajo, poco a poco se va asentando lo feo en la taza y va quedando lo sabroso arriba, para beberlo le aconsejó Benigno Mena, su amigo de la infancia y casi de su misma edad.

Ñor Espíritu Santo no era de los que dicen sus decisiones apenas las toman. Que lo habría de pensar, no fuera a ser que su familia no lo apoyara; que el paso debía meditarse con cautela, sería todo un cambio en su existencia, y otras tantas razones que expresaba terciando a un lado los ojos y atormentándose, como siempre, su bigotazo, mientras que Benigno insistía en las suyas con muchas palabras y un fuego en la mirada que era como estar exclamando: Te necesitamos, Vega, porque serás otro más en esta empresa; estamos solos, muy solos frente a la muralla que nos cierra el paso. Uno más no es poca cosa.

Llueve mucho, Benigno.

Pero la tierra es el demonio de fértil.

Si se enferma de muerte uno de la familia son muchas horas de jornada para sacarlo hasta la próxima población.

Y ¿qué? ¿Acaso no somos de la muerte?

Pero no se vive para morir, Benigno. Se vive para vivir.

Eso mismo, viejo, y aquí se vive, qué carajo. Preguntásele a mi mujer, que va a tener un chacalín muy pronto. Véle la barriga.

Qué sé yo, el asunto es enredado... Al fin y al cabo tengo trescientos pesos y allá podré hacer algo con ellos.

Jesús, María y José. Y nosotros que nos vinimos con una mano atrás y otra adelante. Razón mayor para venirte. Aquí se te volverán tres mil, y hasta más.

Pero ñor Espíritu Santo seguía moviendo su cabeza, dudando y mostrando desconfianza. Viejo zamarro. Cómo escondía sus sentimientos. A fuer de desconfiado y cuidadoso, evasivo y cazurrón, ya no podía decir que sí sin ambages ni a su buen amigo Benigno, con todo y que por dentro le ardía un llamarón de deseo, el escozor de la tierra abierta al hombre que la desafía. Ni qué decir que estaba de sobra convencido. Sería cosa de arreglar algunos asuntejos pendientes, poner la idea en conocimiento de la familia, y realizarla.

Al siguiente amanecer, una vez que se despidió de la mujer y los hijos de Benigno, este lo acompañó hasta la hacienda de Ñor Rosa Vargas, y al decirse adiós Mena le dio un abrazo, mientras exclamaba:

Este es un hasta luego, Espíritu Santo.

Quién sabe, mano Benigno.

Dejáte de carajadas. No lo pensés mucho y vénganse.

Y entonces, frunciendo su boca, Vega respondió:

Será si Dios lo manda. Si no lo manda, no.

Pero él, por su parte, ya se lo tenía mandado. Sí, iba meditando a lo largo de los senderos durante los cinco días que tardó en regresar, llevaré a mi familia allá. Primero mis dos hijos mayores. Y, si no nos va bien, si, digamos, por desgracia un rayo me mata a alguno o termina conmigo, o un árbol nos aplasta no habrá más remedio, será que Dios lo quiere. Pero estoy seguro de que desea que vengamos.

Hombre tranquilo este hijo de labradores. A través de su casi medio siglo ya vivido, no recordaba haberse salido de sus casillas, ni una sola vez, hasta en los trances más angustiosos. Muchos años atrás, cierto día no había tenido

más remedio que tomar su machete e ir a cobrar una injuria a un vecino, quien en adelante cargó sobre su frente la señal de ñor Vega en cicatriz de un jeme de largo. Pero lo hizo con una calma asombrosa. Y así, con suave pachorra, sin perder su aplomo ante nada, había vivido siempre, al punto de que algunos lo consideraban hombre de poca sangre. No tomaban el hacha por el mango quienes así lo juzgaban; sangre le corría, y de las buenas. Solo que no le tropezaba con muchos obstáculos y transcurría serenamente. El decía siempre que confiaba en la Providencia, sin saber que de quien más se fiaba en la realidad de su alma era de sí mismo, porque estaba construido sobre buenos sillares. Mansa persona, honrado hasta los tuétanos, de inteligencia natural mejor que mediana, solía salpicar su conversación con frases de sentido común en las que muy a menudo salían a brillar los designios y las misericordias divinos. Pero era poco rezador. Se reza mejor, exclamaba de cuando en cuando, con las obras y con el corazón. Las palabras solemnes pierden su valor si las decimos con demasiada frecuencia. Además, para él los hombres se diferenciaban de los animales, primero, decía, porque tenían la inclinación a trabajar y luego porque cargaban una alma. Jamás se sentía bien si no llevaba entre manos alguna tarea y cuando descansaba lo hacía porque al fin y al cabo un trocito de ociosidad no caía mal bajo las tardes, al lado de los suyos.

Muy raras veces, se sentía obligado a castigar a alguno de sus muchachos y lo hacía muy severamente. Mas no se le guardaba rencor a este hombre por lo general tan afable.

Había otros que en la iglesia llamaban la atención por su alta estatura; de algunos en su barrio se hablaba con admiración por su fama de buenos bebedores o duros para la pelea o hábiles en los negocios. A otros se les envidiaba su mucha suerte con las mujeres o su buen manejo en los aldeanos tratos de la política provinciana. Pero con ñor Vega, nada de eso: si acaso poseía algo un tanto más largo que lo de sus semejantes era su nombre compuesto. Y él tan a gusto. Siempre había experimentado un gran recelo de sobresalir, por temor a que los demás le aplastaran la cabeza. Hijos, aconsejaba a menudo, no sean tontos, líbrense de la envidia. Ni envidiar, ni querer ser envidiado. Este es el mejor modo de vivir sin majar a naide y sin que naide los maje.

Trabajemos, muchachos, porque el que trabaja consigue bienestar. Y luego, a dormir, que en un buen sueño estriba la más grande felicidad del hombre.

Así, con su apacible manera de enfrentarse a la existencia, un buen día del año 1875 Espíritu Santo Vega Sanabria y dos de sus hijos cogieron las hachas,

brillantes como cascadas bajo el sol, y se fueron hacia el este, al sur de las vegas del Reventazón, para hincar su rodilla en el corazón de la tierra todavía intocada.

Solo una vez, anteriormente, se había arrancado tan de cuajo de su provincia, en su juventud, cuando don Juan Rafael Mora proclamó la santa guerra contra el filibustero Walker. Vega combatió en el río San Juan. Y, a pesar de que no le agradaba hablar de esa aventura de sus tiempos mozos por no llamar mucho la atención, otros contaban que Espíritu Santo había peleado bravamente.

De entonces acá el tiempo galopó tanto, que él a menudo se preguntaba si tamaños sufrimientos como pasó y tan fieros empeños como vio realizar no hubieran sido más bien un sueño. Bueno, bueno, comentó en una oportunidad, la guerra no es asunto para chacalines. Se muere la gente y no hay tiempo ni para rezarle un padrenuestro. Es mejor olvidarse de eso.

Pero ahora la arrancada era para siempre. Así lo sabía él, y así se lo dijo a su mujer. Y la guerra no iba contra hombres, sino contra la naturaleza. Otro modo de defender a la patria, sí, aunque ñor Espíritu Santo no lo pensara, porque tan solo quería atrincherar bien a su familia.

Había, en cierto modo, un oscuro afán de aventura. La vida en su distrito constituía una murria existencia de campesinos y jornaleros plácidamente arrastrada sobre un suelo fértil y un alrededor de montañas gratas a la vista, en medio de un clima fresco y sabroso, muy a propósito precisamente para que en ella transcurrieran los días de hombres como ñor Espíritu Santo, y para hacerlos y conservarlos así, quietos manantiales de pequeños sufrimientos y apacibles alegrías. ¿No era posible que en el corazón de alguno de ellos naciera la comezón de buscar un ambiente más vigoroso, que la suavidad de ñor Vega tan largamente vivida lo hubiese llegado a colmar y, sin sabérselo, se sintiera por fin movido a buscar otros horizontes para convertir su vida en batalla más vivaz?

Una tarde conversaba con Dolores, su esposa:

Lola, ¿no te has fijado que esto aquí en el cantón empieza a cambiar? Ñor Domingo Ramos se hace cada vez más rico. Acaba de comprarles la finca a los González, que buscaron para otros lados. El año pasado fueron los Domínguez los que perdieron la de ellos en aquel pleito con el ricachón de Ñor Bolaños. Como que cada vez principiamos a ser más los peones y menos los propietarios. Todavía tenemos nosotros cómo mercarnos un pedazo, pero sería poco para una familia que aumenta.

La mujer, muy al contrario de su marido, tomaba y decía de una vez sus decisiones:

Si me estás platicando del asunto del abra, ya te lo dije: no hay que pensarlo mucho. Hay que hacerla, por la familia.

Tenía una voz aquella Dolores Sánchez de Vega, clamorosa, redonda, de una particular armonía. Daba gusto oírsele brotar, ágil y presta para la contestación afable o la respuesta mordaz, si era del caso, como si viniera de una caja de música, con algo de acuoso y de campaneo, y de corazón en la palma de la mano. Si se la oía una vez, se sabía para siempre que ninguna otra persona la podía tener ni remotamente parecida.

Bueno, sí, Lola, pero es que me gusta darte las razones que yo veo que hay, porque si se hace será para no arrepentirse nunca, aunque nos salga mal. También está esa cosa de la política. Antes los que mandaban hacían sus arreglos entre ellos sin molestarlo gran cosa a uno. Acordate del cuartelazo que se trajo al suelo a don Jesús Jiménez, no hace mucho. Se hizo entre unos cuantos que se metieron en el cuartel escondidos en dos carretas con guate para las bestias. A uno no lo tocaban. Pero ahora el asunto está cambiando; y si fuera para bien de uno, pero no lo es. No me gustó para nada lo de hace unos días, que llegaron con aquel librote a exigir que votara por el partido de don Tomás. Bueno, a don Tomás yo no lo malquero, pero si se trata de votar, que lo dejen libre a uno, así sí me gustaría la cosa; si no, mejor que no lo anden jodiendo, como antes...

Dolores escuchaba.

Allá, por lo menos estaremos lejos de esas vainas. No me gustan las molestias con naide, no hay caso, y menos que me arreen como ganado.

Bueno, hombre, vámonos, y que sea para bien dijo la mujer.

Y además esta vaina del pleito con mi familia. Tiene uno un derecho, lo alega, y se deshace la obra que habían formado los viejos. Nada queda de los tatas, nada de eso tan bonito que había entre nosotros los Vegas y que nos hacía sentirnos a todos una misma casa. Todo se lo llevó la trampa... por trescientos pesos que me quedaron. Malaya.

Sí continuó Dolores, allá formaremos nuestra propia casa. Y los muchachos y los chacalines tal vez nunca se habrán de pelear entre ellos como ustedes los Vegas.

Que sea para bien, que sea para bien...

Y convinieron en que Lola permanecería en la villa al frente de la familia menuda, mientras tanto que el marido iniciaba el abra en la montaña. ¡Qué baño de angustia y alegría revueltas el día en que partieron los tres pioneros! ¡Qué lluvia de sentimientos familiares la noche en que, reunidos solemnemente, rezaron el rosario para pedir que les fuera bien a Espíritu Santo, Fermín y José! Finalmente, antes de irse a la cama, los menores fueron diciendo el bendito de rodillas ante el padre y este les acarició la cabeza, atravesada su garganta de un pedruscón de congoja.

Haría bizcochos la buena esposa, para vender, molería maíz y palmearía tortillas, asaría pan. Así podrían sostenerse sin tocar las economías antes de trasladarse todos a ese lugar tan apartado. Los pesos de la herencia habrían de ser para comprar el primer ganado de la venidera finca. La mujer, multiplicada y engrandecida una vez sola al frente de su numerosa prole, se levantaba desde las cuatro de la madrugada, preparaba la masa para sus bizcochos y tortillas, encendía el horno y el fogón, lavaba toda la ropa y hasta tenía tiempo de asear a los dos niños menores. Y no que fuera de complexión robusta. Pero en aquel su rostro aindiado, oscuro, de ojos negros y fulgurantes que sugerían los de un aguilucho, podía leerse su fortaleza de ánimo. Así había sido siempre. De un modo habilidoso, sin hacer nunca oposición directa a ñor Espíritu Santo, pero con firmeza que se insinuaba sin manifestarse por entero, muy a menudo ella tomaba las decisiones importantes y lo hacía de tal manera que el bueno de su esposo creía a pie juntillas que eran suyas. En pocas frases aclaraba las situaciones y determinaba las rutas, con su vivacidad natural ajena a letras y números, que, por lo demás, casi ni conocía. A ella sí que en su barrio se la consideraba en mucho, hasta el extremo de que se la temía como enemiga y a orgullo se tenía contarse entre sus amigos. Porque ya era sabido: si alguien la enojaba había que oírla; entonces sus palabras no brotaban de miel y hasta soltaba su buena sarta de expresiones insultantes, y ay de quien se le atravesara en mitad de la lengua; salía descascarado y vuelto del revés.

Se conocía de cabo a punta todo el abecedario de yerbas medicinales, y en el arte de curandear, aconsejar oraciones infalibles, y, en veces, hasta leer la suerte en la palma de la mano, no se le encontraba rival en varias leguas alrededor. Tomaba, por cierto, muy seriamente su ciencia, como la denominaban en el vecindario. Allí donde caía alguien enfermo o había difunto acudía Lola de Vega, paño de lágrimas del barrio, mujer de recursos inagotables que no se descorazonaba jamás y se mostraba siempre bien dispuesta y alegre. Se bebía los vientos por ayudar a todo el mundo con sus consejos y, ciertamente, a ella se acercaban las vecinas cuando querían obtenerlos. Do-

lores sentía la necesidad de afirmar su ascendiente sobre las demás mujeres, y lo había conseguido.

Ñor Espíritu Santo la veneraba. Aunque muy poco hablaba de ella, juraba que no había otra que la igualara, tan combativa, aunque sumisa, tan comprensiva, aunque amiga de oponer a veces reparos a las cosas, que a la postre terminaban inclinándose del lado de su opinión.

Por eso ahora el campesino, allá entre la montaña, al dormirse sobre la cuja que los Menas le habían facilitado, echaba entrañablemente de menos el calor de su cuerpo de piel oscura y su conversación confortante. Había que saber el sostén interior que le significaba. Como los horcones de guachipelín en las casas, como el eje de guapinol en las carretas y el puente sobre los ríos era Lola para ñor Espíritu Santo. Desde la lejanía ella seguía dando bríos a sus brazos y a su confianza. Cómo deseaba tenerla pronto a su lado para estar completo y para que le calentara su cuerpo, todavía viril, en las noches.

Cuando nos la traigamos le decía una mañana a José ya verás cómo se pone esto de lindo, porque el cafecito que ella hace no lo hace nadie; y aquellos frijoles con cebolla... ah, qué ricura; y las empanadas de carne, y la sopa de albóndigas, y la torta de arroz con dulce y canela.

Se enternecía al recordarla.

Qué buena cocinera es mama, de veras agregaba el hijo y se relamía acordándose de los almuerzos que preparaba. Allá yo ni me daba cuenta.

El día en que tuvieron unas cuantas manzanas de montaña volteadas empezaron a limpiar de ramazones los troncos a fuerza de cuchillo, y luego, abriendo huecos con espeque, sembraron el maíz. Ya había regresado la lluvia, y con qué tesón. La tierra, esponjosa y húmeda, olía de un modo tal que daba deseos de llevársela a la boca y comerla como si fuera un picadillo de los que cocinaba la madre.

Entonces principiaron a construir la vivienda, que estuvo lista poco después, hecha con horcones y corteza de árboles. Un rudo albergue entretejido de rendijas, bejucos y maderos todavía verdes y entechado con tablas groseramente arrebatadas a cuña y mazo de los troncos labrados con azuela. Pero los hacía felices. El sudor empezaba a fructificar. De la tierra se alzaban, verdes regimientos contra el hambre graciosamente agitados por el viento, las enfiladas matas de la milpa. Y ese año la yerba molestaría muy poco porque el suelo se encontraba virgen de malas semillas. Las sementeras de

las otras familias también crecían, humildemente enclavadas entre los macizos montañosos. Era el pie del hombre echando raíces y abriendo brecha en aquella zona casi virginal. Ñor Vega y sus hijos, mientras trabajaban, podían oír de vez en vez los cantos de los gallos y el mugido de las vacas que ya ordeñaban quienes los habían precedido.

Oí, José, aquel gallo que cantó es el de pasión que trajeron de Cartago los Cotos. Bonito canta decía Fermín. Habrá que ir consiguiendo gallinas para nosotros. Adornan mucho una casa.

Que adornen o no, allá vos; ponen huevos. Pero habrá que ir pensando antes en mercarnos una yunta de bueyes, porque los Menas no es justo que sigan prestándonos los novillos suyos más tiempo continuaba el padre. No es bueno abusar tanto de su amistad. Y para apartar los troncos y amontonar las ramas pesadas se necesitan bueyes. Habrá también que ir regando semilla de pasto. El año entrante estará aquí toda la familia y tendremos que empezar a meter arado a esta parte que llevamos sembrada a solo espeque.

En el mes de agosto la lluvia arreció e hizo a los ríos crecer y multiplicarse, ya cercanos al desbordamiento. Ñor Vega comentó:

Hicimos bien con poner el rancho en esta loma. De lo contrario cualquier día se bota la correntada afuera y nos arrastra. Pero aquí no habrá peligro, ya verán.

El albergue se levantaba en un altozano, como a seiscientas varas del río. Ya se habían trasladado allá. Por las noches los tres salían a cazar tepezcuintles. Abundaban en las riberas de aquel afluente del Reventazón, guarecidos en sus cuevas, construidas con dos salidas, una de las cuales se disimulaba entre el follaje cercano a la corriente. A esta, llamada el usú, había que taponearla bien con piedras y palos y por las fauces de la otra introducir ramas encendidas. Los animalitos, acosados por el humo y el calor, salían de estampía y entonces el machete de ñor Espíritu Santo caía como un rayo en mitad de sus lomos. En otras ocasiones los Menas les prestaban uno de sus perros, un orejón amarillo que para desencuevar tepezcuintle no tenía rival.

A veces otro de los colonos se acercaba por allá con un buen tasajo de carne de sahíno. Tampoco escaseaban los monos, los armados, las guatusas y los pavones. Llegaban de paso patos silvestres, que ñor Vega trataba de abatir con su tercerola, mas como su puntería nunca había sido muy certera raras veces daba en el blanco. Pero sus buenos bocados de carne de pato se daban,

sobre todo cuando visitaban a los Vásquez, tan diestros tiradores, que tenían además carne de venado casi siempre.

No se lo pasaban mal. De no haber sido por la monotonía de la lluvia, los huesos calados de agua después del trabajo y la pesantez de la atmósfera, a que les costaba habituarse, casi que se hubieran sentido tan a gusto como en su propia provincia, salvo el enorme vacío de la demás familia.

Y un buen día, recogida ya la cosecha de maíz y sembradas las matas de plátano y guineos, ñor Vega creyó llegado el momento de traer a toda su gente y, dejando en el rancho a Fermín y José, partió para Heredia.

Parecía más joven. Estaba fatigado de tanto trabajar, pero se sentía renovado y liviano. Ñor Espíritu Santo le llevaba a su mujer, para que lo estrenara como a un lindo vestido nuevo, un pedazo de tierra.

II



Fue, más exactamente, un trasplante, porque con la familia, árbol que crecía, se trasladaban las costumbres, las tradiciones y los sueños.

Cuando Dolores contempló la nueva tierra comprendió que no era para hacerse, todavía, grandes ilusiones. El suelo se veía fértil y había toda la extensión que se quisiera, mas allí la lluvia, tan deseada y necesaria en otras comarcas, constituía contrariamente una calamidad. La tierra, centenariamente arropada bajo el mantón de la selva, era demasiado suave y fangosa. La tendencia del terreno a encenagarse hacía difícil la vida. Las piernas se hundían hasta las pantorrillas cuando se transitaba por el abra. Tanta humedad hacía que se resintieran los sembrados. Carambas, sí, había un formidable quehacer por delante.

No hay más remedio que abrir muchos desagües, Lola, como los Menas y los Vásquez, que este año les fue mejor porque pudieron evitar bastante que se les encharcara el suelo. Será cosa de volar pala, por un lado, y luego ir trepando por la falda. No es muy empinado el terreno. Esto que ves ya hecho, hasta el río, está expuesto a la inundación; esto no servirá de mucho. Pero ve, aquí para arriba, cómo ya vamos adelantando. Los troncos se irán pudriendo. A la derecha haremos el potrero. Aquí crece muy buen pasto natural. Además conseguí semilla de jengibrillo, para reforzar. A la izquierda, donde es casi plano, haremos tierra de sembrío.

Bueno, y yo, por mi parte, voy a meter algunos arreglos en la casa. Hay que conseguir siembros, porque está muy sola, sin matas. Sí, tenemos mucho que hacer dijo Dolores, y continuaba pensando que no era para ilusionarse por ahora. Sin embargo, se hallaba poseída de un intenso alborozo. Las manos le escocían por ponerse en actividad. Había un no sabía qué de salvaje atracción en la montaña, que la hacía sentirse plena y rebosante. Sería trabajo de algunos años, pero tendrían su finca y no les habría de faltar nada.

Una semana más tarde la vivienda parecía otra. Olía a mujer. La madre les puso labor a cada uno de los niños. Las dos mujercitas se movían como verdaderas personas mayores, hacendosas y serviciales. Ñor Espíritu Santo se relamía de nuevo con el café chorreado por las manos de su mujer, y los almuerzos de los tres hacheros, envueltos en brillosas hojas de plátano soasadas, echaban un humo aromoso a las nueve en punto de la mañana.

No habían traído muchos avíos. Una sola carreta cargada de trastos de cocina, ropa, algunos muebles y el bacín, fue todo lo que los acompañó en su penoso viaje hasta las abras, y resultó una verdadera refriega con la montaña lograr traerla hasta la casa, puesto que hubo que abrirle trocha por entre la cerrazón. En ocho días de trabajar día y noche la brecha estuvo lista, y la carreta se hizo camino hasta la colina de la vivienda.

Dormían en tapescos, envueltos en gangoches, sobre esteras de vena de guineo. Los ocho hijos pasaban frío y se calentaban los unos con el calor de los otros, mas nadie se quejaba. Había en todos, aun los más pequeños, como una sensación de estar cerrando filas juntos para llevar a cabo una empresa muy seria. Qué importaban los resfríos, alguna que otra diarrea, un dolor de oído. Dolores hacía milagros con sus yerbas y sinapismos.

Y la carreta y los bueyes eran ya de su propiedad. Los había comprado el campesino en su salida a la Meseta. Hermosos animales. Con ellos el esfuerzo se agigantaba en resultados. Era consolador mirarlos empeñarse al lado de los hombres en la arrastrada de pesados troncos, cabizbajos y sometidos a la férrea ley de sus amos. Un hombre era muchos hombres cuando guiaba una yunta exclamaba de tarde en tarde ñor Vega, y mas aún si la sabía cuidar, porque, agregaba, bueyes flacos mejor no tenerlos. Gordos, muy gordos, porque así estaba uno satisfecho y en paz con ellos, y los bueyes contentos y en paz con uno. Ah, los peones poderosos, con sus enormes pezuñas, limpios de tórsalos, lisos de pelo, cómo se dejaban enyugar hasta por el menor de los rapazuelos y guiar hasta por la voz de una niña. Eran tan mansos. ¿Un buey bravo? musitaba el hombre, ni regalado que fuera. No se podía trabajar con enemigos al lado. Un buey tenía que ser como de la familia, y, si no, mejor llevarlo al matadero.

Hombres y bueyes proseguían realizando su obra: día tras día las abras se venían arrastrando de zarpazo en zarpazo y de sudor en sudor hasta lugares que antes parecían inaccesibles, y el tintineo de los pájaros carpinteros se escuchaba sin cesar, cada vez más brioso y altanero.

Ya los Vegas tienen quince manzanas limpias de polvo y paja.

Pues hombre, con un año más y alcanzan a los Cotos, que van ya por las treinta, se oía decir en el rancho de los Vásquez, media legua más al oeste.

Se empunchan esas gentes. Son de casta.

Y buenos como plátano caliente.

¿Cómo que la mujer sabe de medicina?

Y de partos. Buena falta que hacía aquí una mujer así. La de Mena casi se muere el año pasado por falta de una comadrona.

Y era que Dolores ya había principiado a ejercer sus conocimientos en póci-mas y cataplasmas entre las siete familias que, dispersas por la montaña, se acompañaban en la lucha. Hasta ñor Rosa Vargas, el hacendado colindante, la había llamado semanas atrás para que le atendiera a un hijo.

Lola, a poco, había sentido sus reales de mujer nada ordinaria. Sembró en los alrededores del rancho yerbamoras, albahacas, romeros, jengibres, sábi-las, manzanillas, frailecillo, cardosanto, malva, colecaballo, yantén, diente de león y otras plantas, para surtir su doméstica farmacia. La medicina que ejercía era muy simple; para ella todos los males o casi todos se reducían a uno: el mal de estómago. ¿Dolores de cabeza, de rabadilla, de pies o de espalda? El estómago: aquí estaba la causa. ¿Qué mareos, calenturas, vó-mitos? Ni para qué decirlo. ¿Qué un fuerte escozor en los ojos, o comezón en la piel, o abatimiento general? Lo mismo.

Pues, si es muy sencillo decía. Uno vive porque come. Si no, se moriría. Bueno, limpiando el camino al alimento se arregla el asunto. Ahora, que se pueden poner ayudas, como fomentos calientes o frotaciones. Pero esto sin aquello no sirve.

Y hacía tragar al enfermo un buen purgante de hojas de sen con tamarin-do, y el paciente se curaba, o, si no, era porque Dios no lo había querido, sentenciaba. Para tan poca cosa no había verdaderamente necesidad de llamarla, mas lo cierto es que nadie daba un medicamento sin consultarlo con ella. Y Lola quedaba muy bien, pues si el paciente moría Dios era la causa. Nadie le pagaba, eso sí, en dinero: no le gustaba comerciar con el dolor ajeno, decía; aunque, si le regalaban un cerdillo o una gallina sonreía y lo tomaba muy gustosamente. Esto ya era otro cantar.

Con el pasar de los meses el rancho de los Vegas fue haciéndose el centro de aquellas tierras y en ello mucho tuvo que ver la enhiesta figura de la madre,

aunque también, en cierto grado, la sosegada presencia de su marido. Allí los hombres se valorizaban ante los otros principalmente por su ardor en el trabajo, y para este no había ninguno como Espíritu Santo, estupendo hachero entre los hacheros, y, además, persona de buenas entendederas y magnífico carácter. Tanto era así que una vez lo llamaron otros colonos para que dirimiera ciertas cuestiones surgidas entre ellos con motivo de unos animales cuya propiedad discutían. Y aceptaron su fallo sin discusión. Sin embargo, en el fondo Vega hubiera preferido no tener que intervenir en los asuntos ajenos. Su modo de ser lo impelía a tomar con demasiado cuidado lo que viniera de sus vecinos o se enderezara hacia ellos. Mas en aquellas lejanías se podía ser menos huraño con las cosas de los demás. El ambiente de soledad y la sensación de hallarse todos juntos en una misma brega los empujaban a la amistad y al mutuo conocimiento, lo que también iba pudiendo en ñor Espíritu Santo. Había un no sé qué de lazo familiar, a pesar de los diversos apellidos, que los iba entretejiendo. Él no podía cambiar por entero y seguía siendo suavemente arisco, pero a fuerza de sentirse uno con los vecinos iba experimentando un aflojamiento de recelos, hasta el punto de que, con los años, se encontraba tan a gusto, casi, comiendo y conversando en cualquiera de los ranchos de los otros pioneros como en el suyo propio.

Y se era libre. Aquí la libertad nacía de la ausencia de grandes vecindarios y de autoridades. La esclavitud que había era la del trabajo y las asechanzas de la montaña, pero esta servidumbre entraba en el ánimo como refrescante viento de amplitud y autoafirmación sobre la tierra. Ni siquiera, a la sazón, podían surgir problemas de linderos. Aún para juntarse las tierras más cercanas, que eran las de los Vegas y los Menas, faltaba derribar un cuarto de legua de monterío cerrado, y hacerlo llevaría tiempo. Se comunicaban de casa a casa y de noticia a noticia por vericuetos que cuchillos y pasos habían ido abriendo en la montaña.

Todo continuaba ensanchándose. Las manzanas de terreno abierto se unían a las manzanas, parían las vacas y las gallinas sacaban sus polladas. Se araba y se sembraba. Las chozas de un principio ya se podían llamar propiamente casas. Y se veían junto a ellas las trojas ventradas repletas de mazorcas de maíz o sacos de frijoles. Mas, como la comarca ofrecía mayores facilidades para la ganadería por sus pastos siempre verdes y la tierra húmeda, iba girando hacia la cría de ganado. Y las colinas se cubrían de pastizales. Las hachas descansaban, entonces, largos meses, porque era ya el tiempo en que los mugidos de los toros venían tomando el lugar de su tictac cortante.

Los Vásquez, más dados a salir hasta las poblaciones lejanas que los demás, tenían mulas de carga que cada quincena el mayor de los hijos traía cargadas de artículos de consumo. Había de hacer una jornada larga por entre

veredas abiertas en las oscuras cañadas y las vegas de los ríos. Y los Vásquez, más adelante, instalaron una pequeña pulpería, de donde se surtían las otras familias.

Entretanto, la lucha con la montaña continuaba. Ahora era la batida contra los jaguares que por las noches hacían presa entre los animales jóvenes del ganado. Ahora, ayudar a los Cotos a recoger su maíz, que habían sembrado un poco atrasadamente y corría peligro de perderse por la terquedad del temporal. Cuándo, acudir presurosa Dolores a la casa de los Menas, donde un niño se debatía contra la muerte en su tapesco, o traer al sacerdote desde la remota población para echar a alguno los santos óleos. Porque la enfermedad hacía frecuentemente sus víctimas, sobre todo en los húmedos y neblinosos meses de setiembre a diciembre, mientras el orvallo testarudo soplabla y mordisqueaba y el ganado se guarecía bajo los árboles o en los galerones aledaños a las casas, erizada su piel y cabizbajos los ojos, y el frío se apoderaba de todo. Jesús, qué fangales entonces; se entristecían los árboles, como si ya no hubiera pájaros; las familias se ovillaban bajo los techos y los hombres no deseaban tener que salir, aunque lo hacían porque era urgente rematar los quehaceres indispensables.

Los Morales tenían ya su cañaveral y un rudimentario trapiche de masas de madera. Destilaban guaro, viejo oficio de familia. Eran los proveedores. En esos meses húmedos se bebía más de la cuenta; el cuerpo lo pedía. El cristalino licor de los Morales calentaba y hacía desbordarse los espíritus, como se desbordaban por entonces los ríos. Y quien más bebía era ñor Anastasio Coto, famoso por las jumás que se pegaba y las barbaridades que hacía cuando andaba borracho hasta los huesos. Sí, porque cada uno era como era. Ñor Espíritu Santo a su vez se zampaba sus tragos, y sus hijos también. Lola tenía bajo su cama una botella llena, para remedio, como ella decía, y por cierto que se remediaba entonces más de una vez.

Se guardaba además en la casa un litro de aguardiente que jamás se tocaba, medicina sagrada, para el caso de una mordedura de víbora. Que nadie, nunca, se atreviera a tomar de esa botella, porque podría suceder que en un trance apurado no hubiese para salvar la vida de un Vega.

Ñor Espíritu Santo aseguraba que lo mejor contra el veneno de las serpientes era beberse de un tirón una fuerte cantidad de guaro, luego de sajar la mordedura y chupar la sangre.

El guaro sostiene. Cuando vaya pasando el efecto de la primera dosis, si todavía el veneno está vivo, se le mete al hombre otro buen trago, hasta que esté fuera de peligro afirmaba.

Por suerte, a pesar de que las terciopelos y las furibundas tamagás abundaban por allí, no se había visto en la necesidad de probar el remedio en nadie de la familia.

Él tenía ideas muy particulares sobre las picaduras de víboras. En eso de morir, opinaba, hay mucho de voluntad. Claro que cuando Dios tiene mandado que el alma deje el cuerpo no hay medicina ni dautor que lo impidan. Pero, si no es asina, casi siempre las personas se mueren porque no se ayudan ellas mismas. En el fondo tal vez es que desean morir y no fuercean y se van. He visto hombres ya casi muertos que por pura voluntad han vivido otra vez... Y en caso de picadas de culebra lo principal es no aflojar y querer vivir, y zamparse el guaro para ayudar a la voluntad. Y continuaba: “Bueno, y para que vean cómo es de importante no tenerle miedo a la muerte, pelear con ello, voy a recordarles algo que contaba mi tata. Iba él con su amigo por la montaña en camino a Nicaragua, cuando una toboba picó al compañero en la pierna, pero el compañero no la pudo ver. Blanco como un papel se volvió todo asustado hacia mi tata y le preguntó si él la había visto y de qué clase era. Y tata, que sí la había determinado, lo engañó y le dijo que por suerte se trataba de una sabanera, que no es venenosa. Le dio a tomar, sin embargo, de una botella de guaro que llevaba en la alforja, y siguieron adelante, tata temiendo que le fuera a pasar algo malo, por lo que de vez en cuando le daba más guaro. Pero dos días después aún no había tenido ningún ataque y seguía de lo más bien. Se había salvado. Va y entonces mi tata tuvo la ocurrencia de decírselo: “Diay, ¿a que no sabés una cosa? Lo que te trabó antier no fue sabanera fue toboba.” Para qué lo hizo. Su amigo se puso blanco como una mortaja, se le trabó la lengua, comenzó a sentirse mal, y mal, y mal, y dos horas después era hombre muerto... Se murió de la pura idea, porque el veneno ya no podía ser, según se lo explicó a tata un entendido. Es para que vean ustedes cómo lo más importante es la voluntad, para morir o para no morir.

No solo se volvió la casa de Dolores el lugar adonde acudían los vecinos por consejos de curandería casera, sino como la ermita de las abras. Los Vegas tenían un paso de lo más suntuoso y bien esculpido, que habían comprado a un escultor de la ciudad de Heredia. El portal que habían venido poniendo todas las nochebuenas desde que se casaron resplandecía por vistoso y grande, entre sus conocidos. Mucho le dolió a Lola no haber podido hacer el primer año con su Sagrada Familia como lo venía acostumbrando por tradición familiar. Apenas improvisó un retablo pequeño, con lianas, musgos, orquídeas y unos cuantos figurones de trapo, encendió algunas candelas y en compañía de hijos y esposo rezó el rosario de Navidad, cantando todos

en coro de misterio en misterio y diciendo unas letanías ampulosas y arregladas por ella, que tenían fama de ser las mejores de su provincia. Pero ya el año siguiente reinició su costumbre de hacer de las navidades una sonada fiesta. En realidad, casi nada de devoción y muchísimo de opíparo holgorio. Con tiempo averiguó quiénes de entre los vecinos sabían tocar algún instrumento musical. Por su parte, ella tenía una armónica y la hacía sonar bastante bien. Se juntaron dos guitarreros, un marimbero y su dulzaina. Sus dos muchachitas sabían cantar a dúo villancicos, que ella dirigía y acompañaba con su resonante voz. Durante los primeros días de diciembre, entre las garúas y los ratos de buen tiempo, hizo los preparativos. Chicha de maíz, guaro de los Morales, y el arreglo del portal, que ocupó media casa y estaba lleno de muñecos de trapo, animales de cartón, macetas con flores, helechos, orquídeas y verdes musgos, estos últimos traídos de la montaña por Fermín. Un verdadero mundo campestre en pequeño. Y, en medio, entre colinas y carreteras de papel teñido, el paso, origen y punto central de todo aquello, que además se vería iluminado la noche del 24 con muchas velas. Pidió platos y tazas prestados a los Cotos y los Menas, y fue hasta cada una de las casas a rogar que no faltara nadie a la celebración. Y hasta los perros vinieron.

El rosario resultó brillantísimo, con la casa iluminada y todos en el colmo de la alegría. Era una idea luminosa celebrar en esa forma la nochebuena de las abras. Los demás hacían sus portalitos y habían venido diciendo sus rezos en los años anteriores, pero esto que les ofrecía Dolores alcanzaba lo maravilloso. Porque en la Meseta, con todas las comodidades, no había nada de particular en que algunas familias la festejaran así todos los años. Pero allí, entre las soledades, ¿cómo había sido posible? Y la fiesta era de todos. Cada uno había contribuido. Se iban a comer el borrego de los Cotos, doce gallinas de los Vásquez y un ternero de Dolores. Otros trajeron venado y sahíno. La chicha fue hecha con maíz y jengibre de la casa. Varias mujeres habían estado desde antes ayudando en lo de cocinar y preparar. Los Morales aportaron el aguardiente.

Desde lejos se podían escuchar, en mitad de la noche, los dúos de las chacalinas de ñor Espíritu Santo. Terminado el rosario llovió la comedera, en tanto que se bebía con toda la garganta. Ñor Coto, por descontado se daba, pronto estuvo hablando como un descosido y terminó tumbado en el escañón del corredor, borracho a reventar. Hubo amago de pelea entre Fermín Vega y José Manuel Leitón, porque ambos se hacían ojos con Josefa, la de los Mirandas. Pero acudió Dolores blandiendo una olla y con su voz sonora puso orden. Luego ñor Espíritu Santo reconvino muy enérgicamente a su muchacho: esa no era forma de atender a los invitados. Y, al cabo, apareció la madrugada, por lo que cada cual tomó el camino de su casa.

El 6 de enero, día de los Reyes Magos, hubo un segundo rosario, casi tan rimbombante como el de Navidad.

En casa de los Vegas el paso quedó entronizado, y todos lo veneraban. Dolores se sentía orgullosa y dueña de su persona y de las ajenas. Nadie le negaba el derecho a sentirse así, aunque algunas mujeres la envidiaban. Qué remedio; el que subiera una obligaba a las demás a descender. Pero Lola, muy al contrario de su marido, no consideraba inconveniente ser envidiada. En cambio, envidiar sí que le parecía estúpido; decía que al envidiar el único que perdía era el envidioso. No hacía caso de tales pequeñeces. Tomaba y se daba confianza por doquier y entraba en lo de sus vecinos, como si fuera en lo propio, saludando con cordialidad a todos, preguntando por sus vidas e interesándose aun en pormenores que no venían al caso, porque le incomodaban secretos. A mí que naide me ande con tapujos, como yo no le ando a naide con ellos. Y había que ser franco porque, si no, se enfriaba su amistad, y era una lástima. Todos, en el fondo, se sentían atraídos por su recta figura delgada y firme, su rostro de fieros ojos aindiados y, más que nada, por su penetrante y armoniosa voz.

III



Estoy embarazada otra vez, le dijo aquella mañana Dolores a ñor Espiritu Santo.

¿No estarás equivocada? preguntó un poco sorprendido.

Como no tenían más hijos desde hacía varios años, daba por agotada la fuente maternal de su mujer.

Estoy segura, hombre.

Bueno, sea como Dios quiere. Con este hacen nueve, y donde comen ocho come uno más.

El nuevo retoño hizo alumbrar en sus corazones una nueva luz. Sería posiblemente el último, pero nacería en aquella tierra, hija de las manos de su padre y sus hermanos. Vendría a significar como el nudo definitivo que los atara al nuevo terruño.

Y nació, moreno como su madre. Ñor Vega lo llevó días después a bautizar, trayéndolo hasta Cartago. Una dura e incómoda salida en la mula que le facilitó ñor Vásquez. Y se llamó Remigio, como su abuelo materno.

Fue creciendo al tiempo que aumentaba la extensión de las abras y se henchía de tranquilo alborozo el pecho de ñor Espiritu Santo por lo bien que iban sus cosas.

Más adelante el hombre se sentaba en el corredor de su rancho, ya el niño empezando a hablar, se lo acomodaba en el regazo y le conversaba entre zalamerías y caricias. Y luego el campesino principiaba a hablar silenciosamente consigo mismo, repasando su vida, la de antes y la de ahora, y se

sentía complacido. Pero también un asomo de inquietud se le incrustaba por momentos en mitad del corazón al pensar en lo que habría de venir con los años a cada uno de sus hijos. Sí, porque ya cada cual se iba mostrando distinto a él, tomando su propio rumbo y metiéndose en la existencia de un modo particular a cada uno, y esto lo sobresaltaba. Fermín, el segundo, por ejemplo, tan dado a alzar camorra con sus iguales por cualquier insignificancia e inclinado a huir del trabajo para internarse en la montaña en pos de una danta o de un tigre, acompañando a los Vásquez en sus correrías de caza. José, tan empeñoso, pero al mismo tiempo tan reservado; nadie podía sacarle una palabra de nada y se lo veía pensativo muy a menudo y en ocasiones como triste. En contraste, Magdalena, la mayorcita de las mujeres, era alegre y decidora. No así la otra, Cristina, que se mostraba tan humilde y resignada; la más enfermiza de la casa. Y así los menores. Cada cual empezaba a no parecerse a nadie otro. El uno con los rasgos de aquel tío, el de allá parecido a tal abuela, sin embargo eran todos como eran, hijos de sí mismos. Llevaban su apellido y el de Dolores, pero tenían su propio nombre y nadie podría confundirlos. Él había creído cuando joven, que el padre que pensaba en sus hijos los sentía muy parecidos a sí mismo, continuación exacta de su espíritu, mas ya había visto que no sucedía de ese modo. Y este irsele cada uno de las manos lo desconcertaba y angustiaba en una forma muy curiosa, porque, no obstante, ellos y Dolores, con él a la cabeza, formaban parte de un todo, la familia, y la familia sí que no cambiaba. Crecía, pero al ensancharse como que se apretaba más contra él y sobre ella y alrededor de todos. Y estas cosas se le ocurrían sintiendo en su regazo el calor del pequeño... ¿Cómo iría a ser el mocoso? ¿Se habría de parecer a él, o se acercaría más al modo de ser de Lola, quién lo podía saber? Ya se haría grande y entonces podría verlo y averiguarlo. Aunque, ¿si él se moría? Y, aquí, experimentaba un hondo estremecimiento. No, no debía pensar en la muerte, no se moriría antes de ver a la familia por completo madura y bien resuelta. No tenía ese derecho. Dios no lo habría de permitir, porque él era el soporte de aquella ramazón de hijos y sentimientos. Estaba por delante continuar arrebatando a la montaña, pedazo a pedazo, más y más tierra, pues sus muchachos eran muchos y cada uno constituiría en el porvenir un matrimonio y más hijos y la multiplicación de los hombres. Urgía multiplicar los panes y los peces.

Y retornaba a las hachas y machetes. Nuevas manzanas de tierra surgían en cosa de algunos meses y se convertían en potreros. Ya los pastizales abarcaban alguna colinas y bajaban hasta el río. Era hermoso caminar por en medio de su verdor, que llegaba hasta las caderas y a veces se levantaba tan alto que lo cubría a uno de la vista de los demás. Y aquí y más allá pastaban

a todas sus anchas los animales, que iban sumando ya treinta cabezas entre grandes y pequeños.

En la casa había leche, y queso, que cortaba y metía en la prensa de madera la esposa. De año en año ñor Espíritu Santo se juntaba con los otros finqueros y todos sacaban su buena partida de ganado para venderlo en Cartago o San José, y luego regresaban con su fajo de billetes, sus mercancías y sus esperanzas más reverdecidas.

Este año la plaza estuvo mejor; no pasó lo del año pasado. Ve los cortes que te traje a vos y a las muchachas...

José, merqué el eje y las bocinas de fierro para la carreta que vamos a hacer. Vienen con las mulas de Miranda...

A la sazón los terrenos comenzaban a colindar unos con otros. Primero, los Morales y los Cotos se unieron por un lado de sus abras. Surgieron entonces los zanjones o los setos de piedra que marcaban el lindero. Más adelante Mena y Vega se encontraron, hacha frente a hacha, fijaron los límites y ya pudieron considerarse del todo vecinos. Y así sucesivamente los demás hasta formar entre ellos una mano de tierra con sus ocho dedos que apuntaban hacia la selva.

Pero también se entrecruzaron los hombres con las mujeres jóvenes formando matrimonios y nuevas familias.

Todo parecía augurar que aquellos campesinos progresarían cada vez más, casa sobre casa, familia junto a familia, y la paz habitaría para siempre entre ellos, que eran gente de buena voluntad. Solo que ñor Rosa Vargas, el hacendado que servía de portón con la zona ya desde mucho antes domada por los hombres, un buen día se sintió viejo y achacoso y decidió vender su hacienda.

Aquella había sido hasta entonces una vida recia, llena, batalladora. Valía la pena haberla vivido. Dolores se lo decía entre sí muy a menudo pensando en los años que llevaban en el lugar y recordando las penalidades de un principio, cuando el techo de la choza primitiva dejaba filtrarse el agua bajo los interminables aguaceros y los niños se le empapaban por las noches. Desapacibles fueron aquellas duras semanas en que las vituallas se les terminaban y habían de merendar lo que pudieran cazar los muchachos. Se acordaba de las enfermedades que habían tenido que soportar. Una vez la muerte había estado golpeando a la puerta para llevarse a la segunda

de las mujeres, pero ella la había derrotado con sus yerbas y cataplasmas. Todos los vecinos se portaban tan buenos, cual si fueran de una sola parentela; hasta ñor Vargas, el rico campesino de bigotes retorcidos y vozarrón retumbante. Nadie podía decir que los Vegas se hubieran pasado de inútiles; habían construido lo suyo, y no del todo mal, no señor.

Dolores decía que vivir era como montar a caballo. Había vidas que transcurrían como sobre bestia de buen paso, magnífico brío y suave docilidad. Otras, en cambio, como si se montaran potrancones ariscos y traicioneros. Nuestra vida agregaba va en mula más o menos mansa, pero terca y de paso trotón, de las que en una jornada dejan las nalgas molidas. Pero llegará el día en que ya podremos montar un caballito de pasitrote fino y sangre ligera, y eso tal vez no está muy lejano.

Cómo sonreía ñor Vega cuando Dolores le hablaba así. Replicaba:

Pues para mí la vida no es ni mula ni buey ni nada de eso.

Bueno, y ¿entonces?

Qué sé yo, la vida es la vida, eso es todo... La vida es Dios a caballo en todos nosotros, y Dios es trabajar y no hacer lo malo. Él arrienda y uno pone de su parte.

Se estaba tan desnudo frente a la naturaleza, se dependía tan fieramente de la lluvia y del rayo, que surgía la necesidad de armarse de algo asombroso. Esos hombres, que tenían el poder del Dios Hormiga, del Todopoderoso Pez y del Onmisciente Jaguar, lo ignoraban, y rezaban y adoraban al que les habían enseñado en las iglesias.

Ya las casitas se veían bien entejadas y rodeadas de macetas con flores y helechos; los terrenos ondulaban verdes y bien cultivados; los perros habían nacido en el lugar, hijos de los que llegaron con la primera gente. Por doquiera reinaba la sensación de que el hombre, prolongado en el hacha y el cuchillo, había salido vencedor. Las abras se llamaban ahora fincas y constituían una nueva y hasta pujante comunidad.

Cuán lejos se hallaban los Vegas de saber que, con la venta que acababa de hacer el bonachón de ñor Vargas, empezaría la peor pelea: la del hombre contra el hombre.

IV



Quedaba al oeste la hacienda, que en adelante pertenecería a Ambrosio Castro, oriundo de la capital; al este la selva bravía, apenas entrecruzada de oscuros senderos por donde de cuando en cuando aparecían y tornaban a desaparecer algunos indios de Talamanca; en medio, enfiladas de oriente a poniente y extendiéndose hacia el sur, las tierras recién abiertas, limitadas al norte por el río, al que del otro lado bloqueaban barrancos y farallones casi inaccesibles. Por eso la natural salida estaba en dirección meridional, haciendo luego un rodeo alrededor de la hacienda, para entroncar finalmente con el camino que de esta partía. Ñor Rosa Vargas les había concedido de buen grado la pasada por sus tierras, con lo que economizaban dos o más leguas. Vargas, campesino acomodado a quien no anublaba una ambición desmedida, sino que se contentaba con lo suyo, siempre había pensado que las fincas que los otros habían llegado a abrir valorizarían su propia hacienda y el valle todo cobraría en lo futuro mayor importancia. Obró con ellos como correspondía a su carácter de fiodalgüelo campesino, acogiéndolos bien y alentándolos. Jamás se le había ocurrido que él pudiera adueñarse de sus tierras, a las que había visto crecer brotadas de tantos brazos.

Ambrosio Castro, más citadino que labrador, mucho más rico que ñor Rosa y hombre de ambiciosas agallas, era res de otro hato. Antes de comprar había paladeado su proyecto. Las abras ya abarcaban en conjunto bastante más que la hacienda. Se encontraban situadas mitad en valle y mitad en terreno de colinas, y su fertilidad se metía de lleno en los ojos al contemplar el verde de sus pastizales y el espesor de sus milpas. Allí había mucho trabajo adelantado y acuñado en riqueza promisoro. La hacienda más aquellas tierras, a la sazón colindantes entre sí, hacían muchas hectáreas productivas. Y la codicia rebrillaba en sus ojos saltones porque tenía decidido comprar barato aquel sudor hecho tierra. De lo contrario habrían los campesinos de luchar contra él, y salir perdiéndolo todo. Ya lo verían. Sin embargo, convendría

maniobrar con tiento. En esta vida, marrullaba, hay que mirarse en las maneras. Debo acercármeles de un modo paternal y amistoso, ofreciéndoles protección y prometiéndoles cooperar con ellos. Poco a poco, entre palmadas en el hombro y café de mi cocina, los iré convenciendo de que deben venderme... al precio que les indique... De cualquier modo, estos hombres viven aquí sin futuro. No pasarán de ser pobres labriegos sucios e ignorantes. ¿Cómo van a agrandar sus terrenos más allá de donde ahora llegan, cómo van a conseguir caminos, hacer puentes? Son una rémora. Cada año se les mueren en conjunto cuatro o cinco chiquillos, no progresan, se estancan. Yo, que soy hombre de empresa, necesito convertir sus tierras en algo que haga enrojecer de envidia a mis amigos. Culpa no es mía si escogieron las mejores esos malditos y ahora me interesan. Con lo que yo les dé la pasarán mejor en otra parte, o se podrán quedar trabajándome de peones...

Castro no era un individuo demasiado impaciente. Se trazaba sus caminos y, acariciando el momento propicio, no le importaba que pasaran meses y hasta años. La realización llegaría sin duda alguna; de eso estaba seguro. Lo primero era tener bien disimulado el látigo, para golpear con él en la oportunidad mejor; no antes ni después.

Nadie, entretanto, se habría imaginado que en aquel tipo mantecoso, bajito, de cara vulgar y aire de bondadosa ingenuidad, ni en su constante sonarse hacia adentro la nariz o sus ademanes casi afeminados, cupiese tanta habilidad para el cálculo frío y la rapiña. Y así, cuando llegó a tomar posesión de la casa de la hacienda y vinieron a ofrecerle el pan de la amistad las familias de los pioneros, ninguno vio en él ni la más remota amenaza. De vuelta comentaban:

Y ¿viste, Benigno, lo entendido que es en todo? Se nota que es hombre leído y conocedor de los negocios.

Ajá, y por lo visto tiene intenciones de arreglar el camino para afuera. Eso sí que nos va a convenir, porque así nos servirá a nosotros también.

Algo dijo de que pensaba echar peones para voltear más montaña y agrandar su hacienda.

Con la plata que parece tener... ¡Qué bueno! Si tuviéramos nosotros la mitad de lo que él tiene, otro gallo nos cantara.

Diay, pues el que puede, puede, y el que no, está jodido. Pero creo que va a ser buen vecino. Parece simpático.

Dios lo quiera.

Quien esto último había dicho era ñor Espíritu Santo.

No obstante, cuando días después Dolores conoció al recién llegado, que había estado a visitar a los pioneros haciendo por lo bajo indagaciones y ojeando su presa, a ella no le agradó para nada. Así se lo dijo a su marido, y este la reconvinó:

Mirá, Lola, no es de buenos cristianos juzgar mal a los demás de buenas a primeras.

Bueno, yo qué sé le respondió ella, pero me golpea el corazón que ese hombre nos va a dar quehacer. Dios me lo perdone, pero no me gusta ni lo negro de una uña.

¿Por qué, mujer?

Algo en su cara me lo dice. Ojalá me equivoque.

Pero como el tiempo iba transcurriendo sin que nada pareciera abonar sus presentimientos ella misma llegó a perder el temor y hasta hizo migas con la esposa del hacendado. Esta, que las miraba desde arriba de los hombros porque pertenecía a una buena familia de la capital, no tenía más remedio que alternar con las campesinas de las fincas contiguas; allí no había otra posibilidad para amistades. En el vórtice de su alma Dolores la despreciaba, como despreciaba a todos aquellos que osaban sentirse más que ella. El país estaba constituido casi en su totalidad de labradores, las ciudades eran en realidad villorrios y se vivía agrícolamente a lo ancho de toda la pequeña nación. Es verdad que en ciertas aldeas, por razón de viejas tradiciones de ridículos abolengos, algunas familias se tenían por aristocráticas, y en otras el hecho de poseer haciendas y dinero había ido creando un sentido de superioridad en esta o aquella casa solariega. No obstante, en la Meseta el tono de la vida civil era rural y democrático. Resultaba difícil encontrar una familia de labriegos que se tuviera en el fondo de su corazón por menos que cualquiera otra. Si bien se respetaba en grado más alto al letrado, al hombre rico o al cura, la conciencia de igualdad se hallaba bien atrincherada en los espíritus, ya que históricamente todos, los de abajo y los que ya solían considerarse arriba, habían por igual edificado el país desde el abandono y miseria de la colonia hasta la pálida y calmosa bonanza de entonces, que era bonanza de labriegos, artesanos y tenderos comerciantes, aldeanos hasta los tuétanos todos ellos. Lola de Vega, descalza, iletrada y con callos en las

manos, también poseía un puñado de tierra y sabía hablar como ninguna otra y era experta en curandería.

Que no me venga a mí esa tal con vientos de grandeza, menos aquí en estas remotidades, donde cada uno vale lo que un caballo de carga, exclamaba.

Por su parte, la mujer de don Ambrosio no se hallaba muy a gusto las pocas veces en que había de atravesarle palabra a la campesina, por mucho que lo disimulara. Emanaba de esta tanta altivez y orgullosa sinceridad, que la hacía sentirse desafiada y vencida. En todo caso no era de la esposa del hacendado de quien podía temerse nada. Aparte de sus humos de señora encumbrada no era sino una inofensiva ama de casa con muy poco de la vigorosa capacidad de las mujeres de las abras. El amplio caserón de la hacienda estaba lleno de comodidades y allí la responsabilidad y la iniciativa eran en lo principal del hombre, mientras que mujeres y hombres jugaban un papel de conjunto en las pequeñas fincas que se agarraban a la montaña con sus rotundas patas de hormiga laboriosa.

Y ya tendrían ocasión las hormigas de demostrar que sabían hacer su oficio, porque Ambrosio Castro acechaba. Muy pronto hubieron de sentir gran aprensión, y fue por ahí de enero, cuando vieron que el poderoso vecino había contratado a jornaleros indios y comenzaba a voltear montaña en dirección muy sospechosa. ¿Qué intenciones eran las suyas? ¿Por qué en lugar de hacerla por el sur o el oeste la voltea se había iniciado hacia el sureste, rumbo adonde naturalmente debían seguir agrandándose sus parcelas? En esa dirección habían pensado, para el caso de que alguna vez el pasaje a través de la hacienda les fuera impedido, abrir una brecha carretera que, rodeando por detrás un cerro perteneciente a Castro, se uniera luego doblando a la derecha con el camino que de la hacienda salía. ¿Por qué don Ambrosio había decidido romper montaña en ese sentido, como si se propusiera ir cercándolos hasta acorralarlos contra los farallones del río?

Los hombres se alarmaron. Algunos, por consolarse, insistían en no darle importancia y aseguraban que aquel comienzo no significaba que Castro intentara rodearlos, sino que muy seguramente luego emprendería la voltea en otra dirección. Uno de ellos comentaba:

Bueno, y suponiendo lo peor, caso de que llegara a encerrarnos tendría que seguirnos dando pasada por sus tierras. Es una obligación. Además, para poder hacerlo tendría que echar muchos peones y durar largo tiempo. No es cosa fácil voltear tantísimas manzanas.

Mas otro contradecía:

No te hagás ilusiones, hombre, este viejo tiene mucha plata y se ha conseguido indios que paga con jornales muy malos. ¿Qué le importa a él durar dos o tres años haciéndolo? Y una vez que nos haiga encerrado verán ustedes cómo empieza a jodernos la salida. A yo naide me arranca de la cabeza que va por allí.

Creo que debemos averiguar qué es lo que quiere. De lo contrario nos vamos a pasar el tiempo hablando.

Hombre, sí, ¿por qué no se lo preguntamos francamente?

Y ¿vos sos tonto? Mucho que lo va a soltar así no más.

Y aquí intervino ñor Espíritu Santo, que había permanecido silencioso. En su frente se agolpaba una carga de zozobra:

Bueno, hombres, me parece a mí que esto puede ser serio, o puede no ser nada. Todavía no podemos saber qué es lo que está pasando, porque apenas llevan volteadas unas cuantas manzanas, aunque ya Dolores me había advertido que no le gustaba ese hombre, y... todo puede ser, sí, todo puede ser cuando la codicia se mete en el alma de un individuo. Dios me perdone si esto que digo no es la verdad, pero bien puede suceder que don Ambrosio nos haiga ambicionado las tierras y esté como quien dice convertido en un diablo. Pero yo todavía me niego a creerlo.

Aún cabía la esperanza. Si no, bastaba encontrarse con el hacendado y oír sus frases amistosas, salpicadas de carcajadas que le salían como vómitos, y sus palmoteos en las espaldas. Hasta iba más lejos, diciendo, por ejemplo:

Idiay, y vos, Morales, ¿por qué no te animás y hacés lo mismo que yo? Contratáte unos cuantos inditos de estos y agrandás lo tuyo. No es difícil, vos podés pagarles con guaro, les gusta. Salen desde Talamanca, ahí para el sur. Es cosa de mandar un recado con alguno de ellos y después vienen apareciendo los otros. Son tratables. Bueno, desconfiados y mudos que nadie les saca ni un gesto, pero se les paga cualquier pendejada. Ni siquiera conocen el castellano, lo que es otra ventaja para uno. Teniéndoles plátano y carne podrida se los mantiene contentos, siempre que haya un río cerca por donde puedan construirse sus ranchos; no se hallan a gusto si no es en la orilla del agua; pescan con azagaya.

Pero, don Ambrosio, ¿cómo se imagina usted que yo pueda hacer eso? ¿De dónde cojo para pagarles, aunque sea muy poco?

Yo te presto, hombre respondía el zalamero. Me firmás un pagaré con la fianza de alguno de los otros, y no hay más que hablar.

¿Endeudarme yo? No, de ninguna manera, don Ambrosio.

Ya ves, ya ves, te ofrezco la oportunidad y la despreciás.

Es que los pagareses me dan grima respondía Morales, y se reía estúpida-mente.

¿Por qué? ¿Creés que yo sería capaz de...?

No, don Ambrosio, líbreme Dios de pensar mal de usted, no se imagine eso le contestaba apresuradamente el campesino, pero es que, yo qué sé, uno no se atreve a tanto.

Peor para vos, peor para ustedes todos, se reía el otro, con un doble sentido que Morales no le podía entender. De ese modo no llegarán a ninguna parte. Para crecer hay que arriesgarse.

Y mientras tanto, Morales seguía mirando acongojado la voltea acercarse cada vez más amenazadoramente a su propiedad, porque esta era la primera y colindaba con la parte montañosa de que se había adueñado Castro.

Más de cuarenta hombres empuñaban las hachas contra ellos; cinco peones traídos de la Meseta y el resto indios de mirada triste y cuerpos encorvados, que se iban unos hoy y otros surgían mañana de las umbrías veredas de la selva, con sus mujeres y niños delante de ellos. Habían sido provistos, además, con sierras de doble empuñadura, que aligeraban mucho el trabajo, sobre todo en los troncos muy gruesos.

Pasadas unas semanas en las abras algunos se persuadieron de que la amenaza era indudable. La voltea arrumbaba por colinas y terrenos difíciles, menospreciándose en cambio planicies más fértiles y llevaderas, con un objetivo ya casi definido: trazar una semicircunferencia alrededor de sus fincas. Y, como el río en cuyos ribazos estas comenzaban se hallaba guarnecido en su orilla opuesta de empinados barrancos y rocas casi verticales, catastrófico se auguraba el porvenir si el encierro llegaba a completarse. ¡Era tan fácil para un poderoso hacer imposible la vida de unos cuantos finqueros cercados del todo por sus tierras!

Y las conversaciones proseguían cada vez más cargadas de malos presagios... Se acabaron las frases optimistas. Aquellos labriegos acostumbrados

al trabajo tenaz bajo la lluvia y contra los árboles, estaban absolutamente desorientados ante la embestida de un solo hombre. Nadie, por loco que estuviese, haría lo que Castro sin esconder por lo bajo un proyecto de despojo. Abrir terreno en una faja demasiado angosta y larga subiendo cerros y bajando faldas, sería descabellado si no se pensara que esa extraña franja pudiera más adelante llegar a ser parte de su hacienda, dentro de cuyo vientre cayeran también las abras, todo en redondo.

A Lola, allá en su cocina, las entrañas se le enfurecían, angustiada y colérica.

¡Hay que hacer algo, Espíritu Santo, debemos hacer algo!

Y él, golpeteándose como siempre el bigote con su dedo, miraba hacia el suelo y no respondía. Después, como si se hubiera arrancado de la mente una gran maraña de cavilaciones, exclamaba encogiéndose de hombros:

No lo entiendo, Lola, y dirigía sus ojos para el lado donde el peligro se arrastraba en dirección de ellos. Eso era todo lo que podía decir.

Él, un labrador de corazón amable, no albergaba más ambición que la de vivir tan holgadamente como se consiguiera, pero sin herir a nadie. Sabía que en el mundo había seres de alma avariciosa, y, sin embargo, se había habituado hasta tal punto a sentirse lejos de la red de ambiciones humanas desde que se internaron allá, que aquel acto atroz lo dejaba con una sensación igual a la del hombre que al borde de un abismo mira hacia el vacío. No cabía, sencillamente, en su comprensión. Si había tanta tierra por donde extenderse; si todos podían caber en el mundo, ¿cómo podía ser que Ambrosio Castro pretendiera llevarse lo de ellos, que tantos sudores y desvelos les venía costando? ¿Era por ventura que el hacendado no comprendía? Las tierras de los abrereros habían brotado de un trabajo pugnaz; allí habían muerto hombres aplastados por los troncos, y niños y mujeres, y si ahora los pastizales se veían bonitos se debía precisamente a ellos y solo ellos. ¿Hacía el dinero ciegos a los poderosos? ¿Tan tonto se había vuelto ese hombre llamado Ambrosio Castro? Porque, maldad no podía ser. Como Vega no conocía la crueldad, se le ponía difícil achacarla a nadie, y mucho menos a un vecino. Era verdad que Dolores, a quien reconocía una sagacidad natural muy superior a la suya, le había insistido en su profundo desagrado hacia aquel individuo. Mas esto era otro asunto; no pretendía que el tal Castro pareciera una bella persona o que no tuviera sus defectos y hasta que fuera exactamente un buen vecino...pero, tanto como querer arrebatárles sus tierras, resultaba demasiado increíble; quizá se tratara de otra cosa cuyo fin los abrereros todavía no hubieran comprendido.

Pero Dolores volvía a la carga:

Te defendés dudándolo y negándolo, porque sos demasiado buenazo, Espíritu Santo bendito, le decía. Por eso te equivocás a menudo con los demás. A la gente no hay que tenerle miedo, pero hay que saber a qué atenerse con ella. Verle la cara. La cara es como su espejo. Y fijate mucho en la forma como las personas se ríen. Esa risa de Castro no me calza. Hiede. Esa risa será nuestra perdición, si no hacemos algo pronto.

Y ella misma se encargó de hacerlo. Fue a visitar sucesivamente a cada uno de los ranchos y habló con las mujeres. Entre ellas se entendían mejor. Era una empresa casi imposible, pero valía la pena ponerla en práctica: si lograban por su parte botar montaña en dirección a donde tenían pensado abrir la futura trocha de salida y llegaban primero que Castro, el proyecto de este resultaría tronchado en su cintura. Eso equivalía a romper relaciones con él y hablarle claro con la voz de las hachas opuestas a sus hachas asalariadas. No estaba segura, tampoco, de que fuera posible alcanzar aquel punto antes que la cuadrilla de don Ambrosio, y, de lograrlo, sería a condición de reventar trabajando todos, incluidas las mujeres. Y las mujeres, al oírlo, se estremecieron de entusiasmo, y de ira, porque sabían que, ciertamente, de allí podría surgir la salvación. Si a filo de hacha conseguían abrirse paso hasta la boca del desfiladero que se alcanzaba a ver hacia el suroeste, no podría seguir adelante el gordinflón de Ambrosio Castro.

Hasta entonces la pugna no se había planteado de hombre a hombre, sino de poder económico fuerte contra débil poder económico. Y ñor Vega se ponía a pensarlo, para llegar a la desconcertante conclusión de que si realmente se trataba de un proyecto de futuro dominio, el enemigo tenía derecho a hacer lo que hacía. No había modo de reclamarle a nadie que ensanchara su tierra a menos que se metiera en la de otros. Si Castro llegaba un día de tantos a encerrarlos habría realizado un acto lícito, ya que no habría tocado tierra ajena. Y si empezaba luego a negarles salida a través de su hacienda, estaría en su razón de propietario. Alegaría que a las abras les quedaba un lado libre, el del río, no obstante que resultaría peligroso vadearlo y prácticamente imposible salvar los barrancales de su otra orilla. No podría llamársele entonces un buen vecino, por supuesto, mas tampoco un bandido. Tenía dinero y pujaba más fuerte. En seguida, ya los terrenos acorralados, sería cosa de ofrecerles una cochina cantidad por ellos, y a irse de allí; no quedaría otro camino... Sí, esas debían de ser las intenciones del hombre. Ñor Espíritu Santo lo fue digiriendo lentamente. Porque, tanto como intentar echarlos por la fuerza no le sería posible, no señor; ellos tenían sus machetes, y en un caso así habría sangre. Les ofrecería comprar por unos

miserables pesos. Y las ideas terminaban revolviéndosele y embarullándosele, porque en su conciencia moral otra voz le gritaba que todo eso era tenebroso y criminal. Y, sin quererlo, se imaginaba machete en mano frente a Ambrosio Castro diciendo: vengo a matarte, bandido... Luego se arrancaba aquella escena de la cabeza, acordándose del no matarás, que tan hondo llevaba, y se decía: no, no podría manchar mis manos con la sangre de ese hombre... ¿Qué hacer, qué hacer?

Se lo llegaron a comunicar los vecinos. Ya las mujeres habían encendido la hoguera en los oídos de sus hombres:

Vega, traemos una idea.

¿Cuál es?

Somos veintisiete juntando a todos los que pueden manejar hacha. Si entre todos nos ponemos a hacer otra faja...

Ah, ya veo, ¿la ocurrencia de Dolores? preguntó.

Sí, la misma idea de Dolores. Vale la pena probarla.

Pero ¿no han pensado ustedes que podemos perder muchos meses de trabajo para que al final llegue primero Castro y nos cierre a nosotros el paso por allí?

Unos a otros se miraban consultándose. Nadie sabía qué opinar a ciencia cierta.

Acuérdense continuó él de que el hombre tiene mucha plata y al ver de lo que se trata, pues conseguirá más peonada. No va a ser fácil ganarle la partida, más cuando ya ha hecho su gasto en lo que lleva trabajado.

Nuevos murmullos. El desaliento que luchaba contra el entusiasmo. La duda que de nuevo avanzaba hacia los corazones.

Bueno, ñor Espíritu Santo dijo por fin un muchacho, hijo de ñor Coto, que parecía ser de los más empeñados en echar adelante con el plan, ¿no cree usted que ante lo que estamos arriesgando perder, bien costea arriesgar esos meses de trabajo todos?

Y el ñor, golpeándose el mostacho, lo miró pensativamente, escupió por entre los dientes, y no supo qué opinar de momento. Luego agregó:

Está bien, digamos que se hace. ¿De quién va a ser la tierra que abramos? Van a resultar muchas, muchas manzanas. Quedarían al lado de Morales y Coto y no nos servirían a los demás. Yo no es que digo que ellos dos van a apercollar con ellas, pero estando casi limpias sería lástima no aprovecharlas como pastizal... ¿Cómo las repartiríamos que de veras nos sirvieran? No habría posibilidad.

¡Este ñor Espíritu Santo sí que estaba hecho de su propia madera! Como llevaba muy arraigado el sentido de propiedad individual no atinaba a razonar en momentos tan serios sino como lo que era: campesino entre campesinos. Y sus palabras dejaron a los otros más confusos todavía. Esa tarde nada se resolvió y cada cual se fue a su casa rumiando las dificultades y doliéndose de que hubiera para la idea de Dolores tantos peros.

Pero Lola se enfureció. Habló a su marido en una forma como muy pocas veces lo había hecho, sacudiéndolo y hostigándolo: se asombraba de aquella extraña modorra que ante lo que estaba aconteciendo había envuelto el ánimo del ñor. El hacendado quería robarles lo suyo, no importaba si por medios lícitos o ilícitos, si echándolos por la fuerza o comprándoles a precio vil, y ¿cómo era posible que los hombres se entretuvieran en discusiones como la de si la tierra iba a servirle a este y no a aquel? Absurdo, necio. Urgía actuar. ¿Acaso no decían ellos que las habladoras eran las mujeres? ¿Quién, a ver, era el parlotero, ñor Vega o ella? Si ella fuera hombre ya habría agarrado su machete y se lo habría medido en mitad de la cabeza a ese despreciable vecino, el muy desgraciado, rajándosela como si fuera un ayote. En cambio, su marido decía que mientras don Ambrosio no se metiera con sus hombres en lo ajeno, no habría por qué cobrarle nada de macho a macho. Vea usted. Al diantre con los hombres. ¿Qué, no llevaban pantalones, veintisiete en total? ¿Por qué no entraban con sus cuchillos por la puerta de la casa del tal Castro y lo amenazaban para que cesara en su maldito empeño? No era sin duda alguna porque este llevara al cinto un pistolón. O ¿lo era? Y, entonces, ¿dónde se escondía el valor de los varones?

Y le añadió muy acalorada que dejaran las conversaciones y empezaran con las hachas, ya que no deseaban, por lo visto, emplear mejor las armas.

Con la noche, mientras los ladridos de los perros fluían de rancho a rancho, arroyuelos de sonido, y los mugidos de las vacas apacentaban el silencio, los hombres fueron calmando sus ánimos y tomando su decisión. Entre ellos, también, ñor Vega.

En las fincas apenas se haría lo indispensable, como ordeñar y destorsalar. Serían las mujeres y los niños quienes se encargarían de estos livianos menesteres.

Entretanto, los duros músculos de los maridos y los hijos mayores se encabritarían como potros abriendo la brecha hasta el desfiladero. Más atrás vendrían algunos cavando un zanjón que marcara el límite del lado de occidente para decir más adelante a don Ambrosio: Hasta aquí, señor; de este lado somos nosotros los dueños. Y Castro no se atrevería a pasar, posiblemente, ya que de lo contrario violaría normas que eran ley entre ellos, el asunto se volvería agresión directa y desembozada, y desembocaría en abierta guerra. Ya así las cosas, sobraría sangre en las venas para que hablaran los filos de los machetes. Mientras eso no sucediera se lucharía hiriendo troncos; no el cuerpo del enemigo.

Lo que comenzaron a hacer ya no podía llamarse trabajar. Se trataba de algo más allá de la palabra. Era el milagroso hormiguero que destroza las ramas de los árboles, el castor que construye represas en los ríos, el poder de la abeja que fabrica su colmena con cera prodigiosa extraída como de la nada. Una tras otra caían, hacia el atardecer, las cadenas de troncos y se escuchaba el estruendo hermoso a los oídos de su abatida sobre la tierra, y el fango no existía aunque las piernas se hundieran hasta las pantorrillas, ni la lluvia mojaba realmente, aunque zahiriera. Hasta el último sol, nadie se iba. Las mujeres llegaban puntuales con los almuerzos calientes. Los niños ayudaban trayendo los calabazos de agua cristalina para refrescar las gargantas. Los brazos se herían, las hachas se mellaban, las espaldas se erizaban de cansancio; y nadie cesaba. Unos a otros, sin palabras, se daban ánimos. Una mañana Dolores de Vega cogió el hacha y también se puso a cortar, más hombre que nadie, acezando de fatiga. Parecía increíble que aquel delgado cuerpo y aquella voluntad pudieran tener tanta fuerza. Esa vez ñor Vega se sintió enternecido hasta humedecerse los ojos... Esa mujer vale más, mucho más que todos nosotros... Ahora sí que no hablaba. La discusión había pasado. El olor a resina y a raíz desenterrada y a hojas milenariamente podridas lo saturaba todo y el ruido que desastillaban por la montaña las hachas ya no era repiqueteo, casi, sino un solo golpe continuado que daban los hombres y, a ratos, una mujer, Dolores, rumbo al suroeste, para cerrar el paso a la dirección sureste de la voltea de Castro.

Don Ambrosio hizo sus cálculos y sin alarmarse, se amañó para hacer venir más familias de indios, con las que aumentó su peonada. No era tarea fácil oponérsele; él contaba con todos los recursos para sus designios. Los abberos avanzaban con su cuña en la montaña. Malditos indios, ariscos y espinosos, tan difíciles de hacer dar rendimiento, se decía, pero, con todo, era probable que los finqueros no estuvieran adelantando más rápidamente que él, aparte de que su propia voltea había sido principiada mucho antes. Mientras

tanto, pensaba, no había por qué mostrarse disgustado. A pesar de que esos hombres saben ya mis intenciones y no deben de tenerme ninguna simpatía, seguiré tratándolos amablemente. De ese modo los iré desarmando. Al buen pagador no le duelen prendas, y yo habré de pagarles al final con mi moneda, la más inteligente y poderosa.

Cómo se reía consigo mismo. No había duda de que se gastaba un humor como para sacar de quicio el más paciente... Se llegaba con todo desparpajo hasta donde estaban trabajando los vecinos y los saludaba como a cercanos parientes.

Ah caray, veo que están ustedes siguiendo mi ejemplo, qué bueno, qué bueno. Yo siempre he dicho que el trabajo lo puede todo. Ustedes y yo llegaremos a grandes, muchachos.

Y ellos, a disgusto, se sentían obligados por cortesía a responderle. Juan Morales, el abrero cuya tierra se hallaba ya prácticamente sitiada, conversaba con él y hasta le sonreía. Un día de tantos Castro le habló largo rato y por último le dio sus palmaditas de costumbre. Cuando se marchó, uno de los Vásquez dijo:

De buena gana le cortarían la cabeza... ¿Qué le estaba diciendo, ah, Juan?

Y Morales no respondió. Le daba vergüenza contestar que le había propuesto comprarle la tierra. Y era que en el fondo se sentía débil y un cierto deseo de mandarlo todo al diablo y hacer el trato lo atormentaba, aun cuando le fuera en ello perderlo prácticamente todo. Continuó trozando árboles. Estaba desalentado viendo que el trabajo posiblemente se habría de perder, como ya lo había advertido ñor Vega antes de comenzarlo. Él se había deslizado una noche hasta la voltea de don Ambrosio y pudo mirar lo avanzada que iba. Echó sus cuentas, para llegar a la conclusión de que la cuadrilla de Castro últimamente ganaba mucho terreno y a ellos les resultaría imposible llegar de primeros al desfiladero, pese a que ahora trabajaban hasta de noche cuando había luna. El recuerdo de la Meseta Central y la ciudad de Cartago se introducía en su amargura forzándole el ánimo a doblegarse. Ahora cuando el enemigo parecía estar venciendo Morales se aferraba al recuerdo para disimular su derrota y experimentaba un profundo anhelo de abandonar la finca y retornar a la dulce y agradable meseta, donde la vida transcurría sin muchos sobresaltos, pero al propio tiempo se avergonzaba de su flojedad y temía manifestar sus sentimientos a los otros compañeros. Por el momento Juan Morales proseguiría a su lado. No se sentía con valor de abandonarlos, aunque las amarras de su corazón empezaran a crujiir. No

iría a la casa de don Ambrosio, como este se lo había sugerido, a conversar del trato... Tal vez más adelante, cuando todos se hubieran convencido de lo imposible de salvarse.

Y la situación empeoró. Muy pronto el propio Morales y los Cotos comenzaron a sufrir una nueva calamidad. El ganado de Castro había dado en pasarse a sus pastizales, que apenas alcanzaban para alimentar sus propias reses. A primera vista no lograban explicarse cómo sucedía aquello, ya que los animales vacunos no acostumbran internarse en terrenos montañosos, y para llegar hasta sus propiedades debían atravesar una extensión arbolada llena de enmarañada bejuquera. Amanecían muchas cabezas extrañas comiendo su pasto y entremezclándose con los novillos y las vacas propios.

Para fastidiar a las dos familias que ya se encontraban casi del todo sitiadas Castro se había ingeniado que por la noche peones suyos arrearan los animales a través del cinturón de montaña y los dejaran de este lado. La primera vez Morales y Coto creyeron que había sido casualidad, y entre los dos lo fueron a poner en conocimiento del hacendado llevándole al mismo tiempo las reses. Pero en solo tres semanas se repitió la invasión una y otra vez, y comprendieron que se trataba de un acto premeditado para dañarlos e ir desorganizándolos. Don Ambrosio, buen comediante, no bien le hablaban del asunto se fingía sorprendido. ¡Cómo era posible! ¿Qué ganado más terco! Y no movía ni un dedo para reintegrarlo en sus pastizales. Cuando le rogaron que se molestara él enviando un peón por las reses, sonrió y dijo que lo haría, mas era para engañarlos. Ellos mismos hubieron de seguir devolviéndolas a la hacienda, ya que si las dejaban terminarían con el pasto propio. Tamaño fastidio. Perdían tiempo que necesitaban en la voltea. A los días, la invasión fue alargándose hasta terrenos más alejados. Ñor Vega tuvo que experimentar la ira de ver los animales de Castro pastando en sus repastos y a su toro saltando vacas extrañas. Y luego comenzaron a amanecer en los terrenos del hacendado novillos de los abreros. Don Ambrosio le daba vuelta a la moneda y, con el reverso, quería demostrarles que si su ganado comía de lo de ellos también en sus pastizales comía el de los abreros. Y él sí que no se molestaba en devolverlo, como que tenía suficientes pasturas y buscaba precisamente mantener en constante inquietud a sus vecinos.

Una noche ñor Vega se escondió en la montaña intermedia, a pesar de lo fatigado que estaba por su trabajo de hachero pertinaz, y pudo ver a peones de Castro realizando el sucio juego. Con todo y su carácter prudente, estuvo tentado de esgrimir su machete, pero eran tres contra uno y comprendía que los culpables no eran esos hombres sino el maldito hacendado. Lo contó a sus compañeros. Bueno, de todos modos no lo ignoraban, aunque no lo hubieran

visto con sus propios ojos. Ya en la montaña las pezuñas habían escrito una vereda que demostraba a las claras un arreo repetido. Y la indignación cundía. Sin embargo, aun cuando se hablaba de tomar medidas violentas, nadie en el fondo se sentía suficientemente fuerte para llevarlas a cabo. Se escuchaba, por ejemplo:

Deberíamos machetear a ese desalmado.

O pegarle un tiro.

Pero, al fin y al cabo, el obeso hacendado no se desprendía jamás de su pistola y era voz general que tiraba bien. Había armado asimismo a algunos de sus peones, temiendo represalias. Era en realidad una guerra sin cuartel, que aunque sin balas aún, anunciaba sangre para pronto. Mas ¿qué hacer?; entre estos hombres no había ninguno de armas tomar. Sabían pelear a machete, pero entre sus iguales, sobre todo cuando habían tomado aguardiente. Ya una vez un muchacho Leitón se había batido con uno de los Vásquez. A la postre el duelo no tuvo consecuencias y terminó en arreglo amistoso. Sí, valor no les faltaba, sino espíritu sanguinario. Con esto, cabalmente, contaba Ambrosio Castro.

Algunos, acosados por la ira, rumiaban en su interior un odio creciente y en ocasiones se imaginaban a sí mismos, apostados tras un matón, en las sombras, dispuestos a matar. También ñor Vega se iba en su imaginación hasta la hacienda, buscaba a don Ambrosio y lo mataba, pero peleando de hombre a hombre como aquella lejana vez en que abordaron a bayoneta limpia un barco en el San Juan, en la guerra del 56. Machete o bayoneta daba lo mismo para pasar a un hombre de parte a parte. Y al momento su conciencia ya le estaba recriminando que se portara como un mal cristiano al desear su muerte, y se convencía de que, no por falta de valor, sino por sus principios morales, era muy difícil que se viera en la necesidad de herir a un semejante, a menos que fuera en defensa propia o de su familia. No, ñor Vega no sabía matar, pese a haber sido un valiente soldado en su juventud. Y de aquí nacía su conflicto, porque presentía que aquel estado de cosas muy posiblemente lo habría de arrastrar a hacerse justicia por su propia mano. Porque el hecho de invadir sus terrenos con ganado y llevarse sus reses a la hacienda, cala ya dentro de lo insoportable. Don Ambrosio podía reírse de ellos diciéndoles que aquello no tenía que ver con él, pues no existían cercas bien hechas ni definidas, pero un día de tantos, pensaba ñor Vega, cualquiera de los otros lo va a matonear y bien merecido se lo tendrá. Algún muchacho, quizás Ismael Coto, o Rafael Leitón. Todo podía suceder. El ganado de Castro hasta se había metido en la milpa de Morales y la había destrozado. Este pobre hombre; tan

amohinado que estaba. Cómo se veía que su corazón se derrumbaba, y con toda razón, sí señor; uno no era de fierro. Estaba hecho de carne flaca. Por desgracia para él su abra colindaba con la maldita hacienda.

Y ñor Vega llamaba a Dios en su ayuda y con todo y estar la situación cada día más turbia, se sentía confortado.

Nos habrá de sacar adelante. Tengamos confianza en él.

¡Si mandara un rayo que diera en la cabeza de don Ambrosio! decía Dolores, y su marido ya no la regañaba: la comprendía.

Entretanto, y después de largos meses de deshacerse las manos en la empuñadura de las hachas, el porvenir se columbraba cada vez más malo. Los indios llevaban clara ventaja y si no se obraba un prodigio alcanzarían primero el lugar deseado. De allí en adelante ya no tendría objeto seguir volteando montaña. Sería cosa de esperar los acontecimientos o irse buscando acomodo en otra parte, vendiéndole antes al odiado enemigo.

V



Y fue entonces cuando Martín Villalta apareció. Nadie allí lo conocía. Tampoco el hacendado Castro. Venía en un brioso caballo alazán. Pero no era campesino ni sabía gran cosa de cultivar la tierra. Por esos años vivía de cazar lagartos, cuyas pieles curtía y almacenaba para exportarlas luego. Poseía ese especial sentido de la tierra que no tiene el simple campesino ni conoce el aldeano, pero que, más grande o más pequeño, está en el montañés, en el pastor y en el sabanero de las pampas, anchuroso, profundo y ajeno al espíritu utilitario. Lo terrígeno por lo terrígeno, olfato de animal y espíritu de vagabundo, unidos a lo vegetal por un cordón inconsciente. No era de textura exactamente robusta ni muy alta, mas se lo veía fuerte por lo nervudo de sus brazos y se le adivinaba una ancha sensación de calmosa seguridad en sí mismo en los ojos, de color gris como piel de ratón.

Con su llegada la mayoría sintió sobresalto y disgusto pensando que otro extraño en las abras implicaría tal vez una nueva calamidad. ¿Qué se traería entre manos? ¿Estaría en relación con don Ambrosio? Los primeros días había dormido en la casa de la hacienda y esto lo hacía muy sospechoso. Después había entrado en arreglos con ñor Coto para que le diera posada y ahora pasaba las noches en su casa y le pagaba por el pasto para su caballo. Pronto, sin embargo, los ánimos se fueron aquietando, porque Coto les contó que, por lo que había podido saber, Villalta solo andaba indagando si por aquellos alrededores había buenas posibilidades de cazar lagartos.

¡Tanto rodeo para averiguar la cosa! Podían haber ido directamente a preguntársela. Villalta no les hubiera andado con regateos. Les habría dicho que anteriormente había vivido en el puerto de Puntarenas, pero la existencia en los villorrios muy poblados le parecía hueca y complicada, por lo que prefería un lugar montañoso como aquel. Tal vez les habría añadido que conocía algo del mundo, pues había viajado por Centro y Suramérica

de marinero en una goleta. Pero no, los campesinos preferían andarse con suspicacias e ir averiguando la vida ajena poco a poco. Bueno, en todo caso, muy posiblemente ninguno de ellos hubiera comprendido los puntos de vista sobre los hombres y la vida de este forastero que calzaba gruesas botas y miraba con ojos de piel de ratón.

Villalta descubrió muy pronto que de allí al río Reventazón, bajando por las orillas del que corría junto a las abras, mediaban unas cuatro leguas, y que en sus pozas había suficientes lagartos como para instalarse entre estos campesinos. Armado de sogas y arpones bajaría de cuando en cuando hasta las correntosas aguas a hacer su cacería. Sería cosa de levantar un cobertizo para lo de curtir los cueros y construirse un pequeño aposento donde almacenarlos. Una vez al año saldría a negociarlos.

Aparte eso, como ya habían comenzado a hacer el trazado del ferrocarril al Atlántico, que pasaría por aquella región, nada tendría de extraño que surgiera la posibilidad de establecer un aserradero. Si conseguía un contrato de suministro de madera con la empresa que realizaría la obra era factible que hubiera en perspectiva un regular negocio, y de los que le agradaban: en la montaña. Estos hombres se interesarían en el proyecto porque sacarían ventaja de sus árboles, sus bueyes y sus hachas. Él rajaría la madera y todos lograrían beneficios. Desde tiempo atrás la idea de emprender en un aserradero lo atraía; había algo fascinante en la extracción de madera: el olor de los tablonos recién aserrados, las labores de corta, el sonido de la sierra en medio de un ambiente vigoroso. Aunque, él lo veía como un modo de hacer un trabajo que lo librara de trabajar, porque todo lo que fuera esfuerzo obligado para vivir lo incomodaba entrañablemente. Por eso hacía años que se dedicaba a la cacería y por eso también soñaba con su aserradero. Pensaba por un lado que este habría de ser labor grata a su espíritu y, por el otro, que si podía economizar algunos reales, más adelante vendería todo y se alejaría para gastar lo ganado, viviendo. Y para él vivir era dejarse llevar a la deriva. Defensor convencido del ocio no de la vagabundería estúpida y vacua, no de la holgazanería, había venido a fondear en esta bahía de abras y montañas en pos de ocios y soterraños ecos y sabores: los lagartos, la tierra nueva, el posible aserradero, el venidero nuevo vagabundeo ya con algunos miles de pesos en el bolsillo. Mas por ahora lo de ponerse a explotar la montaña se vislumbraba apenas como una probabilidad. Bastante tendría por hacer con su azaroso oficio de zambullidor en los ríos y arponeador de cocodrilos. Un divertido modo de ir viviendo, salpicado de riesgos, que hacía de él un tipo extraordinario entre gentes acostumbradas a la rutina diaria.

Poco a poco, no bien los pequeños finqueros iban conociéndolo, lo hacían su amigo. Las desconfianzas iniciales se esfumaban día con día y ahora, entre ir al Reventazón y volver cargado con un cuero, o el estarse acodado horas de horas en el escaño del corredor de ñor Coto, conversaba de cuando en cuando con ellos o visitaba sus casas. A veces caminaba por la volteada y, tomando el hacha, ayudaba un poco, aunque sin poner mucho empuje. Desde que se dio cuenta del empeño que se traían entre manos y la situación existente, comenzó a divertirse con lo que sucedía. Toda aquella lucha tal como se había planteado le parecía absurda manera de contender, ingenua y contraproducente. Sin embargo, no sintiéndose parte fundamentalmente interesada en la supervivencia de las abras, se abstuvo de mover ni un dedo. Fue solo al saber que Juan Morales, el campesino cuya finca ya se hallaba rodeada por la faja volteada de Castro, había ido a tratar de vendérsela a este, cuando el asunto lo tocó de lleno, pues comprendió que lo que el hacendado le ofrecía era una piltrafa: cien pesos. Sintió indignación. Y esto significaba en un carácter relampagueante como el suyo que en lo futuro los abreros lo tendrían de aliado.

Vino a conversar con Juan Morales y le compró por quinientos pesos su finca, que era precio, si no muy bueno, sí el que podía pagarle y mucho más humano. No pudo convencer al labriego de que no cediera y, como hubiera sido lastimoso que Castro le robara su pedazo, se lo dejó él, a pesar de que no le interesaban ni el terreno ni el ganado, únicamente para que Morales regresara a la Meseta satisfecho de su esfuerzo en la montaña. Martín tenía algún dinero y no le importó invertirlo en una forma inesperada que muy probablemente ninguna utilidad le habría de reportar a él, nada habituado a la actividad ganadera. Sí, era un hombre que no buscaba la pelea, pero le agradaba.

Es extraño le dijo más tarde ñor Coto que usted haiga comprado, cuando ha visto lo que está pasando. Nosotros tal vez tarde o temprano vamos a tener que venderle por cualquier cosa a don Ambrosio. Y usted tendrá que hacerlo también, perdiéndose unos cuatrocientos pesos.

Villalta sonreía:

¿Lo cree usted así?

¡Cómo que si lo creo así! ¿No ve que los peones y los indios de don Ambrosio nos llevan mucha ventaja ya? ¿No le han dicho que se está pensando en no seguir adelante con nuestra faja de abra porque se va viendo que los meses que llevamos volando hacha han sido perdidos?

No me diga, ñor Coto, no me diga. Y ¿ustedes piensan aflojar tan fácilmente?

Todavía lo estamos dudando, todavía la fuerceamos. Pero ¿qué remedio nos va a quedar? ¿Machetear a don Ambrosio? Con eso solo ganaríamos que viniera un piquete del interior a llevarnos presos y adelantar nuestra perdición.

Pues yo, por mi parte, no le temo a ese individuo. Que trate de perjudicarme y verá cómo le respondo.

Pero, don Martín, ¿no le han dicho la última novedad? Dicen que el hombre va a quitar el puente que hay del lado de acá de la hacienda, el del río Pavones, para que nosotros no podamos seguir pasando para afuera por su propiedad.

No, mire, ñor Coto, usted y yo no nos entendemos, por lo que veo. Sepa que el día en que ese individuo hiciera eso, si yo necesitara pasar haría otro puente, que él no se atrevería a quitar, porque sería mío.

¿Qué no se atrevería, dice usted? contestó el campesino, sorprendido de la actitud de Villalta.

Así como se lo digo. Y es que si él tiene su pistola, yo tengo la mía. Y cuando la uso es para disparar. No me asustan tampoco los piquetes del interior; son lentos y no conocen la montaña.

Ñor Coto se quedó callado, aturdido. Se sentía asombrado del modo tan decidido como hablaba, sin fanfarronerías, tal como si estuviera conversando de destorsalar un novillo.

A poco más, la venta de Morales a Villalta fue comidilla de todos, y don Ambrosio Castro, aun cuando se mostró ante sus gentes despreocupado, sintió en su fuero interno encendérsele la inquietud. No tenía aún ni remota idea acerca del hombre que en adelante sería su más próximo vecino, pero el hecho de que se hubiera atrevido a comprar, y por un regular precio, tierra ya rodeada, lo hacía suponer que el recién llegado o era un gran ingenuo o un individuo orgulloso y osado. Y lo último parecía probable. Con todo, Castro no se daba jamás por vencido fácilmente. Conocedor de la fuerza de su dinero y de su puntería con la pistola, se creía hombre valiente. Se había acostumbrado además a mirar en los campesinos de las cercanías a hombres que se inclinaban ante él y pensaba que no le habría de resultar peñascoso doblegar también al cazador de lagartos.

Qué mal lo conocía. A poco, este le dio ocasión de ir sabiendo de sus actos, porque, en lugar de molestarse en devolver a los fundos de don Ambrosio las reses que este hacía pasar a su repasto, amarró un novillo, se lo trajo a su rancho, lo destazó y envió recado a los abreros para que vinieran por carne fresca. En seguida mandó a la casa de la hacienda un cuarto trasero con un muchacho de ñor Coto, como muestra de simpatía para su buen vecino el señor Castro, quien, muy extrañado, le devolvió el recado dándole las gracias por su regalo.

Dejó pasar tres días y, como el ganado intruso continuaba llenándose la panza en su pastizal, hacia el amanecer volvió a destazar otro novillo y de nuevo recibieron aviso los vecinos de que vinieran por carne y un encargado fue hasta la hacienda para entregar a Castro otro cuarto y un buen lomo que le enviaba Villalta.

Los campesinos, ya intrigados, se dieron a comentar qué sorprendente manera de acabar con sus animales era aquella. ¿Sería tan loco este hombre? Para amabilidades bastaba con matar una res, pero ya dos se les antojaba demasiado desprendimiento. ¡Si para congraciarse con ellos no hacían falta esos sacrificios!; Villalta les era simpático. O ¿acaso se imaginaba que por haberle comprado a Juan Morales ellos lo miraban con recelo y trataba por eso de volvérselos a ganar? Pero, si él más bien le había hecho un magnífico servicio al antiguo propietario, que ya andaría en Cartago viendo qué hacer con los quinientos pesos del trato; sumaban una buena cantidad... Y su sorpresa rebasó las palabras cuando una semana más tarde otra vez hubieron de ir a lo de Martín por más carne.

Cabalmente por aquellos días la consternación de los abreros había llegado al colmo, al notar la desaparición de tres novillas que estaban para parir y que posteriormente hallaron del lado de la hacienda, pero llevando ya el fierro recientemente impreso con la A y la C del mal vecino. Y, al ir a reclamarle la propiedad de los animales, este sostuvo que le pertenecían y se negó en redondo a devolverlos. Era ya el robo descarado, y no por lo que para él significaran las vaquillas, sino como aviso de que podía ir más lejos si le daba la gana. Con aquello los atribulados hombres se vieron obligados a redoblar la vigilancia y, apenas olfateaban la falta de algunas reses, corrían presurosos a través de la montaña y las sacaban hasta lo suyo antes de que por equivocación o por ladronería, que no lo sabían de fijo los peones de Castro les pusieran el fierro. La vida se estaba haciendo imposible. Menos mal que ahora este loco de Villalta les andaba regalando la carne a mano abierta. Caray, había hombres tan raros en el mundo.

Por su parte, don Ambrosio creyó cuando por primera vez recibió el tasajo que Martín Villalta quería ganárselo de aquel modo y se dijo: Ah, el hombre es un pobre diablo. Y se rio a mandíbula batiente. Pobre cazador de lagartos; como no entendía de ganado encontraba más fácil deshacerse de él para amistarse con la hacienda y ver si así, merced a miserables regalos, lograba conmoerlo. Y el gordinflón se pasaba la lengua por los alrededores de su boca, del regosto que pensaba estarse dando.

Cuando días después nuevamente llegaron con otro carnosos presente siguió pensando lo mismo, pero una espina de duda le comenzó a punzar. ¿No habría debajo algo que todavía no lograra entender, pero que pudiera llevar a un fin premeditado por el momento fuera de su comprensión? Bueno, allá el tal Villalta. Que no se imaginara que él, Ambrosio Castro Valladares, iba a ser cogido como un bobalicón en alguna red oculta, no señor. Mas ya con el tercer regalo el magín del hacendado se dio a girar como rueda de molino, en busca de una solución, porque, pensó, ya esto no podía llamarse ingenuidad o artimaña, sino estupidez pura... o algo peor. En sus cavilaciones estaba cuando una mañana se le acercó uno de sus peones y le dijo:

Hombre, don Ambrosio, ¿sabe que los animales que pasamos allá hace dos semanas, no se han vuelto a ver por aquí? Como que ese Villalta no se preocupa por sacarlos de lo de él.

Oyendo esto el rostro se le puso lívido. Todavía no estaba seguro, no; sería demasiado atrevimiento. Pero la posibilidad existía. Ordenó a su jornalero que por la noche, que sería de luna, trasladaran las reses de nuevo a la hacienda y hasta la tarde anduvo todo zozobante, con las orejas enrojecidas.

En las abras los mayores consideraron que la bondad de Villalta no podía ya ser consentida por más tiempo y encargaron a ñor Vega que, así que descansara de su trabajo en la voltea, fuera a visitarlo y le dijera que, por favor, no siguiera destrozando su hatos de modo tan bárbaro. Y al anoecer ñor Espíritu Santo llegó allá acompañado de Dolores y saludó a Martín. Este se encontraba extendido en el banco del corredor de su rancho, sostenida su cabeza en una mano que se acodaba en el escaño, y silbaba quedamente mientras fumaba un puro, como era habitual en él si no tenía cosa que hacer a aquellas horas. Al ver a la pareja, que lo saludaba con el Ave María Purísima, don Martín, cómo está usted de ritual, se incorporó perezosamente, sonrió y, alargándoles su mano, recia y delgada, les dijo:

Muy buenas noches, amigos, ¿qué los trae por acá, en qué puedo servirles?

Y ñor Vega, sentándose en un tosco banco que se hallaba al frente, le respondió:

Pues, nada, don Martín, que Lola y yo teníamos hace días ganas de hacerle una visita para corresponder a la que usted nos hizo la otra vez, y por eso hemos venido.

Ah, qué bueno, cuánto les agradezco que se hayan molestado. Trabajan muy duro ustedes, trabajan demasiado duro. A estas horas deberían estar durmiendo y, sin embargo, me hacen una visita. No se puede negar que tienen espíritu agregó a su vez aquel, que sonreía mientras lo iba diciendo.

Y además intervino Dolores queríamos darle las gracias por la carne que vinieron a llevar los chacalines.

Ah, ¿la carne? No se molesten en agradecermela. Si supieran que no me va en ello ninguna pérdida, tal vez no me la agradecerían tanto. O, digo mal, me la agradecerían quizá más. Divertido, ¿no?

Eso lo dice usted por pura bondad, don Martín repuso Dolores, pero de verdad que no debiera usted portarse así. En los ranchos hemos estado platicando de esa carne y todos estamos de acuerdo en que no debe volver a matar sus animales para regalárnoslos a nosotros, qué barbaridad.

Nosotros prosiguió ñor Vega tenemos nuestro propio ganadito y además destazamos de cuando en cuando sahinos y otros bichos de la montaña. No es necesario que usted se sacrifique tanto.

Y se acariciaba con el dedo su mostacho mientras que los plomizos ojos de Villalta relucían de malicia gozando interiormente. Y ya no pudo más y estalló en una sonora carcajada:

Pero ustedes sí que son benditos. ¿No han acatado que los novillos que destacé no eran de los míos?

¡El gesto de boba sorpresa que hizo ñor Vega! ¡Los ojos que abrió Dolores! Inmediatamente después la mujer vio claro, en el instante en que ñor Espíritu Santo preguntaba, todavía dudoso:

Entonces, Villalta, ¿de quién eran? De nosotros por supuesto que no.

Pues claro que no... Eran de Ambrosio Castro.

Y continuaba riéndose.

¿Quiere un puro, ñor? preguntó luego, sacando de su bolsillo uno y alargándoselo.

El campesino, cejijunto y aún lleno de sorpresa, estiró la mano y lo cogió, y enseguida lo encendió en el de Villalta. Por fin exclamó:

Bueno, don Martín, le digo a usted que eso no me parece bien hecho, y ahí perdone mi franqueza.

No, si a mí me gusta la franqueza. ¿Por qué no le parece bien?

Dolores, en cambio, se había dicho ya que tal proceder era digno de un hombre como hubiera querido que fuera ñor Vega.

Se lo voy a decir en pocas palabras dijo ñor Vega. Usted sabe que hay que respetar lo ajeno, porque lo de cada uno es de cada uno, no hay caso. Si le robamos a Castro justificamos sus robos.

¿Con que sí? Muy bien: yo no he tocado lo ajeno; me he cobrado, sencillamente, el pastizaje de los animales de Ambrosio Castro. De seguir sus reses aquí tenga usted la seguridad de que una vez por semana haré el cobro con mi propia mano, un poquito caro, lo reconozco, pero la culpa no es mía, sino de él, que me las ha traído sin contratar previamente conmigo el pasto... ¿Me comprende, ñor Espíritu Santo?

Y volvía a reír.

Es usted un hombre muy raro, don Martín. En verdad que parece tener razón, pero, sin embargo, yo no podría hacerlo; no creo en eso de ladrón que roba a ladrón... Qué sé yo, uno tiene su conciencia, y no me gusta que me remuerda.

Yo también tengo la mía, amigo, de eso puede estar seguro, y tampoco me gusta sentir remordimientos. Pero sucede que entre usted y yo hay modos de juzgar las cosas muy distintos. Mejor dicho, entre todos ustedes, los finqueros viejos, y yo. Por lo visto, para usted la conciencia significa dejarse amolar por otro sin tratar de amolarlo a su vez. Vea usted lo que ha venido sucediendo aquí; un individuo con dinero pretende arrebatarnos lo de ustedes cercándolos, les envía su ganado furtivamente a sus potreros, les saca el de ustedes y lo lleva a sus pastizales para enloquecerlos y hasta se deja robarles algunas novillas y alega luego que son de su pertenencia. El juego se ve clarísimo; todos sin duda alguna concuerdan en que este personaje es un sinvergüenza redomado a pesar de su carácter zalamero y, no obstante, en lugar de buscar al bribón y herirlo a él y enfrentársele a él directa y personalmente, sien-

do como son personalmente más fuertes porque suman más, se empeñan en querer luchar contra su dinero y su poder económico trabajando como alucinados para llegar de primeros a un lugar donde, sin duda alguna, las monedas de Castro llegarán antes. ¿No han visto cómo su cuadrilla de indios ya les lleva su buena delantera? La idea de salvar el desfiladero no era del todo mala, pero su realización va resultando imposible. Más sencillo hubiera sido ir directamente al grano, en este caso el cuerpo de Castro. O ¿es que creen que este asunto es entre caballeros? No, señores. Tarde o temprano, por ese camino, Castro habrá de derrotarlos porque es un taimado. Y para un taimado, otro. No hay más remedio.

Aquí se calló Villalta, que parecía sinceramente consternado, y ñor Vega, pensando lo que iba a decir durante unos momentos, le preguntó luego:

¿Me quiere dar a entender que debimos haber antes que nada matado a don Ambrosio? No crea usted que no, si por la cabeza nos ha pasado la idea a muchos de nosotros.

Bueno, si usted así lo dice, le respondo que sí, aunque no habría sido necesario tanto. Lo de matar se deja siempre como último recurso. Por lo general un hombre como Castro prefiere retirarse antes.

Carambas, don Martín, habla como si hacer una muerte no tuviera importancia. Recuerde que el mandamiento prohíbe quitar la vida, no hay caso.

Vamos, vamos, hombre..., pero ¿no se da cuenta de que si de mandamientos se trata hay dos más, uno que manda no codiciar los bienes ajenos y otro que ordena no robar?

Dolores lo escuchaba como si bebiera agua fresca.

Es cierto, don Martín, pero cada uno debe responder de sus crímenes ante Dios. Él es quien castiga. Lo dice la escritura, ¿no ve?

Pues no señor, no señor. Antes que todo debe responder cada uno ante los hombres. Esto lo digo yo. Y en este caso tenemos por un lado un mandamiento y por el otro dos: son dos contra uno, y aunque fueran solamente uno enfrente del otro suficiente razón habría para decir: bueno, si este hombre viola un mandato y me roba, yo violaré otro y me defenderé. Aunque, como le digo, no hubiera sido ni será necesario llegar a tanto, ya lo verá.

Y por este derrotero la conversación fue alargándose. Villalta, muy por lo contrario de ñor Vega, raras veces mencionaba a Dios y cuando lo hacía se notaba que la idea no tenía en él mucho arraigo. Si hablaba de mandamientos

y principios morales era porque significaban para él realidades humanas. Aparte eso, no existía otro idioma con qué darse a entender al ñor y le llevaba el corriente. Bueno, Martín, a su modo, era un religioso. Había un algo profundo y ascético en su vida de vagabundo cazador de lagartos que lo hacía semejar al monje sincero de vida contemplativa. Solo que su monasterio se hallaba en todo y su contemplación iba hacia el bejuco enroscado al tronco añoso, al vaharoso zumo de la tierra y al cristal de los ríos. Sí, Villalta era un solitario que, no obstante, necesitaba a su alrededor el contacto más o menos cercano de algunos hombres con los cuales sentirse solidario, porque también había en él un poco de caballero andante buscador de inesperadas rutas. Aunque no lo atormentaba la idea de Dios, sentía en su adentro y en su derredor algo inefable que lo impelía a lo extraordinario. Zambullirse en un remanso del río Reventazón en pos de rastros y cuevas de lagartos, a los que a veces amarraba con sus sogas por la cola llegándose hasta ellos, no era asunto para dejar frío a cualquiera, y él lo hacía como el hachero corta un tronco o el niño arrea una vaca. Un día de aquellos acababa de matar un hermoso jaguar enfrentándosele cuchillo en mano, ayudado de una rama. Por allí andaba la recién curtida piel. Pero era el último en creer que su manera de vivir significaba intrepidez. Él lo solía decir: Se exagera, la selva y las correntadas de los ríos son un modo de vivir como cualquier otro, la vida siempre trata de establecer el equilibrio entre el hombre y el ambiente, claro está que un señorito o un catedrático de ciudad puede imaginarse en un montañés a un tipo heroico y hasta escribir sobre él como si luchara frente a monstruos y él mismo fuera un monstruo. Absurdo, el hombre es siempre el hombre dondequiera que esté. Se puede morir trágicamente, ese es el riesgo, se puede sufrir y chocar con dificultades importantes, pero el que está en una vida así, sin darse cuenta, se agiganta; creo que es el que menos puede imaginar que se halla haciendo el papel de osado. En realidad es un hombre, el mismo de siempre. En las ciudades y aldeas hay tal vez más obstáculos y más luchas que enfrentar, solo que estos no se ven porque son muchos y no tan dramáticos. Sin embargo, nadie cree que un individuo de ciudad albergue dentro de sí a un ser prodigioso. Lo mismo, digo yo, es en la montaña, en el mar y en cualquier otra parte.

Allí mismo se lo expresaba a ñor Vega, a propósito de la pelea con don Ambrosio:

Fíjese usted en que lo más duro no es la montaña, sino el hombre. Aquella es indefensa. Sí, tiene sus peligros. No es agradable encontrarse una toboba arrojada en un bejuquero ni vérselas con un puma enfurecido. No todo son pájaros de colores y guarías en las cumbres de los árboles, ni pecillos espumosos en el agua. Está el demonio de la lluvia y los mosquitos. Se puede

morir bajo un árbol que se viene abajo antes de tiempo, como el hijo de Miranda, o cortarse un pie de un hachazo como Rafael Leitón, o perecer en los cuernos de un novillo chúcaro como la hijita de los Vásquez. Se dejan a menudo los huesos en la tierra porque ella cobra su precio. Pero vea usted quiénes han salido perdiendo aquí a la larga: los ríos y las montañas. Ustedes los han herido con sus hachas y sus puentes; ellos han tenido que ceder terreno a los pastizales y el ganado. Los animales salvajes han debido alejarse frente a sus escopetas y cuchillos, en tanto que ustedes tienen sus casitas bien entejadas. La selva se ha venido pudriendo bajo las plantas de los hombres mientras los hombres ven crecer a sus hijos y a sus reses y saben venerar a sus difuntos. ¿Dónde estaba el peor enemigo? En ustedes mismos, los hombres; en nosotros. Uno de nosotros ha llegado a echarlo todo a perder: Ambrosio Castro.

Es verdad exclamó Dolores, todo puede sobrellevarse, menos un mal vecino. Si no hubiera sido por ese desgraciado esto andaría mejor.

Exacto. Pero usted, ñor Vega, y los demás se contentan con rogar a la Providencia y botar árboles en dirección al desfiladero, y eso no está bien. Le he oído decir que tener a Dios con uno es ser bueno y no dañar a nadie, y eso puede ser así a condición de que ser bueno implique algunas veces proceder como un demonio. Porque han de saber ustedes que el mundo está hecho de buenos y felones, y a menudo, con todo y que uno tiene sus principios morales, hay que empuñar las armas para oponerse a la felonía. Sí, señores. De lo contrario lo peor termina por vencer, y eso está mal.

Lo mismo digo yo; así es afirmó Lola.

Y ñor Vega, en cambio, se mantenía callado.

Vea, hombre continuó Villalta, levantándose y poniéndole la mano en el hombro, Dios es importante, pero Satanás también. Con los dos nos hacemos el mundo o nos lo hacen. Está bien que usted sienta a su Dios consigo y lo respete, pero enciéndale sus candelitas algunas veces a Belcebú, que en muchas ocasiones puede ayudar. No hay más remedio que convertirse de cuando en cuando en diablo. Se va a acordar de mí muy pronto, al verlo con sus propios ojos. Tenga seguridad de que don Ambrosio, al recibir mañana esos tres cueros de novillo que he estado curtiendo, con su fierro bien claro para que no le quepa duda de que son los suyos, va a decir con toda seguridad: “ese demonio de Villalta”. Y, no obstante, así hago el bien, así amo a Dios sobre todas las cosas y a mi prójimo como a mí mismo, amén.

Carajo, sí, tal vez tiene usted cierta razón, es verdad. Es que uno no es tan instruido y por miedo de ofender en veces no puede ni pensar... Tal vez usted esté en la razón -dijo ñor Espíritu Santo.

Espere usted, ñor, espere usted. Todavía no he terminado. Diga a los demás que no continúen con la voltea, agregó Martín.

¿Cómo, qué dice? preguntó Dolores, sorprendida.

Nada, que no deben molestarse en seguir con ese trabajo de locos replicó firmemente. Dejen a Castro seguir adelante. Será cosa de unos dos meses más para alcanzar el desfiladero, y se gastará su buena plata de aquí a entonces. Ustedes, en cambio, vuelvan a sus cosas, que bien los necesitan.

Dolores comprendía que aquel hombre estaba hablando en serio, y, sin embargo, la ocurrencia de no proseguir la golpeaba, de primer intento, muy rudamente. Ella todavía conservaba esperanzas de vencer a Castro por aquel camino, a pesar de todo. Había sido ocurrencia suya.

Pero, don Martín dijo, mientras su marido miraba extrañado a Villalta.

No hay pero, Dolores, no gasten tiempo inútilmente, déjenme a mí el asunto. Será más fácil de lo que ustedes se imaginan.

Su sonrisa le llenaba toda la cara, y la piel de ratón de sus ojos chisporroteaba malignamente...

No me llamo Martín Villalta si Castro los cerca, en definitiva.

Y al irse unos minutos más tarde con toda la noche encima, entre el murmurio horizontal del río y el suave mugir de la tierra llena de grillos, cuyeos, majafierros y lucecillas de luciérnaga, ñor Espíritu Santo y su mujer llevaban en el corazón una inquieta alegría, que era al mismo tiempo como callado deseo de sentarse a llorar bajo algún árbol, de alborozo, de esperanza y fe en el hombre, y, sobre todas las cosas, en aquel curioso cazador de lagartos, que parecía tan seguro de acabar con la amenaza de don Ambrosio.

Ñor Espíritu Santo, por el camino, dijo:

Es de veras como un diablo ese hombre. Pero nos va a ayudar, creo yo.

Y Dolores:

No, hombre, es Dios... es Dios que nos lo ha mandado.

VI



El día siguiente fue un día bueno. La naturaleza parecía haberse puesto de acuerdo para festejarlo, porque al salir el sol el cielo se teñía de un color rosado que se anidaba en los ropones de las nubes y se difundía hacia la tierra barnizando las lejanías con suavidad como de mejilla de niño. Todo brillaba, más tarde, bajo la claridad esplendente, el viento bamboleaba los árboles, y los pájaros, más que nunca, cantaban jugando a perseguirse de rama en rama.

Y fue un buen día porque, al recibir Ambrosio Castro a las siete de la mañana los tres cueros curtidos que le enviaba su vecino Villalta y examinarlos extendiéndolos sobre el piso de su casa, notó con todos los ojos la A y la C de su propio fierro, por lo que su semblante enrojeció en tanto que su mano barría torpemente el sudor de su frente. Había comprendido que en lo futuro se le habría de atravesar un hombre que debía de ser, como río crecido, difícil de vadear.

Bien conocía Martín a sus semejantes. ¿Qué se le daba saber que con aquel envío le estaba avisando a Castro que se anduviera en adelante con cuidado y que así este sería más precavido y peligroso? Él estaba seguro de que, a pesar de su pistolón, era un cobarde.

Resultó muy divertido escuchar de labios del campesino que llevó su regalo al hacendado que este de veras había dicho con ira: Ah, ese demonio de Villalta... Pero me las pagará. Se convencería muy pronto ñor Vega de cómo él, Martín, no había fallado en su pronóstico. Y es lo cierto que cuando más tarde el abrero lo supo, sonrió para sus adentros muy complacido y admirado. De veras que es un diablo el hombre, se regocijó, mientras Dolores empezó a bailar por la cocina y a reír como trastornada. Un regocijo tan hondo de los dos, que sería difícil llegar hasta el lugar desde el que les brotaba en sus espíritus.

Ñor Vega, como Dolores y como los demás compañeros de fatigas, comenzaba a creer, y ya verdaderamente, en la final victoria. ¿Cómo, de qué extraña manera vendría? No lo podría decir. Bastaba conversar una sola noche con Martín y mirarle su amplia sonrisa de animal despreocupado y dueño de su propia fuerza.

Ese día el trabajo en la voltea ya no fue tan intenso. Se comprendía claramente que ellos ya no creían más en lo que hacían. Bueno, si desde tiempo atrás proseguían trabajando porque eran tercos y no querían darse por derrotados; pero en sus corazones no ignoraban su derrota. Ahora creían en Villalta. Ñor Vega lo fue diciendo; por ahí de las doce, cuando el sol res-
tregaba su caliente brazo en los sudorosos cuerpos, soltó lo que toda la mañana había venido guardando; lo hizo como avergonzándose de sí mismo y sintiéndose culpable personalmente de acabar ahora, después de tantos meses de volar hacha, reconociendo que había sido innecesario malgastar tanto esfuerzo. Dijo:

Muchachos... manos... será mejor... que no sigamos con esto.

Y ¿eso? ¿No has sido vos, Espíritu Santo, el que nos has alentado más en esta cosa? le respondió ñor Eustaquio Leitón, que a su lado se encontraba, aunque se adivinaba fácilmente que esperaba la frase.

Qué sé yo, mano... En realidad fue Dolores la que más se empeñó, y tu mujer, y la tuya, y la tuya, ¿se acuerdan?, y no las culpo. Todo ha sido con una idea, y ha estado bien... Pero, qué carajo, ahora será mejor parar la voltea... Don Martín dice que es inútil que continuemos, que de todos modos don Ambrosio va a llegar primero... Don Martín...

Y ñor Espíritu Santo no hallaba sendero para decir de una vez por todas que confiaba en Villalta. Mas poco a poco lo vino encontrando:

Ese pisuicas me ha aconsejado que no nos jodamos más. Él no se va a dejar encerrar por don Ambrosio. Creo yo que se va a jalar alguna buena. Se ve que es muy hombre, correa que no revienta. Será mejor dejarnos de esta vaina y rodearlo a él en lo que haga. No hay caso.

¿Apoyarlo?

Ajá, eso es, apoyarlo de lleno. Dolores me dijo anoche que eso es lo que debemos hacer ahora, ir del brazo con él, por si nos necesita.

Y se golpeteaba el bigote. Se notaba que se sentía descargado de una enorme responsabilidad. Los demás abrerros lo estaban ahora rodeando todos

en grupo, mientras lo escuchaban. Quien respondía de allí en adelante sería Villalta. Don Martín, como ellos le decían, apechugaba en lo futuro con la salvaguardia de las tierras. ¡Jesús, aquel hombre debía de tenerlas todas consigo, cuando se atrevía a meterse en líos con don Ambrosio! Acababa de darle tres cuerazos en la cara, y andaba tan despreocupado como si tamaña broma nada significara.

Pero, ¿qué diablos será lo que va a hacer? ¿Cómo va a impedir que la indiada siga botando palos?

¡No será que piensa darse de balazos con todos ellos!

O quemar la casa de don Ambrosio.

¿Un hombre solo contra tantos? No puede ser.

No está solo. Por eso es que debemos acuerparlo. Es nuestra conveniencia.

Y Vega, atajando la racha de opiniones:

No, creo que don Martín ni va a volar bala ni quemar casas ni matar a nadie. Él dice que eso sería lo último y no va a ser necesario.

Y por allí siguieron. Ellos, cuando se daban a platicar, eran largos como canto de majafierro.

En la próxima madrugada cada cual tomó sus herramientas y se fue a sus propias tierras, que los habían estado echando de menos durante muchos meses.

Villalta, mientras tanto, cogió su arpón, sus garfios y sus mecates, llamó a sus dos hermosos perros, montó en su alazán y anduvo ausente algo más de un mes. Volvió cuando ya los finqueros empezaban a desconfiar de sus palabras y el trabajo de voltea en lo de Castro estaba por llegar a la garganta de montaña que tanto les significaba.

Encontró a la gente desalentada. Solo Dolores había estado segura de que regresaría muy pronto. Al verlo de nuevo, lo saludó y con su campaneante voz le dijo:

Don Martín, cuánto gusto de saludarlo. Usted otra vez por aquí, qué bueno... ¿Ya vio cómo van los trabajos de don Ambrosio?

Sí, ya lo vi.

Y, mirándola directamente a los ojos, agregó:

Pero esta semana se van a acabar.

Por la noche Martín atravesó la montaña que lo separaba de la hacienda y, huroneando por los alrededores del río junto al que las familias de indios tenían sus ranchos, se llegó hasta uno de estos, entonces totalmente envuelto en silencio, y golpeando a su tosca portezuela de cañas hizo levantarse a las cuatro personas que estaban adentro: un indio viejo, dos jóvenes y una india cuya edad nadie podría haber descifrado. Él sabía algunas palabras de su dialecto y como pudo logró hacerse entender del anciano, que lo miraba ceñudamente azorado y se negaba a contestar ni un monosílabo. Quería, le explicó, hablar con un indio que supiera castellano. El viejo salió al momento y al poco rato volvió con otro indio añoso, tan mustio y desconfiado como lo eran todos, y entonces Villalta les advirtió que él era una “autoridad” del Gobierno y estaba encargado de enlistar a hombres para una guerra en la que se necesitaba a todos los individuos aptos para tomar armas. Que le dijeran de inmediato cuántos jóvenes disponibles se encontraban con ellos, porque muy pronto habría de pasar una patrulla del ejército a reclutarlos. Finalmente, Martín quedó de volver la noche siguiente por los datos que les acababa de exigir, que deberían tenerle listos en veinticuatro horas. De lo contrario se vería en el caso de proceder con toda severidad.

De regreso, traía consigo un arco de recia madera de palma y varias flechas que le había regalado el anciano indio como demostración de obediencia. Aquellas gentes habían tragado fácilmente el cebo. Habitadas a sus montañas y ariscas frente a todo lo que sonara a Gobierno, ya se encontraban en esos momentos conferenciando alrededor del anciano.

Por la mañana, mientras pereceaba en el río pescando a flechazos bobos y róbalo plateados, Martín divisó a las familias indígenas desfilando apresuradamente una tras otra, envueltas en su cabizbajo mutismo, río arriba, para internarse en la montañería por oscuros y retorcidos senderos, rumbo a sus tierras lejanas y sus palenques de paja y caña brava.

En lo sucesivo sería cosa sencilla acabar con las pretensiones del hacendado. Él no hubiera querido tener que ser grosero con aquellos indefensos hombrecillos de rostro taciturno y había buscado esa mañosa manera de hacerlos alejarse. En adelante, si fuere necesario pelear, lo sería frente a hombres que no disparaban flechas, sino armas de fuego. Abrigaba la esperanza, casi seguridad de que los peones de Castro no habrían de arriesgar su pellejo en lid con los finqueros, ya que no defendían nada propio. Mas, por si acaso, Martín trazó su plan. Creía poder contar con cuatro hombres seguros de entre

aquellos campesinos: ñor Espíritu Santo, a quien, pese a sus ideas sobre el no matar, conceptuaba valeroso; llegado el momento daría la nota valiente; detrás de él empujaba su valiosa mujer, a la que daba gusto escuchar por lo decidida y dispuesta a la guerra; Roberto Leitón, muchacho buen tirador y nada baladrón; Gerardo Vásquez, que no decía muchas palabras, pero daba la sensación de llevar muy bien puestos los pantalones, y por último uno de los Cotos. Los demás no parecían buenos gallos de pelea, aunque posiblemente se encontrarían algunos más; no se podía juzgar a todos de buenas a primeras. Tal vez no habrían de ser indispensables, aparte de que muy posiblemente Ambrosio Castro se guardaría de encender conflicto a bala. Por lo que pudiera ser, vino y habló con los escogidos. No se había equivocado. Solo con ñor Vega encontró dificultades; los sentimientos del hombre no lo llamaban a emplear su escopeta. Empero, una vez que introdujo su azadón la palabra de Dolores echando tierra a favor de Villalta, consintió muy grave y severamente, y dijo que estaba dispuesto a acompañarlo en lo que fuere, siempre que la provocación viniera de los otros. Solo que el asunto se complicó:

Y ¿quién ha creído aquí que tata va a ir sin nosotros? dijo uno de los muchachos Vega, todavía un niño, a quien el mayor, José, abrazaba sonriente.

En esta casa, habló Fermín, somos un solo puño. Adonde vaya tata vamos todos.

Mas nada sucedió. Como a Martín Villalta le gustaban las cuentas claras, por la tarde vino a conversar con el hacendado, que lo recibió pálido y visiblemente nervioso. Esta vez sí que no rio a carcajadas ni dio palmoteos en la espalda. Escuchó pacientemente lo que le exponía Villalta, quien por último dijo:

¿Acepta la paz, Ambrosio Castro, o prefiere usted la guerra? Bien, pero en este caso sepa que de ahora en adelante nos dejaremos usted y nosotros de cortar arbolitos. Ese es juego de mujeres. No, de ahora en adelante limpiaremos nuestras pistolas y escopetas y vendremos a tantear nuestra puntería en su barriga.

Y así terminó la infancia de las abras.

VII



Ahora, a cinco años de la llegada de Villalta, una cosa nueva y pujante estaba allí: el aserradero. La pesada rueda que lo movía giraba de continuo barbotando las paletadas de agua y quejándose con su peculiar gemido de goznes y maderas. La sierra bajaba y subía mañana y tarde, día y noche, tajadeando la madera de cedro, campano, roble o zurá, y lanzando serrín a diestra y siniestra entre el vaivén del carro pesadamente cargado con la tuca todavía medio verde. Se escuchaba el chirriar de los cables, tensos como cuerdas de violín, y a los tablones ya de la sierra recorridos y hermosamente jaspeados los iban amontonando uno sobre el otro y los estibaban luego en las cureñas tiradas por bueyes, que los habrían de sacar leguas afuera por las brechas abiertas en el valle, hasta el sitio donde se entregarían a la compañía del ferrocarril.

Villalta en poco tiempo había convertido la zona en semillero de actividad. Qué movimiento en el hormiguero. No quedaba en los repastos un solo árbol de buena madera, de los que ñor Vega había ido dejando intactos al hacer su finca; a todos los había devorado ya la sierra. Entonces era al revés; se metían los hombres en la montaña y solo abatían los árboles en sazón, porque ya no se trataba de hacer potreros, sino de sacarle madera al tiempo para convertirla en dinero con qué comprar más ganado y mejorar la casa y traer bienestar a las familias, que bien se lo merecían. Los boyeros llevaban una, dos y hasta tres yuntas de bueyes tirando de enormes trozas por los barrizales de la montaña, y había que ver cómo se agitaban, punzando con sus chuzos las ancas de los animales o palanqueando con estacas los troncos al filo de precipicios, los pies descalzos agarrados con sus dedos al suelo húmedo y las manos empuñando su fuerza para emplearla como se debía. Y, sin embargo, no había nada de extraordinario; Villalta ya lo había dicho. Era el trabajo, que arañaba el mundo con sus infinitas uñas, el omnipotente hombre, que con una frágil herramienta cortaba la vida a un roble

milenario y lo transportaba abriendo caminos a través de la maraña cuestras arriba o despeñaderos abajo, como si se tratara de una astilla para el fuego.

Se iban amontonando en los patios del aserradero los palos, como ellos les decían, y mientras conversaban ponían sobre sus arrugadas cortezas las plantas callosas de sus pies, como diciendo, sin saberlo: he aquí que la verdad de estos siglos se resume en el minuto de las manos de unos cuantos hombres.

Las hachas seguían hablando, esta vez no para derribar solamente, sino para transformar y crear riqueza.

No había quien no estuviese extrayendo madera. Solo Ambrosio Castro que aún masticaba su derrota y hacía la misma vida de siempre entre risotadas, melosidades y subterráneos proyectos para lo futuro se quedó fuera, porque era vanidoso y en el fondo de su alma sentía la envidia corroerle las entrañas.

Ñor Vega no disponía de tiempo ni para pensar. Del trabajo volvía a comer y a tumbarse enseguida en la cama. Dos de sus hijos menores por entonces empezaban a trabajar a su lado, convertidos ya en muchachos musculosos. El mayor, José, hacía vida marital con una hija de los Leitones, con la que proyectaba casarse apenas pudieran ambos salir a Cartago para la ceremonia. Fermín, en cambio, ya no vivía allá. Un día de tantos dijo que se iba a buscar quehacer en la construcción del ferrocarril. La madre le preparó un buen almuerzo y lo despidió con un abrazo muy cariñoso.

Dejalo que se vaya le había aconsejado a su marido, Fermín no sirve para vivir con nosotros. No es casero, tiene un carácter muy suyo y quiere mandarse solo. Él se abrirá su camino.

O acabará enterrado, Dios no lo quiera, en algún despeñadero de ese infierno que es la construcción de esa cosa, pero creo que no habrá más remedio había respondido el hombre. Ese muchacho ya no se siente a gusto como hijo mío. Será que así lo quiere el de arriba... Además, si logra abrirse campo solo, mejor. La familia es mucha y de esta finca será difícil coger para que todos queden bien, muertos nosotros.

Los domingos, cuando el trabajo se detenía y los hombres se quedaban en sus casas o se iban a echar barbasco al río para pescar tepemechines, guapotes y bobos, que atontados por la resina venenosa salían a la superficie de los remansos, nuestro hombre se sentaba a conversar con Dolores en el corredor de su vivienda o se quedaba solo, meditando, rumiando la vida, que

a pesar de Fermín ausente y de la responsabilidad de mirar por la familia, le sabía buena, se la miraba crecer. Las fincas habían cobrado importancia. La madera producía entraditas que de cuando en cuando llegaban, con las que había realizado ya tantas cosas y habría de llevar a cabo aún más. El corral de las vacas era nuevo, bien cercado con alambre, y así el galerón de los terneros y el chiquero de los cerdos; a la casa le había hecho agregados y cambiado el techo, que ya se encontraba en malas condiciones; todos dormían ahora cobijados como Dios mandaba y podían usar mejores vestidos, ya no harapos remendados, como antes. Hachas relucientes, cuchillos recién mercados, zapatones para los muchachos, no para él, que prefería seguir usando caites, ollas nuevas en la cocina, aperos para los bueyes y los caballos y tantas otras necesidades llenadas por fin. Pensaba además arreglar el camino a la casa. Y recordaba que Fermín, siempre Fermín, había ne-ciado tanto con ese empedrado, para que se viera bonito. Qué muchacho, eternamente imaginando el modo de que las cosas lucieran mejor y cómo embellecerlas, pintando la carreta con mil garabatos de colores o encalando la casa. ¿Por qué sería así este hijo? No le interesaba realmente crecer ni mejorar, sino estar rodeado de cosas agradables... Estaba bien de vez en cuando decidirse a renovar un camino, cuando ya se contara con posibilidades, pero no vivir continuamente con los ojos puestos en lo bonito; así se perdía el tiempo. ¿Por qué, mientras José cortaba dos árboles, Fermín, que no le iba en zaga como muchacho forzado, solo volteaba uno? Claro, porque se había pasado las horas oteando qué orquídeas traía o cuál pájaro cantaba o dónde había una cueva de armado para venir en la noche a sacarlo con los perros, solo para divertirse. Sí, no era de asombrarse que se hubiera ido, qué lástima; allí había que trabajar de firme... Y luego el campesino se preocupaba de sus hijas, ya muy crecidas, y pensaba en una frase que le había escuchado a Dolores: cuánto me gustaría un nieto que fuera hijo de Villalta. ¿Cómo podía su mujer hablar así sabiendo que Martín tenía esposa y estaba construyendo una casa más grande y cómoda para traerla a vivir con él? ¿Qué ocurrencia era esta de Dolores? Antonio Coto andaba trastornado con la mayor de sus hijas y uno de los Vásquez venía a veces de visita buscando, se notaba, conquistar a Cristina. Y si Villalta llegaba algunas noches y se pasaba horas conversando con la familia, no le parecía a él que mostrara segundas intenciones con sus muchachas; que, si así fuera, por Dios que a pesar de lo agradecido que se sentía por haberlos sacado de los tentáculos de Castro, le habría negado la entrada en su hogar.

Más disgustado se puso la segunda vez que Dolores volvió a decírselo.

Pero mujer, ¿estás loca?

Qué se yo, lo que tengo es un deseo, nada más; lo digo por fregar.

Pues cuidado con esas viarazas; pueden ser malas.

No me hagás caso, Espíritu Santo; vos me conocés y bien sabés que no hablo en serio. Idiay, viejeras que a naide hacen daño.

Sí, pero vos todavía no estás vieja.

Para vos, hombre; quién sabe para los demás.

Lola pasaba ya de los cuarenta y las arrugas comenzaban en su rostro a trazar su hidrografía y el cabello a encanecersele. Había tenido que trabajar reciamente. Sin embargo, ñor Espíritu Santo era sincero: aún la veía hermosa y juvenil.

Ella sentía por Villalta gran admiración y un especial cariño de buenos amigos. Él ejercía sobre su espíritu inevitable atracción. Había algo en aquel hombre que la subyugaba, al punto de que esperaba impaciente el momento de poder desocuparse para ir a escuchar su conversación en el corredor de la casa, lo que acontecía a menudo. El aserradero se había montado en terrenos de ñor Vega debido a que el arroyo que atravesaba su abra bajando de las colinas y desembocando en el río, había resultado ser el mejor para tomar de él el agua que moviera la rueda, por medio de una atarjea. Martín le había comprado una manzana de tierra donde edificó el galerón para la aserradora y quedó el patio en que los hacheros descargaban los troncos. Era cosa de caminar un corto trecho para ir de allí a la casa de los Vegas, y Martín tomaba café con ellos, descansaba a veces en el corredor o venía los domingos a pasar la velada hasta bastante tarde. Le agradaba la compañía de todos, pero sobre todo le encantaba Dolores. A ñor Espíritu Santo se lo había dicho: Tiene usted una mujer como hay pocas; cómo me hace de bien conversar con ella. Y esta complacencia en tenerla cerca, por completo inocente, nacía de su desenfadada manera de enfrentarse a personas y cosas, su agresiva frescura, su iletrada capacidad para comprender sentimientos y situaciones. Algo valiente y tenaz la sostenía y la hacía optimista. Villalta estaba seguro de que no había mentido la vez cuando le dijo que ella hubiera ido en persona a pegarle un tiro a don Ambrosio si la situación hubiera llegado a ser desesperada. Además, qué hermosa manera de cantar, se decía para sí, cuando la oía reír: tintinea como un ceniztle.

Dondequiera que estuviese los demás la rodeaban y eran como radios que partieran de su centro. Por su parte, ella había intuido en Villalta su aptitud nada ordinaria para ser hombre, rodeado de sus ecos y sus horizontes. Sí,

ambos se llevaban muy bien, a pesar de que él poseía su propia soledad, donde se hallaba casi siempre más a gusto, y ella sus obligaciones, que la mantenían ocupada casi todo el día.

Paso a paso, con fuerza que crecía solapadamente desde lo oscuro de su espíritu, la mujer de ñor Vega, viendo y escuchando al cazador de lagartos, sentía la impulsión de tener algo venido de él, y como no hubiera podido ocurrírsele ser ella la madre de un hijo suyo, la imagen de arrancarle un nieto la vino poseyendo. Y se figuraba al niño moreno claro como él, con sus mismos ojos de piedra gris fosforescente, idéntica sonrisa y su nariz ligeramente aguileña; se regodeaba meciéndolo en sus brazos, llamándolo Martín como su padre y haciéndole cosquillas en los diminutos pies; y quizá cuando estaba muy atareada en la cocina se quedaba por momentos como alelada, y era que andaba fugitiva por el sueño de este hijo de Villalta... Chocheras, chocheras, no hay duda de que la cabeza se me pone chúcará, se sacudía, pero la idea continuaba abejoneándole, reforzada o sugerida por lo que había venido observando: el interés que por él mostraba Magdalena, la mayor de sus muchachas, ya una moza graciosa y vivaracha de redondos pechos. Si Martín se sentaba en el escaño o tomaba café con ellos, Magdalena no le quitaba la vista de encima, bebiéndose sus palabras como si fuera una tonta, siempre que no apareciera por allí ñor Vega; entonces buscaba el modo de ausentarse para no hacerse traición. Su madre había adivinado desde muy al principio aquel sentimiento liso, sin complicaciones, como de acero que busca el imán, y su alegre corazón apasionado, también con inocencia y sin percatarse de sí mismo, comenzaba a sonreír.

Aquella niña criada en las abras haciendo una vida muy llena de animales y plantas, había aprendido el amor en los saltos de los toros y los abrazos que los pájaros, cayendo a tierra, se daban en medio de su vuelo. Aunque había sabido, por las conversaciones de religión que ñor Espíritu Santo les daba a sus hijos, que algo prohibido había entre mujer y hombre, ni padre ni madre habían nunca hablado claramente de estas cosas por temor a levantar suspicacias y sus niños fueron enseñándose por sí solos mitad con lo que observaban en la naturaleza y mitad por lo que sus vecinos les descubrían en los diálogos cotidianos.

Magdalena, vivaz como su madre, daba sencillamente rienda libre a la atracción que sobre ella ejerció el nuevo vecino desde que lo vio por primera vez. Mientras el aserradero se iba instalando y la actividad maderera crecía, el amor, que era sentimiento e indefinible deseo, de cristalino y delgado manantial silencioso fue subiendo hasta ardoroso río que desbordaba su corazón.

Ella sabía que Martín era casado, mas esto no la acobardaba. ¿Acaso pedía mucho para sí? Solo poder mirar, oír, sentir la cercanía de aquel hombre; no pretendía más. No había tenido ocasión de percatarse de que el mundo, aun el campesino, se hallaba lleno de relaciones especiales como el matrimonio y los apellidos legítimos. Sería bueno poderse casar, pero, ¿sí no se podía? Y sus diecisiete años rebosantes de vida y generosos como copa de vino se ilusionaban hoy, se descorazonaban mañana, porque el hombre, aquel hombre tan querido y deseado, iba y venía sin notar ¿o lo notaba siquiera un poquito?, se preguntaba y sufría el volcán que por él hacía erupción tan cerca. Con esa amabilidad un tanto absorta de los soñadores, Villalta se portaba cortésmente con ella y prestaba atención a lo que, con todo y la emoción que por momentos la ahogaba, le decía en la tertulia de los domingos por la noche, pero esta benevolencia era la misma para con todos. Y Magdalena sentía inmensa desazón al mirar cómo Cristina, que ya andaba en relaciones formales de noviazgo con Ramón Vásquez, le hablaba a Villalta largo y tendido, sin cortarse. Este, encerrado en su celda personal sus ideas, sus soledades, su propio amor, tal vez, daba la impresión de vivir lejos de todos ellos, más aún cuando se quedaba silencioso y parecía sumirse en su propia lejanía interior. Entonces ella soñaba con echarse fieramente en sus brazos para besarlo y sentirlo palpar contra su pecho.

En esos momentos, precisamente, la madre comprendía cuán honda pasión bullía en su hija y la desazón de su nieto la atormentaba. Era como una callada alianza entre las dos, Magdalena pensando solo en el hombre, Lola prolongándose en Magdalena con la mente puesta en su otra prolongación: el hijo de su hija; dos estremecimientos distintos, el uno juvenil y encendido, el otro contradictorio, asaetado por la idea de que aquello no venía de Dios. La madre, por instantes, se escuchaba a sí misma: sí, es el demonio, ese extraño demonio de Villalta, que me tienta; es el mal, como él aquella vez lo dijo, metiéndose entre el bien y haciendo también el mundo. Pero seguía deseando el retoño, que significara como la síntesis de todos sus hijos, más tarde un zagalón igual al que hubiera querido que fuera ñor Espíritu Santo. Ella sabía que su marido, claro, sí, era duro en el sentido en que lo eran los escaños de roble o las piedras del camino; no se gastaba fácilmente. Nadie podía negarle su capacidad de afrontar la existencia de una manera valiente y de no desalentarse. Pero carecía de brillantez y filiosidad. Y estos pensamientos la asediaban sin quererlo cuando miraba a Villalta, tan desoladamente fuerte, rodeado de aquella soledad consigo mismo que tanto la atraía e intrigaba.

Este, perspicaz como era, había terminado por notar la atención que en él ponía la muchacha. Cosas de las mujeres, esa coquetería de las jovencitas pensaba, que ya le pasará. Y se olvidaba del asunto.

Martín, de veras, amaba a su propia mujer, le pertenecía con todo su espíritu, como sucedía todo lo de su corazón, y la esperaba para muy pronto, cuando tuviera terminada su casa nueva.

Los días se le deslizaban ocupado de la mañana a la tarde, pero ya no trabajaba duramente. Dirigía y contemplaba. Había que haberlo visto por la época en que se estaba instalando el aserradero bregar con el fango hasta la cintura en la colocación de los cimientos de cal y canto, las vigas y los horcones del galpón para la máquina, y más adelante cómo se encabritaba en la lidia con los enormes troncos, al tiempo que enseñaba a Ramón Vásquez a timonear la sierra. No obstante, así como un niño no se fatiga jugando, no le cansaban sus labores, que hacía lleno de sí mismo; eran su regocijo y le servirían más tarde para mirar su obra y gozar con ella, como Javé en el sétimo día bíblico.

Ahora, cuando se había adelantado tanto, otros cargaban con las partes gruesas y los detalles del trabajo y él se limitaba a oler los maderos recién aserrados, a llevar malamente las cuentas y mirar lo hecho. En aquel pequeño manchón del mundo semejaba un diosecillo olímpico, mas su persona irradiaba una arbitraria humanidad que lo hacía incomprendible a los campesinos que se movían a su alrededor. Todo el que lo conocía intuía en Villalta, debajo de su piel y sus palabras, a otra persona que andaba alejada, que erraba y era una misma con la lluvia, el árbol y el animal que gruñía en la montaña. Por eso, cuando se lo miraba acodado en el banco del corredor de la antigua casita de los Morales fumando su puro, con los ojos cerrados, nadie pensaba en decir está descansando o está durmiendo; los campesinos exclamaban:

Don Martín está ahora pensando. Habrá que dejarlo solo.

Porque si alguno llegaba a interrumpirlo resultaba fácil adivinarle una profunda contrariedad, a pesar de que se esforzaba por parecer complaciente.

Y, sin embargo, no decían bien los vecinos; Martín en realidad no meditaba. Simplemente era. No estaba pensando, sino que se envolvía en un sopor, como si la piel y los huesos y los pensamientos y el sentir se le estiraran prodigiosamente hacia la circunferencia horizontal y multidireccional de las cosas de manera que él mismo se trocaba en una cosa o estas venían a ser con él una sola y larga presencia que se identificaba con la tierra. A Villalta le encantaba sentirse no hombre, sino ancha y extendida sabana; no punto, sino superficie sobre las superficies. Como si desapareciera de sí y todo los conflictos, las preocupaciones, el amor, la vida se le convirtiese en fino polvo

de los caminos o en inefable algodón de los aires. Un olvido sin fin del propio ser para experimentar su otro ser extenso. Y, mientras tanto, la chispa de su puro vigilaba, como un ojo anhelante, y el humo se expandía en suaves rosas apacibles que iban a copular con la noche, al igual que Martín copulaba con la raíz eterna de la vida.

Estupenda vagabundería: ocio más allá de los ocios.

De vez en cuando abandonaba la vigilancia del aserradero, montaba en su inquieto alazán y se marchaba al Reventazón, de donde regresaba con un cuero de lagarto, que curtía después por las tardes. Nadie entendía por qué este empeñarse en seguir arriesgándose con tarea tan azarosa cuando su empresa maderera se veía andar sobre buenas monedas. Ñor Vega se lo preguntó:

Es una manía, mi amigo le dijo. Así como usted se golpea su bigote o los caballos inflan su panza si les aprietan mucho la cincha. Se aburre uno a veces y no hay más que desaburrirse. Qué sabrosa es el agua.

Sí, don Martín, pero cualquier día lo tasajea un maldito lagarto.

Y ¿qué? Muy justo sería se burlaba; bastantes he despellejado yo. Bien haría un pariente en cobrarme los pellejos de los otros.

No se podía con él. A ñor Espíritu Santo se le antojaba que discutirle era ponerse a roer una herradura queriendo sacarle alguna carne, y se alejaba diciendo para sus adentros que ese modo de considerar la vida le parecía sencillamente absurdo. El muy simplote no atinaba a comprender que Martín cazaba lagartos precisamente porque amaba demasiado a la vida.

VIII



Y la vida continuaba. Un buen día la nueva casa, mucho más espaciosa que las demás, quedó acabada y la mujer de Villalta llegó.

Daba la impresión de ser de porcelana, hilo de vida delgado pero recio, suave pero penetrante. Su rostro pálido y ovalado, sus ojos negros rezumantes de ternura, su fina boca y su cabello, oscuro y peinado en dos trenzas brillantes, la hacían una criatura muy atrayente, sin ser en realidad grandemente hermosa. Y su voz se deslizaba sobre las palabras como sin tocarlas, dotándolas de una musicalidad acogedora y grata.

Villalta se había unido con ella siete años antes y en su cariño lo determinante era la emoción que en él había despertado su delicado espíritu desde que la conoció. Ella lo veneraba, pero había un tono maternal, de ala protectora y tibio regazo, en su forma de amarlo, tal como si fuera un niño grande. Comprendía que en Martín vivía un espíritu ajeno al suyo y se resignaba alegremente a que así fuera, porque intuía lo irremediable y extenso de su fuerza. Mas por su lado Susana que así se llamaba era también una isla. Le pertenecía a Martín, pero como un todo; no en sus detalles y secretos y pequeñas verdades, sino en la única gran verdad de su total dación. Cada uno dejaba que el otro fuera como era. Él la admiraba como se admira a una estatua, íntegramente, aun cuando la estatua no pudiera desmenuzarse en sus múltiples detalles porque se fugaría de su integridad; y Susana no pretendía entrometerse como un obstáculo en el corazón del hombre. Eran dos compañeros. Se amaban, sencillamente.

Pero la salud de Susana estaba herida; una debilidad del corazón la mantenía asediada, y, aunque en opinión de médicos tuviera probabilidades de vivir muchos años si se cuidaba, la muerte podría acaecerle en cualquier momento. Y este pensamiento atormentaba a Villalta, quien trataba de

alejarse fieramente de sí. El mismo tormento vivía solapado en el ánimo de la mujer, que, como quería vivir, hacía lo indecible por deslizarse sobre su frágil existencia sin darse cuenta de su mal. Para no herirse en aquella cruel expectación de muerte, Susana apacentaba su sufrimiento dejándolo pasar en su espíritu, pero sin acercarse mucho a él, y trataba de realizar su vida como si fuera la de una persona saludable y fuerte. Montaba a caballo, iba con su esposo al río, daba vueltas por el aserradero, preguntaba por este o aquel detalle del trabajo y se presentaba ante los demás ajena por entero a toda debilidad. Villalta lo comprendía y la dejaba hacer, pensando que de este modo ella apagaba en su mente la idea de la muerte. Cómo le dolía escucharla en sus momentos de desolación:

Es inútil, Martín, no tengo remedio. Y tal vez será pronto.

Pero si retornaba la mejoría, de nuevo le ensillaban la yegua y se iba a dar sus paseos por las abras, donde todos eran sus amigos.

A ella le gustaba pintar acuarelas. No conocía muy bien su técnica, mas con un sentido artístico natural y primitivo combinaba bien los colores y componía paisajes que a todos admiraban. Pronto su casa se vio adornada con ellas y más adelante alegraron asimismo las viviendas de los demás finqueros, cuyas familias las consideraban un objeto valiosísimo: procedían de la esposa de Villalta, que poco a poco había venido tomando el lugar de una como hada de la afabilidad.

Le encantaban los niños. A Remigio, el menor de los Vegas, casi siempre se lo veía a su lado cuando Susana pintaba, embebecido en el ir y venir del pincel. Los otros mocitos muy a menudo sentían sobre sus tierrosas cabezas la caricia de su mano delgada y calurosa. Entonces ella sonreía con una complacencia debajo de la que era fácil vislumbrar la tristeza de su soledad de hijos. Vino siendo con el tiempo como la segunda madre de todos los rapaces de las fincas. Sin embargo, el saber que siempre tendría que ser “la segunda” y no la verdadera, la amarguraba, sí, y Villalta también lo comprendía.

A él le parecía tan extraño este afán de continuarse en un hijo. Como hombre, no sentía el llamado. Un hijo, claro, haría enfoguecer una vez nacido los sentimientos de cualquier varón, pero mientras permaneciera en la nada le significaba apenas un concepto. En cambio, en la mujer la idea poseía vida, era como comezón en la sangre, que exigía el pequeño océano donde desembocar y encontrarse consigo misma. Y le dolía que Susana estuviera condenada a jugar de madre con él y con los niños de los abrerros, para quienes con tanta dedicación hacía juguetes de trapo, pinturillas y merme-

ladas. Porque Martín sabía que su mujer en el fondo lo mecía también a él en sus brazos, y esto lo arrullaba. Huérfano desde muy tierno, toda su vida había añorado, sin saberlo, el calor de un nido desinteresado, y este nido era ahora Susana, quien, sin embargo, vivía encerrada en su archipiélago de amargura engañada con alegría y sobresalto de la muerte refrenado por su anhelo de vivir.

Entretanto, el amor de Magdalena había empezado a ser impotente sufrimiento. Mientras Villalta estuvo solo una escondida esperanza la animaba. Ahora, la presencia de su esposa se lo arrebatava más definitivamente, y la anterior situación que en el alma de la muchacha casi había equivalido a estarlo poseyendo y aspirando, se le desmoronaba y deshacía; por las noches lloraba desoladamente en silencio, y no de celos, no de odio hacia la extraña ni rivalidad con ella; simplemente se sentía relegada a un punto que era como un abismo.

Pero Dolores Sánchez de Vega cuando se proponía algo no lo dejaba hasta verlo realizado. Villalta ya no venía los domingos a su casa. Ahora permanecía al lado de su esposa. Y Dolores seguía deseando al hijo de Martín, más imperiosamente en los recientes días, porque aquel muchacho Coto había terminado, aburrido de rondar inútilmente a Magdalena, por juntarse con una de las Mirandas; y todavía con más ardor al ver cuán notorio era que la buena e inocente de Susana no podía dárselo.

Es una lástima se repetía para justificarse que ese hombre se quede sin descendiente. Está bien que un fulano no le falte a su mujer, pero si ella no puede parirle su retoño, adiós, qué va a ser pecado si lo busca en otra parte. Magdalena se ha encariñado tanto con él. A saber si Dios mesmo lo quiere así.

Empero, era su madre y en la vida existían ciertas distancias que guardar. Si Dios quería que aquello llegara a acontecer, la muchacha tendría que lograrlo por sí misma, no obstante que podía haber de su parte alguna prudente colaboración.

Y así fue como una tarde, conversando con Martín en el aserradero, le preguntó qué tal andaba su casa en lo que a menesteres domésticos se refería, y él le respondió que su mujer, por estar enferma, no daba abasto y necesitaba ayuda. Entonces la astuta campesina le ofreció la de una de sus hijas y el cazador de lagartos, muy contento, le comunicó la nueva a Susana y le aseguró que los Vegas tenían fama de personas honradísimas, muy bien criadas, y ella se sintió complacida también.

En adelante la hija de ñor Vega pudo estar más cerca que nunca de Martín, y una tarde, en momentos en que su esposa no se encontraba allí, se le acercó y, temblando como una venadilla perseguida, exclamó:

Don Martín...

¿Qué me querés, Magdalena?

Lo miró directamente a los ojos, bebiéndose todo su oscuro brillo de piel de ratón, y en seguida contestó:

Don Martín, no está en mí, no puedo resistirlo... ¡Haga conmigo lo que quiera!

Villalta, no comprendiendo de primer intento, la miró como interrogándola:

Pero, ¿qué me querés decir, muchacha? ¿Que haga con vos...?

Quiero ser... suya, don Martín. Sí, quiero ser suya.

Y lo dijo como quien consigue deshacerse de un peso infinito.

De inmediato se fraguó en el rostro del hombre la sorpresa. No era fácilmente explicable que una campesina joven se ofreciera así. Mas, a poco, su semblante fue pasando a otra expresión más suave. De golpe comprendió lo mucho que debía de significar para Magdalena, cuando esta se había atrevido a actuar en forma tan inusitada, y entonces no pudo menos que experimentar una ancha emoción de piedad, ternura y consternación, todas a una. Por delicadeza no quiso mirarla muy pronto a la cara. Le dijo:

Pero, Magdalena, ¿te das cuenta?

Estaba ruborizado y aturdido. Jamás en su vida se le había planteado algo tan difícil e inesperado y, no obstante, de tal fácil y natural solución. Entonces la miró y se percató de que no le contestaría, pues estaba con los ojos desbordados de lágrimas, en la cara una expresión de azoramiento y vergüenza. A la sazón se sentía desolada y horrenda, tal como si acabara de cometer un crimen y Martín fuera su inminente verdugo. Pero este corrió en su ayuda y con un tono de voz de donde irradiaba su deseo de ser absolutamente humano, le habló así:

Pero, mi querida y buena amiga, ¿por qué no me lo había dicho antes? ¡Cuánto debe de haber sufrido, cuánto la habré hecho yo sufrir, sin quererlo!

Y la tomó de una mano, atrayéndola hacia sí, y le acarició la cabeza, que le temblaba. Finalmente, la besó en la frente, húmeda, febril.

Don Martín, ¿me perdona, me perdona?... Don Martín... balbuceaba ella, apenada al par que feliz.

Y cada vez él entendía con mayor intensidad todo lo que había venido aconteciendo en el corazón de la campesina, y lo inundaba una emoción de ternura mirándola tan desguarnecida, tan rotundamente abierta y vegetal, igual que un arroyuelo, idéntica a la noche con la que él solía dormir y soñar. Seguía sintiéndose totalmente consternado, como si hubiera sido culpable... Pero, ¿era posible haber podido hacer tanto daño, cómo no se había percatado?; tal vez hubiera procurado ser grosero y displicente o no volver a meterse con los Vegas, porque, a estas horas, ¿de qué modo podía salvarla de él, de su influjo? Si este animalito ya se le había como entregado realmente. Lo que le estaba ofreciendo no era su cuerpo, sino la sombra de su propia entrega, hecha quién sabía desde cuánto tiempo antes. Lo que habría de seguir no sería sino la consumación de algo ya consumado y su lógico final. Sí, había de pagar como buen pagador su imperdonable imprudencia. Él lo decidió allí mismo, mientras continuaba acariciándole la cabellera “qué suave es y qué negra” y las nalgas de ella se estremecían mientras iban cayendo al cabo en sus manos y siendo en ellas como una ardorosa sandía.

Poco después sucedió la primera y total entrega llena, natural.

Magdalena no estaba poseída de los subterfugios y complicaciones engañosas de las mujeres muy civilizadas. Se portaba simplemente como lo que era, una jovenzuela aún inexplorada, pero llanamente fértil. Uno se podía gozar en ella como en el arremolinado remanso de un río. Villalta lo comprendía así, y le estaba agradecido.

Después de este día, no buscado por él, pero de él aceptado, el camino de sus relaciones con la campesina siguió adelante, porque esta no quería desprenderse de su calurosa proximidad. Un sentido de renunciación la llenaba y defendía de los celos y de pensar que su felicidad no habría de ser perdurable. Con mantener oculto su cariño le parecía suficiente. Intuía que de Villalta no lograría arrancar más que un acto generoso y vital; no el vórtice de su alma. Y con quererlo se contentaba.

Dolores, desde su casa, observaba lo que acontecía, merced a su olfato perspicaz, y aunque no podía evitar un estremecimiento por el porvenir de su hija experimentaba una extraña y triunfante sensación de júbilo; aquello

era, no la victoria de Magdalena, sino su propia victoria. Y se daba con pasión a ensoñar el bien deseado nieto.

Ñor Vega veía muy desconcertado que su mujer se comportaba a menudo en forma tan sorprendente.

¿Sería que Lola no lo quisiera Dios estaba trastornándose? ¿A qué esta manera de pasarse como alelada, sonriendo mientras miraba al vacío, o aquella otra de quedarse presa de una aparente emoción angustiosa? Pero por más que se lo preguntaba nada sacaba en claro, pues se hacía la desentendida y hasta le reclamaba su pesada insistencia de andar sobre sus pasos escudriñándose los...

Idiay, Espíritu Santo, ¿es que una no puede ya ni quedarse un momento ida, como dicen? Siempre lo he hecho. ¿Qué sabés vos si no es que estoy rezando más bien?

No, Lola, no digo eso, pero es que me parece que te estás poniendo rematada.

¿Qué? Tontico de Dios, estoy más bien que nunca. Son... viejeras, te lo he dicho, viejeras que le dan a una, hombre. Dejá de estarme persiguiendo como a una comadreja.

Y ese estado de ánimo casi le desembocó a Dolores en el paroxismo cuando por fin se percató de que la hija se hallaba en los principios del embarazo. Esa vez lloró, y no se podía saber si de regocijo o si de remordimiento, porque de todo había en su corazón, y ñor Espíritu Santo menos la pudo entender.

Se acercaba diciembre con su Nochebuena y los Vegas se preparaban para la pomposa celebración del rosario que siempre rezaban en su casa. Martín solía asistir a él, como todos los demás, y a fe que se divertía oyendo los cantos, bebiendo aguardiente y quemando cohetes. Esta vez habría de concurrir en compañía de su mujer, como el año anterior. Sin saber por qué, Dolores temblaba, a pesar de sí misma, imaginándose a toda la gran familia de las abras reunida alrededor del portal y, en medio de todos, su hija con su lindo pecado en el vientre. Para entonces había que esperar que más de una de las mujeres ya lo hubiera sospechado y las lenguas lo susurrarían por entre los aviesos oídos... Y, ¿si Espíritu Santo llegaba a saberlo precisamente allí, en medio de los otros, cómo reaccionaría? Porque ella estaba segura de que el descubrimiento habría de atravesarlo como un balazo, de parte a parte, y no se hallaba muy cierta de que su forma de tomarlo no fuera la

violenta, con todo y ser él persona prudente y de buen talante. Ella conocía muy bien cuán profundos eran sus principios acerca del honor de las mujeres y sus relaciones con los varones. Se decía para entre sí que su marido jamás había ni remotamente creído que una de sus propias hijas pudiera caer bajo el ímpetu del macho sin haberse antes casado con todas las de ley, y mucho menos echarse ella misma de propio impulso en los brazos de un hombre. En su familia siempre se habían mirado con gran severidad estas cuestiones de amor. Ciertamente José vivía amancebado, mas se trataba de un hombre y por otro lado ñor Vega había dicho de mil maneras su enojo por aquella desvergüenza. Además, el asunto resultaba remediado; José y su compañera eran solteros. Pero lo de Magdalena no tenía remedio. Caso de que ñor Espíritu Santo recibiera la noticia inopinadamente, sin ella prepararlo antes, podría desbocarse. No se debía confiar demasiado en las aguas mansas; por lo mismo que era el calmoso ñor Vega, chispa tan amarga y violenta cuidado que obraría el prodigio de convertirlo en un incendio. Sí, era imposible que un hombre fuese siempre eternamente el mismo hombre; se volvería una fiera, y ojalá estuviese equivocada, ojalá Dios no lo permitiese.

Conforme la Nochebuena se aproximaba, entre los preparativos de la fiesta y del portal su ánimo se balanceaba de un lado para otro dudando qué hacer. Al fin optó por lo más difícil; se lo contaría a su esposo esa misma noche, víspera del Rosario del Niño. No le diría, por supuesto, la parte que le tocaba a ella; lo presentaría sencillamente como un acto consumado, debido al exceso de juventud, a la inexperiencia, a la fatalidad.

Fue, de veras, borrascosa la forma como la noticia rebotó en el espíritu del hombre. Jamás, en sus muchos años de casados, lo había visto enojarse tan tumultuosamente. Su primer impulso fue ir por la muchacha que pasaba las noches en casa de Villalta para molerla a varejonazos.

¡A ella no, no la mataré porque desgraciadamente es mi hija! Pero ¡a él, al muy sinvergüenza, lo voy a matar como a un chancho! ¡No hay caso! , y temblaba, sus ojos manando lágrimas de dolor y de rabia.

Corrió por su machete. La familia se puso en pie, sin saber a ciencia cierta qué acontecía. Entonces Dolores se plantó en la puerta, agarrándose en cruz a su marco con ambas manos, y gritó:

¡No, Espíritu Santo, no te dejaré pasar! ¡Pégame, cortáme, matáme a mí primero, solo así pasarás!

—¡Quitáte de ahí, mujer! clamó él.

¡No! , y lo miraba recia y suplicantemente a los ojosi Por Dios, Espíritu Santo, fijáte lo que vas a hacer; tenés más hijos, pensálo bien primero, hay tiempo para pensarlo, es necesario que dejés pasar un poco de tiempo, antes de hacer nada!

Y con aquello el campesino principió a serenarse. Ya había transcurrido su momento peor. Un rato después Dolores lograba hacerlo acostarse, no sin haberle prometido él que lo pensaría hasta el día siguiente.

Durante la noche lo oyó decir entre dientes frases que no lograba entenderle, y no durmió, esperando el momento de tener que volver a intervenir. Pero él cumplió su promesa. Se estuvo quieto hasta la mañana.

Sí, el rebote en la pelota de hábitos, convicciones y sentido común de su marido había sido terrible. De haberle llegado la verdad estando en mitad de la gente, quién sabe qué desenlace incontenible habría tenido su violenta reacción. Ya quizás con algunos tragos en el cuerpo se hubiera puesto como loco.

Pero a pesar de la dura refriega Dolores se sentía contenta del derrotero que iba tomando el asunto, aun cuando todavía no las llevara todas consigo en cuanto a cómo habría de seguir. No le gustaba para nada lo silencioso que ñor Espíritu Santo había estado en la primera porción de la mañana, mientras ordeñó las vacas. Casi no tomó café ni probó bocado de la tortilla de maíz y queso que siempre engullía con tanto apetito. Se leía en su entrecejo como si una determinación ya madurada y muy grave estuviera a punto. “Hm, la pólvora va a volver a estallar si yo no hago algo”, se dijo Lola y corrió al aserradero, buscó a Villalta y sin preámbulos le dijo:

Don Martín, no sé si usted se habrá dado cuenta, pero Magdalena está mal y yo creo que es de usted.

Martín la miró abiertamente:

Sí, lo sé, ella me lo ha dicho... Perdóneme usted, Dolores, pero no fue esa mi intención.

Estaba un tanto sorprendido de la forma tranquila en que ella se lo había expresado. Había esperado esta ocasión y se la imaginaba de tormenta.

Nada hay que perdonar, don Martín. Lo que ha pasado, pasado está. Ahora lo importante es... cómo le dijera... Espíritu Santo... usted puede figurárselo...

-¿Lo sabe?

Sí, se lo dije anoche. Y creo que quiere hacer una tontera.

¿Matar? volvió a preguntar, como quien habla de cualquier cosa.

Sí, don Martín... Yo no quisiera que haiga nada, porque sin duda usted tendría que defenderse, y usted comprende: Espíritu Santo...

Es su marido, claro está. No, Lola, no tema. Descúidese de eso.

Pero hay otra cosa: usted.

¿Yo? Sí, claro dijo sonriendo.

Está en peligro.

Peligro conocido ya no lo es tanto. No se preocupe... Y le repito, permíteme, yo podría explicarle... Han sido circunstancias que...

Pero ya Dolores se había ido, con la certeza de que no obstante lo tenso de la situación a la postre no sucedería nada extraordinario. Había que contar con la seguridad en la voz de Martín.

De vuelta en la casa pensaba con admiración y extrañeza en ñor Espíritu Santo: un hombre que no había encontrado camino para empuñar una arma contra Ambrosio Castro porque se decía incapaz de herir a su prójimo, se trocaba en un ser tan belicoso y temible por la virginidad de una hija. Parecía extraordinario. Y se sentía orgullosa de que hubiera algo admirable en él. Ah caray, era la primera vez en que ñor Vega había saltado la valla de lo comedido para irrumpir en lo heroico. Ella no entendía qué diablos pasaba con los hombres; por cosa tan frágil como la virginidad, capaz que se volvían leones y se mataban entre sí. Sí, bueno, había que respetar los mandatos de arriba, mas ¿llegar a tales extremos? Tontos más grandes. En fin, por lo que pudiera suceder -a pesar de la segura sonrisa de Villalta iría a rezarle a la imagen de la Virgen que estaba en su aposento. Al fin y al cabo ella misma era la causa de este embrollo. Y oró con devoción y dijo que si algo malo había de venir cayera sobre ella y no en ñor Espíritu Santo o Magdalena o Martín. Sí, lo dijo muy sinceramente, y en seguida fue a pararse en la puerta de la casa y miró a poco que su marido salía del corral de las vacas con su gran machete ceñido, andando al encuentro con el causante de su deshonor.

A través de la zozobra que siguió hizo lo indecible por permanecer serena, comprendiendo que no estaba en su mano torcer la línea que fueran trazando

los acontecimientos, y esperando que en último término aquellos dos hombres tan queridos no se habrían de destruir el uno al otro, a pesar del estado de ánimo de su marido.

En el fondo, seguía complacida de su gran travesura, y confiaba en que todo terminaría bien.

Al mirar después, ya de regreso, la figura de ñor Espíritu Santo, su paso despacioso y la impresión de quieta pesadumbre que traía no sugerían que hubiera matado a nadie. Semejaba un soldado que retornaba vencido de alguna batalla, descontento y desorientado. No le preguntó nada; se veía que no deseaba entablar conversación.

Cabizbajo como un buey muy trabajado, vino a guardar su cuchillo y luego se tendió en el escaño, el rostro apretado y el cuerpo laxo y como muy molido. Se estuvo allí sin moverse hasta que llegó la noche y comenzaron a acudir los demás finqueros, que venían a la fiesta de Navidad.

Cuando ya esta había dado principio y grandes y chicos se aprestaban a pasar los mejores momentos del año, apareció por el sendero Martín Villalta, con su mujer. Una vez llegados ambos saludaron a todos, sonrieron muy amablemente a Dolores y se sentaron. Magdalena se acercó a la pareja y les ofreció tortas de arroz y jarros con aguardiente. Al tenderle la mano Martín, ella se ruborizó, pero su rubor dio lugar, al punto, a una expresión de sorpresa.

Corrió junto a Lola, que andaba trajinando ya por la cocina, y le dijo:

Mamá, fíjese que don Martín trae vendado un brazo. Se lo vi cuando lo estiró para coger el jarro, debajo de la manga.

Y la madre como hacía poco la hija comprendió al instante que el encuentro había sido serio y dio gracias en su corazón a Villalta, que no había querido, sin duda alguna, herir a su esposo.

Se sentía terriblemente intrigada por saber pormenores, que habría de serle muy difícil se los contara ñor Vega y mucho menos el cazador de lagartos.

Desde el escaño donde su dolorido cuerpo reposaba ñor Espíritu Santo seguía contra su voluntad recordando el recién pasado duelo, y atormentándose. No hablaba con nadie, él tan dado a sentirse a gusto rodeado de los demás campesinos, que ya eran como antiguos hermanos, pero en estos momentos no podían ayudarle y le estorbaban.

IX



Él había llegado a la casa de Martín, lo había encontrado en el galpón contiguo curtiendo un cuero y después de cruzarse entre ellos unas pocas palabras Villalta le rogó que se alejaran, para no ser vistos de nadie, a dirimir la cuestión. Se prendió un cuchillo mucho más corto que el machete que traía el campesino, y este le dijo:

Tráigase otro, Villalta. Con ese me lo voy a comer.

No se preocupe por eso, Vega, que así lo manejaré mejor.

Y aquí ñor Espíritu Santo sintió un frío en las entrañas. Hasta ahora no había querido pensar que no se las iba a ver con cualquier hombre, sino con aquel; la indignación no lo había dejado. Mas entonces comprendió que se hallaba en gran peligro de muerte. Con todo, estaba seguro de no morir.

Villalta caminaba displicentemente.

Aquí me parece bien exclamó, deteniéndose en una arboleda.

Como quiera le respondió aquel.

Sin embargo, ñor Espíritu Santo, ¿no cree que sería mejor que antes de comenzar con esta estupidez conversáramos un poco?

¡No!

Otro que no hubiera estado en el lugar del ñor habría visto en sus facciones cuán honda compasión sentía Martín. Se encontraba allí totalmente a disgusto. No teniendo más intención que defenderse sin herir, deseaba a todo trance persuadirlo de que desistiera, pero, al no poderlo, hubo de sacar el cuchillo.

¡Qué modo de pelear se gastaba ñor Espíritu Santo! Con su filoso machete trazaba curvas que hubieran partido en dos la cabeza de cualquier desprevenido, pero en agilidad el contrincante le llevaba mucha ventaja, de modo que sus tajos silbaban en el vacío o venían a morir en el acero de Martín, que por su parte no atacaba. Y esto arrancaba de su centro al campesino. Paso a paso, después de mucho afanarse inútilmente por alcanzarlo, comenzó a fatigarse. Aquello era como batirse contra un hueco o frente a una roca. El cazador de lagartos también respiraba con agitación; el machete de ñor Vega no le daba descanso.

Fue al largo rato de estar luchando, en un descuido, cuando ñor Espíritu Santo le hirió el antebrazo, aunque no muy profundamente. La sangre apareció y al verla sintió Martín lástima por ella. ¿Podía haber modo más lamentable de desperdiciarla? Y pensó que debía hablarle para ver si cesaba en su ataque. Mirando su sangre empezaba a no sentirse muy seguro de continuar simplemente defendiéndose. Una burbuja de cólera se le iba formando.

Comprendía que si aquel campesino tozudo lograba mantenerse en pie unos minutos más, sin dar paz a su machete, él por su parte tendría que atacarlo. Recordaba su promesa a Dolores, pero, y ¿si se empecinaba la sangre en seguir manándole? Quizá se debilitarían sus fuerzas. Dijo:

Óigame, ñor Vega, ¿no le parece que es bueno ya que terminemos?

No... Martín balbuceó agitadamente.

Acabará por caer de cansancio, ñor.

Antes le daré su buen filazo.

No, no, antes se lo tendría que dar yo... Entienda que no quiero hacerle daño... Si lo hubiera querido, ya estaría usted macheteado.

El campesino lo había sabido así apenas iniciado el duelo, y, no obstante, tal era su decisión de cobrar la ofensa, que proseguía peleando. Mas escuchándolo en este momento de labios de Villalta, sintió inmensa desazón; era una vergüenza; estaba resultando un inútil y un cobarde. El coraje se le desbandaba. Pero continuaba acuchillando. Ya ni miraba lo que hacía, tan cansado que su brazo se movía casi automáticamente. Era la lucha más absurda que podía darse. Un hombre enloquecido por la furia y maniatado por la sensación de ser un juguete en manos de Villalta, daba tajos desesperados, enfurecido y amohinado, avergonzado y, sin embargo, todavía fiero.

Escuche, ñor Espíritu Santo, por lo que más quiera, mire que se lo advierto, no me gusta verme la sangre. Si sigue saliendo me obligará a cortarlo. Atiéndame, hombre de Dios, ino sea terco!

Y para probarle que sabía herir le midió un planazo en el costado, que lo hizo caer.

Ñor Vega estaba irreconocible, verde en medio de tanto alrededor verde, su boca llena de espuma, sus ojos enrojecidos por la cólera y la derrota. Villalta aún podía sostenerse, no obstante la sed que lo agarraba de la garganta y el dolor de la herida. Aquel volvió a levantarse. De nuevo Martín le pidió que no continuara, sintiendo cada vez más temor por sí mismo y no estando ya seguro de poder mantener el juego por más tiempo. Un creciente mareo le nublabla un poco la vista. Ñor Vega, sin embargo de estar ya atravesado de impotencia, proseguía como un objeto mecánico lanzando cuchilladas... Martín volvió a derribarlo de un planazo y con desasosiego notó que había sido acompañado de ira, peligrosa por ser, a su modo, justa. Que no insistiera en incorporarse el campesino, que ya no siguiera más. Así lo pedía en tono casi suplicante. Y ñor Vega se levantó. Ahora no era él, sino su fantasma. Demudado el rostro, sudorosa la frente, semejaba un niño fuera de sí, dando porrazos contra una piedra. Estaba perdido, completamente derrumbado, pero continuaba agitando su machete como un monigote, por fortuna para él con demasiada torpeza y debilidad, lo que hacía que Martín lograra conservar todavía su última calma.

Por fin ñor Espíritu Santo no pudo más y se desplomó boca arriba, con un acezo y una agitación rayanos en la agonía, mientras dos hilos de lágrimas le caían por las sienas y un ronco sollozo le puñeteaba en la garganta. Y, entonces, clavando sus vidriosos ojos en el hombre que solo se había defendido, clamó:

¡Máteme, Villalta, máteme! ¡Usted me ha deshonrado!

Parecía, no un hombre, sino un pellejo vacío.

Martín no le respondió. Estaba vendándose la herida. Después, con lentitud, se volvió hacia él, que continuaba respirando fatigosamente tendido cuan largo era, y plantándose a su frente le habló de este modo:

Bueno, creo que hemos acabado. Sin embargo, aún falta algo. Hasta este momento ha sido usted quien ha hablado, y en una forma grosera, con su machete. Me toca ahora el turno a mí.

¡Máteme, acabe conmigo de una vez! proseguía el otro.

¡No, qué acabar con usted; ya me está cargando con ese cuento! replicó, con cólera y piedad revueltas. Es usted un majadero, ñor Espíritu Santo. Ha arriesgado su vida estúpidamente; yo he podido matarlo y no lo he hecho solo porque no había motivo. Y ¿a cuenta de qué? De la virginidad de su hija. Muy bien, eso es, por algo que para usted es terrible, y yo lo comprendo. Pero sepa que no me siento culpable de nada.

El campesino había cerrado los ojos y lo escuchaba.

¿He perseguido a Magdalena? No señor, ella vino a mí. ¡Es tan joven, es tan buena, lo deseaba tanto! ¿Podía negarle yo el derecho a su naturaleza? Pues no. Y en cuanto a usted, ha procedido como un tonto. No vivimos aquí en una ciudad, no estamos en las aldeas de la Meseta, tiene usted derecho, ñor Vega, de ser un poco distinto al que fue antes. Ha luchado por espacio de muchos años para tener lo que tiene y de pronto no pensó en su familia, no meditó en sus otros hijos, y vino a reclamarme una ofensa que acá, entre estas montañas y junto a estos ríos, resulta ridícula. Aquí en estas soledades el honor es otra cosa, se vuelve verdadero, y es que yo no haya podido herirlo a usted, ñor Espíritu Santo; consiste en que usted, por hombre y por digno, no haga ahora ningún daño a su hija. Y, si piensa en el niño, de una vez por todas le advierto que para mí los apellidos no tienen importancia. Será un Vega, pero, si el abuelo no pone inconvenientes, podrá ser mi hijo.

Ñor Vega, mientras tanto, se había levantado. Villalta, tirando lejos de sí su cuchillo, se volvió de espaldas a él, completamente inerme, y terminó:

Y ahora, si quiere matarme, hágalo. Creo que aún le quedan fuerzas para darme el machetazo, si es que sigue pensando que lo he deshonrado.

Y el campesino, que aún tenía en la mano su arma, la envainó pausadamente y Martín, siempre dándole las espaldas, se fue alejando.

Aquel permaneció un rato parado en medio de los árboles, perplejo y ajeno a toda posibilidad de enhebrar bien sus pensamientos, y por fin dijo:

Siempre el mismo diablo de Villalta. No hay caso.

Escupió, se golpeó una y otra vez el mostacho y luego se enjugó el sudor que le bañaba el rostro.

Dolores lo vio llegar a la casa cansada y lentamente media hora después, y no le hizo preguntas.

Mientras a su alrededor se rezaba, cantaba y bebía, los pensamientos de ñor Espíritu Santo seguían bamboleándosele. No, Villalta no lo había convencido. Aún estaba terriblemente enojado, pero su enojo era ahora diferente; se volvía también contra él mismo, que se sentía insignificante y abatido. Continuaba creyendo que había tenido razón en obrar como obró y, sin embargo, una sorda voz le gritaba en su adentro que nada debía cobrarle a aquel hombre. Experimentaba un sentimiento de rencor hacia este y al propio tiempo un oscuro agradecimiento por la manera en que lo había salvado; se sabía humillado, pero también no podía negarse a sí mismo que pidiéndole acabar con él, había hecho el ridículo. Sí, en aquellos momentos había deseado que lo crucificara, pero ahora sentía que no había habido un motivo verdaderamente poderoso para no querer continuar viviendo. ¿En qué había terminado todo aquello, al fin y al cabo? La situación no era ni siquiera la de antes de haber retado a Villalta, sino mucho peor. ¿En qué pie quedaba la escena de hombre digno que había tenido con Dolores la noche anterior? Tanto alarde de furia para acabar en este lamentable estado. ¿Cómo justificaría que Martín aún anduviera vivo y él también? Uno de los dos debió morir. Mas esta solución tan inesperada, no señor, no podía ser. Y, a pesar de todo, era; porque ¿cómo hacerla cambiar? El único modo de vengar la ofensa sería ultimarla a mansalva, y así no, de ninguna manera lo haría; ya se lo había demostrado el propio Martín con su ocurrencia tan descabellada de volverse de espaldas y decirle que lo macheteara. ¿Tendría que quedarse todo en paz? Un hombre quería hacer algo y las cosas se ponían tan hoscas que resultaba imposible entrarles. Si no, que lo dijera el despreocupado Villalta, ahora tan a gusto al lado de Susana, conversando amigablemente con... Sí, allá la veía..., nada menos que Dolores. Por Dios santo, esa Lola, ¿no se daba cuenta de la ofensa que ese hombre les había inferido? Él no podía comprender que pudiera estar platicándole tan sabrosamente mientras la hija iba y venía entre todos con su pecado en el vientre, levantando murmuraciones a diestra y siniestra. Porque ahora ya lo veía claro: las mujeres se habían percatado del asunto y sospecharían, naturalmente, de Villalta. Y lo peor era que no podía ir de casa en casa contando su lance con este, para probarles su hombría y su dignidad, porque se burlarían de él...

No halló camino de castigar a Magdalena. Miró, sencillamente, cómo su vientre crecía a vista y paciencia suya. Recordaba sin poder evitarlo a su contrincante: El honor aquí es que usted no la toque, porque ha sido una mujer.

Más adelante, conforme se anunciaba el nacimiento, iba fluyendo a su corazón un creciente cariño por el venidero nieto, y muy en lo recóndito llegaba

hasta a exclamar: Bueno, al fin y al cabo será hijo de ese diantre de Martín Villalta... Ojalá se parezca más a él que a mí, con todo y lo que hizo.

El enojo se le venía pasando en parte porque notaba que de veras allí en las abras el hecho no tenía la importancia que le atribuía; no se trataba del primer hijo de mujer soltera allá nacido. El honor, hombre, vea usted, había que ir aceptándolo, daba campo a más anchas posibilidades. Él ciertamente no entendía por qué, mas no se sentía avergonzado ya. Todo el mundo sabía la verdad, que había ido pasando de la sospecha a la certeza, y lo único que se palpaba por doquier era una enorme curiosidad de que llegara el momento de ver y tocar al hijo de don Martín, el dueño del aserradero, a la sazón centro y corazón de la actividad de todos.

Susana llegó a enterarse de las relaciones de Martín con Magdalena a medida que iban cobrando realidad en el vientre de la muchacha y se hablaba por todas partes del hijo de Villalta. Y, por mucho que saberlo la hirió, no dijo nada a su esposo. No ignoraba que su fidelidad a ella provenía de algo más hondo y diferente. Al aproximarse el nacimiento, él se lo dijo:

Susana, el niño que le va a nacer a Magdalena es mío.

Ella bajó los ojos. Se sentía avergonzada de sí misma, que no había podido darle ninguno. Sonrió levemente y le respondió que no era un secreto. Y no volvieron a conversar del asunto.

Entretanto, la abuela Dolores se hallaba muy satisfecha de su obra.

A poco de nacido, pronto se vio que en las facciones del niño se retrataba fuerte y claro el parentesco paterno.

Y ñor Espíritu Santo lo recostaba en sus rodillas y jugaba con él.

X



Transcurrieron algunos años, llenos del trabajo en la madera y los mugidos del ganado. Las fincas, ahora más paulatinamente, continuaban extendiéndose y parecían florecientes. Ya había que alejarse bastante por dentro de las montañas para conseguir buena calidad de trozas. A la sazón se vendían durmientes para la línea del ferrocarril, y el aserradero proseguía su rutinario laboreo entre chirridos, aserrines y el perenne barbotar de la rueda, que crujía y resonaba como una cosa familiar. Porque el pequeño aserradero era como de todos. Cada uno se acercaba a él con simpatía, mirando la sierra como cosa propia. Los niños, cuando no se estaba aserrando, acudían a jugar entre las tucas y llevaban a sus casas puñados de aserrín para entretenerse.

El menor de los Vegas, Remigio, que ya iba siendo un mozalbete, seguía más amigo que nunca de la mujer de Villalta, a quien acompañaba casi siempre en sus paseos a caballo. Ella, una vez, le dijo:

—¿Te gusta esto?

¿Qué, doña Susana?

Las fincas, la madera, la tierra.

Sí, doña Susana.

Está bueno, muchacho... Cuando ñor Vega muera, porque todos hemos de morir, ¿quién quedará en su lugar?

Pues, todos nosotros; yo y mis hermanos.

Y, entonces, como sintiéndolo muy de adentro, exclamó ella:

Ustedes deben cuidar esto como los ojos de su cara. Ustedes y la tierra se necesitan entre sí.

Sí, doña Susana, la entiendo muy bien... ¿Ha visto usted un atarrá, ese panal hecho de tierra?

Claro que sí. ¿Por qué?

Cuando esos panales se caen y usted los ve en el suelo, dan lástima. Las abejas se van. Los panales caídos no sirven.

También me he fijado en ellos. El agua los va lavando hasta que solo quedan un montoncillo de tierra y un palo seco que antes había sido verde rama.

Uno de nosotros terminó diciendo Remigio es como un atarrá caído cuando se queda sin tierra donde sembrar, donde vivir.

Y ella volvía a repetirle que más adelante, si llegaran a no estar los mayores, abrieran mucho los ojos con sus tierras, alerta siempre.

En el fondo de su corazón temía. El sitio de las abras había sido levantado, pero ella sospechaba que no definitivamente. Ambrosio Castro, en lugar de abandonar la franja que en aquel otro tiempo había volteado con intención de ahogar a sus vecinos, había venido conservándola limpia, sembrándole pastos y echándole ganado. Aunque incómoda por angosta y larga, la había incorporado en su hacienda y seguía siendo una horca que amenazaba el porvenir. La presencia de Martín Villalta vino a frustrar las ambiciones del hacendado, pero este hombre testarudo en el fondo de su alma mantenía la esperanza de continuar alguna vez su truncado proyecto. Solo que don Ambrosio se hacía viejo, por lo que ahora trabajaba a su lado su único hijo, Laureano, quien, como él, avistaba el futuro para dar la estocada.

No, el sitio no había sido en verdad levantado. Cientos eran las hectáreas de repastos con las que durante el tiempo transcurrido don Ambrosio había ensanchado sus propiedades y muy grande la cantidad de reses que engordaba y con las cuales había venido realizando crecientes ganancias. Su hijo le administraba anteriormente un negocio comercial en San José, que los había enriquecido mucho. Ahora, muy bien vendido ya, Laureano llevaba a cabo mejoras en la hacienda con inversiones que se habrían de convertir en nuevos provechos y mucho más poder.

Y Susana se acongojaba pensando que entretanto a Martín se lo veía algo cansado, como si estuviera aburrido de vivir por tanto tiempo allí, y con temor esperaba el momento cuando le dijera: Dejemos esto ya y busquemos

otros horizontes. Él no tenía el sentido del campesino arraigado. Le extrañaba, más bien, que hubiera permanecido allí tantos años, lo que solo se explicaba ella por una razón: Martín no había querido hacerla correr riesgos; la había mirado tan satisfecha deslizándose sobre la existencia en esa región montuna donde el hombre y la naturaleza contrastaban, deteniendo al fin y al cabo el frío galope de la muerte, que no había querido malograrle su relativa felicidad. Una hermosa y delicada consideración de aquel cazador de lagartos, Martín pescador que si se había puesto a aserrar palos era solamente por un antojo muy suyo, mas no porque hubiera decidido jamás enraizarse para siempre en una sola empresa, al parecer lucrativa. Últimamente él casi no iba al aserradero, que estaba en manos de Vásquez y otros dos trabajadores. Apenas si lo vigilaba muy por encima. Prefería reanudar con mayor pasión su viejo juego de cazador. El aserrar madera se le hacía a Susana más y más evidente- ya le estaba pareciendo un trabajo pesado. Los simplotes campesinos se imaginaban que ellos dos nadaban en dinero, creyendo que el negocio les dejaba cuantiosas ganancias. Pero Villalta no era un buen negociante, sino un aventurero contemplativo que se había calzado botas de empresario. Para instalar el aserradero había tenido que contraer una deuda hipotecaria. Además esto solo él y ella lo sabían- cuando llegó allá cargaba otras deudas personales, que debió muy pronto pagar con el producto del aserrío de los primeros años. Cuando pensó comenzar a amortizar la hipoteca, la compañía del ferrocarril le bajó abruptamente el precio de la madera y él no quiso en cambio disminuir a los campesinos lo que les pagaba por sus trozas. Así que la deuda de instalación apenas se había rebajado en parte.

Aunque, tal vez si ella lograra seguir viviendo el hastío le pasara a Martín y un nuevo interés pudiera hacerlo quedarse. El hijo, por ejemplo; se lo miraba muy a menudo con el niño. Pero Susana sentía que, esta vez sí, la muerte vendría por ella. Martín le rogaba con insistencia que ambos se vinieran a la capital para que un médico la volviera a tratar, aunque ni él, que no creía ya en ellos, lo decía sinceramente, ni ella, porque había experimentado la inutilidad de sus tratamientos, lo deseaba. No fueron a San José. Su médico de cabecera era Dolores, que se esforzaba con sus yerbajos y sus frotaciones en reanimarla. Empero, las fuerzas de su voluntad comenzaban a trocarse en sensación de abatimiento y desgano que la invadía por entero. Se hallaba cansada de seguir luchando por vivir. Quizá ñor Vega hubiera podido decir, de haberla mirado por dentro, que ya no quería la existencia. Su vida en las abras había venido cada día convenciéndola que su persona solo servía para destrozar la vida de su esposo, haciéndolo sufrir y obligándolo a permanecer reatado. Y este convencimiento la llevaba más y más a una

renunciación de su lucha por defender el débil tallo de su cuerpo. Ya no era la misma: entonces la amenaza de la muerte se le acercaba y ella, aproximándosele, le pasaba su mano por el lomo sin tenerle miedo. Ahora la aparentaba como una buena pastora y casi la quería cuando miraba a Martín conversando con su hijo y acariciándolo.

Ella ignoraba que su propia desolación era lo que influía en Villalta, en su aburrimiento, porque él intuía lo infinitamente delgado ya del hilo que la sostenía, y entonces, sin percatarse de sus íntimos deseos, anhelaba huir y abandonarlo todo para no mirarla y no atormentarse más. Su fastidio no era fastidio; era el dolor de no poder salvarla.

Por eso, cuando una mañana en que ella venía cabalgando desde la casa de los Vegas súbitamente murió sobre el caballo, enrollándose como una madeja sobre el arzón de la montura, Villalta ya no quiso más tenerse allí, y se fue.

XI



Los habitantes de las fincas acudieron a su casa, con sus sombreros en la mano, para acompañarlo, y al mirarlo tan silencioso respetaron su mutismo y no se sintieron fuertes para hablarle, sino para venerar sus callados sentimientos. Era fácil saber que él se hallaba lejos de sus almas hundido en un apartamento hasta el que nadie hubiera podido entrar.

Se hizo el entierro. Nadie lo vio llorar. Pero en su semblante se entreveía la crucifixión de su amargura.

Cuando unos días después lo vieron partir, sin haberse despedido de ninguno, no se imaginaron que sería para siempre.

Nadie tuvo más noticias suyas. Zarpó y nunca regresó a tocar de nuevo en el varadero de aquel pequeño puerto de las abras.

Allá había pasado una buena parte de su vida. Había llegado, podría decirse, a descargar en la tierra el tesoro inapreciable de su mujer. Haberse quedado por más tiempo habría equivalido a negar su extraña lumbre de distancias.

Los campesinos no lo comprendieron. Pensaron: es extraño que un hombre abandone así los huesos de su esposa y los bienes que ha logrado crear.

Y jamás olvidaron a Villalta, que se mantuvo viviendo en el recuerdo como lo que había sido: un diosillo incomprensible y generoso, dueño de sí mismo.

La única noticia que los Vegas tuvieron de él les llegó en un sobre lacrado, algunas semanas después de su partida. Eran unas escrituras en las que donaba su finca y el aserradero a su hijo, Marcelino Vega de único apellido,

y entonces, solo entonces, se dio cuenta ñor Espíritu Santo de que el hombre no había hecho el negocio que se creía: una pesada deuda hipotecaria aún gravaba los bienes que ahora eran de su nieto. Con todo se consolaba el viejo, de algún modo habrían de hacer para cancelar el gravamen.

Se olvidaba de que seguía existiendo Ambrosio Castro, ya con el brazo de su hijo junto al suyo.

La lucha, la antigua y feroz lucha por la supervivencia de las abras muy pronto habría de reanudarse.

¿Para qué decirlo? ¿Para qué ponerse a detallarlo? Laureano Castro, el descendiente, menos meloso que su padre, de mirada filosa y labios finos, no solo tenía buen pulso con la pistola, sino que sabía usarla de veras. Y no se sirvió de indios, que no habían vuelto a salir por aquellos contornos, sino de peones traídos desde donde las obras del ferrocarril ya no los contrataban, con los que pronto prosiguió el cerco. Su padre murió cuando ya la victoria estaba a punto de llegar a las manos de su vástago. No pudo contemplar la rebatiña por entero consumada, mas logró adivinar el final.

Como Laureano Castro tenía buenos entronques políticos, no respetaba nada. Inundaba con su ganado las tierras ajenas. No le importaba que estas ya se encontraran inscritas en el Registro de la Propiedad a nombre de los que las habían arrancado a la montaña lo que en tiempos de Villalta habían llevado a cabo por consejo suyo, encargando el trabajo conjuntamente a un abogado de Cartago, porque para Castro no existían leyes. Se estaba todavía lejos de los centros poblados.

Esta vez nadie pensó en oponerse con las hachas a las hachas. Si hubiera resultado inútil años atrás de no haber aparecido Villalta, para qué lo iban a intentar ahora, cuando la fuerza que tenían enfrente pesaba aún más y ellos poco más o menos seguían siendo los mismos finqueros débiles de siempre. Se pensó en acciones judiciales. Ñor Vega vino hasta Cartago y entabló un juicio, pero apenas consiguió apaciguar de momento el ataque. Meses después tornaron las cosas a ponerse peores. Castro se amañó para forzar a sus peones a denunciar como propias las tierras que iban abriendo alrededor de las fincas. Muchos de estos jornaleros eran centroamericanos sin papeles, que se veían obligados a ganarse la vida de cualquier modo. Poco a poco los denuncios, que solo formalmente les pertenecían, acababan abrazando la extensión de las fincas.

Ahora había más pobladores; los niños se habían hecho mozos; los matrimonios duplicado. Y corrió alguna sangre. El hacendado había cerrado las

salidas a través de sus posesiones e impedía por la fuerza que ellos pretendieran sacar su ganado y su madera. La hacienda abarcaba ya todos los sitios por donde se podía salir. Los Cotos, los Vásquez, los Camachos, usaron sus escopetas. Hubo dos heridos entre ellos y uno de parte de Castro. Sin embargo, ¡qué significaba un herido allí, lejos de las autoridades! Aquella balacera más bien cayó de perlas para que Castro consiguiera en la capital el nombramiento de agente auxiliar de policía para su propio capataz. Había algunos dispuestos a machetear al hacendado, pero cualquiera que lo intentara sería recibido a balazos.

Nadie sabía qué hacer. ¿Dónde se encontraría un nuevo Villalta que enviara otros cueros al hijo de don Ambrosio?

Y la desbandada se inició. Si ya para llevar el ganado a la venta y sacar la madera aserrada había que arriesgar la vida en las tierras del poderoso vecino, ¿valía la pena continuar viviendo allí?

En la capital, en las pequeñas ciudades y aldeas donde los hombres luchaban e iban logrando implantar las ideas liberales, se ignoraba en absoluto lo que allá sucedía. Bueno, Laureano Castro también era un furibundo liberal a quien se dejaba hacer y pasar... ¿Quién auxiliaría? ¿Qué guerra habría que emprender? Nadie atinaba a organizar la defensa. ¿Seguir así? ¿Para qué? Se podía ir y venir a pie, pero a pie no servía; se requería un camino para las carretas, los caballos y las reses. Laureano Castro había destruido los puentes en toda la parte de su hacienda que colindaba con las fincas. Unos cuantos campesinos no podían contra tanto dinero y tanta capacidad de maniobra.

Pero ñor Vega y sus hijos, a pesar del peligro, de algún modo se amañaban para continuar aserrando y sacando madera. Por las noches, entre la oscuridad y los barrizales o bajo los más tormentosos aguaceros, que hacían salirse de madre al río y ponerse imposibles los arroyos, pujaban como otros tantos bueyes ayudando a las ruedas de las cureñas en medio de obstáculos sin nombre. Iban armados por lo que pudiera acontecer.

Quien los hubiera visto entre las tinieblas con el agua de los ríos a la cintura atravesando la hacienda de Castro con sus tablones o su partidita de novillos, habría recordado que aquellos eran más hormigas que hombres y podrían milagrosamente tender puentecillos de hojas secas sobre las cañadas. Y habrían de regresar también entre la noche igual que bandoleros, como si tuviesen que esconder de la mirada de sus semejantes el pecado de su trabajo. Allí, por obra y gracia de la ley del más fuerte, vivir de la propia tierra había llegado a ser empresa heroica de rebeldes.

Pero ñor Vega no perdía la esperanza. La ancianidad había venido en su sostén. Habiéndolo hecho perder el sentido real de las cosas y mucha de su capacidad para enjuiciar las situaciones, la vejez le traía una calma asombrosa y una rara seguridad en algo que podría llamarse Dios, o el acaso, o ñor Vega mismo. Comenzaba a cercarse de agradables nebulosas de viejo que vive del recuerdo y de gustosas nimiedades, y así soslayaba sin percatarse de ello el mirar los hechos tal como eran. Exclamaba:

Muchachos, no hay que desalentarse. Actualmente no tenemos nada que pagar. Como vendimos el ganado pudimos saldar la hipoteca. Ahora todo es nuestro. Aunque Castro nos eche sus animales y nos impida ir a vender lo que hay que vender, de algún modo iremos saliendo de esto. La ley está con nosotros. Esto está inscrito en el registro a nombre mío y de Marcelino.

Y se sentaba en el corredor a comentar de lo de aquí y de lo de allá con filosofía de viejo convertido otra vez en rapazuelo. Ya su cabello muy encanecido, masticando perennemente tabaco, su mandíbula se movía sin cesar de arriba abajo en tanto que su boca se trocaba en apenas un puñillo de saliva, entre sus labios rugosos y un poco grises.

Dios ayudará, muchachos, Dios y Dolores, que ahora está en el cielo velando por todos nosotros.

Porque Lola había muerto. Ella no había podido soportar aquello. No estaba hecha para el sufrimiento impasible. Había sido la pelea y la alegría. Para herir, y no para ser herida. Ñor Espíritu Santo lo dijo cuando cayó en la cuenta de que una rara enfermedad empezaba a devorarla. Esta dolencia se va a comer a Lola. Es la cólera la que la ha puesto asina. Ya no se va a levantar, porque... no quiere defenderse. No hay caso.

Sí... se nos va a ir, no hay remedio, esta noche se nos va.

Y aquella noche se le hizo la vela, a la que asistió la atribulada gente junto a la cual ella había construido sus mejores años y con la que había bregado y celebrado las nochebuenas.

No llegó a ser completamente vieja, como su esposo.

No se doblegó ni se dio por vencida, interiormente. Ante lo imposible, dejó que la ira hiciera su trabajo, y sus huesos vinieron a convertirse en tierra.

Ñor Espíritu Santo la lloró largos días. Pero lentamente vino integrándola en su recuerdo, haciéndosela agradable en forma de compañía interior y sintiéndose protegido por ella.

Él no se gastaba fácilmente y se empecinaba en tener confianza en ese algo indefinible que lo mantenía achacosamente enhiesto. Como un vetusto roble que se empeña en ignorar el hacha próxima. Y el hacha llegó. Laureano Castro cortó la fuente de agua que movía el pequeño aserradero. Y fue entonces la caída del añoso tronco de ñor Vega.

Sucedió cuando ya no estaban todos los antiguos finqueros. Ñor Coto había muerto. Ñor Vázquez también. Sus hijos, así como ñor Camacho, ñor Leitón y los Mirandas, habían ido desbandándose del lugar, unos primero, otros después, y a la postre habían entregado por casi nada sus fincas al triunfante hacendado. A la sazón solo quedaba su gran compañero Benigno Mena, anciano como él, con solo su mujer y dos de sus hijos, porque sus otros vástagos como una vez Fermín Vega y después José y recientemente otros dos de los muchachos de ñor Espíritu Santo, habían ido partiendo hacia diversos lugares para trabajar como se pudiera.

El hormiguero se desperdigaba. Ramón Vázquez, antiguo aserrador de Villalta, casado con su hija Cristina, así mismo había emigrado con sus tres niños, que tanto alegraban la tarde del abuelo.

Aquello estaba poniéndose desolado. La hacienda amenazaba cada vez más la existencia de las tierras que restaban y resistían. Ya el pedazo de Marcelino, antigua propiedad de los Morales y después de Martín, se encontraba aislado de lo del abuelo, por las forzadas ventas de los otros pioneros. Era, en realidad, una tierra solo legalmente suya. La poseía de hecho don Laureano como a pesar de todo se lo llamaba, quien iba y venía por ella dueño y señor. Pero aún no cejaban, hechos un puño los unos con los otros, el viejo Vega y el anciano Mena, rodeados de unos pocos descendientes. Ñor Espíritu Santo seguía murmurando:

Con un pucho de madera que podamos sacar de cuando en cuandito y dos o tres animalillos que vendamos, qué caray, podremos sostenernos, siempre que también sigamos sembrando un poco de maíz y otro de frijoles. Don Laureano no vendrá a echarnos de aquí a balazo limpio.

Y no cesaba de mascar tabaco y todavía se golpeteaba el encanecido y amarillento bigote.

Esa terquedad ponía furioso a Castro. Tal era el empeño por acabar acaparándolo todo para redondear su gran hacienda, que hasta había dado a entender a Mena y ñor Espíritu Santo que estaba dispuesto a pagarles un precio menos sangriento que el pagado a los demás. Pero los dos viejos, como ostras pegadas a sus conchas, se negaron. Y entonces se puso a darle

vueltas en su cabeza a una idea: el débil y pequeño soporte de esos hombres era la madera; si impedía que pudieran elaborarla acabaría por dominarlos. Fue a estudiar el asunto sobre el terreno y vio que sería posible mediante un trabajo no muy costoso desviar el curso del riachuelo que alimentaba la atarjea de ñor Vega. La fuente se encontraba en la montaña, pero el arroyo atravesaba la tierra recién abierta por él en un punto donde resultaba fácil torcer la dirección del agua y hacerla seguir por una cañada que desembocaba en lo que tiempo atrás había pertenecido a los Cotos.

Se lo llegaron a contar al viejo:

—Ñor Espíritu Santo, don Laureano ha comenzado un trabajo que lo va a dejar a usted sin agua para el aserradero.

Y él, en un principio, no quiso creerlo, como aquella lejana vez cuando el viejo Castro había iniciado el sitio tampoco lo creyó.

No, no podrá llegar a tanto su maldad.

Mas... ¿tenía derecho el anciano a medir los sentimientos ajenos con la vara de su propio ser?

El agua fue desviada. Y entonces perdió su vejez apacible y por un momento volvió a ser el Vega adulto. Comprendió que, ahora sí, nada podría impedir quedar vencido. Miró su trabajo de media vida destrozado y, llamando a Marcelino, que era ya un muchacho de catorce años, le dijo:

Quiero ir a verlo con mis ojos. Llévame hasta el desvío del agua.

Pero, tata, está un poco lejos, hay que trepar el cerro y va a llover.

Y fatigosamente, amargamente, atravesó una arboleda, subió y por fin pudo contemplar la obra. Y allí recordó la primera vez que había llegado a la montaña, con José y Fermín muchachos... Y los tres hincaron sus rodillas en tierra, los sombreros en la mano, y dijeron: Padre Nuestro que estás en los cielos..., y en seguida Santo Dios, Santo Fuerte... Uh, hacía ya tantos años como siglos. Y sin saber por qué cayó también de rodillas, se descubrió su viejísima cabeza y, llorando copiosa, tumultuosamente, recomenzó: Padre Nuestro...

Marcelino, junto a él, lo miraba con la garganta atravesada de angustia. A su vez dobló las piernas y se dispuso a acompañarlo en el rezo. Pero de súbito ñor Espíritu Santo se quedó callado, en sus arrugas, su quijada saliente y sus ojillos hundidos y mustios una intensa expresión de espanto.

Y ya no se sostuvo más sobre las rodillas, porque el cuerpo le pesaba demasiado, sino que se amadejó sobre sí mismo, gimoteando y temblándole las espaldas convulsivamente, y se abandonó sobre la húmeda hierba. El nieto oyó que decía:

Dios mío, ¿es posible? ¿Vas a permitir esto?

No quería levantarse. Marcelino le rogaba con lágrimas en los ojos que regresaran y trataba de hacerlo incorporarse. Comenzaba a llover. Tronaba. Inútilmente insistía con él, que proseguía murmurando: ¿Lo vas a permitir, lo vas a permitir?

Entonces el nieto corrió hasta la casa, donde encontró a Remigio, que estaba preguntando a Magdalena por el viejo. Y los tres se apresuraron a ir por él.

Hubo que obligarlo a regresar a viva fuerza, levantándolo en brazos, bajo la lluvia que lo empapaba sin misericordia. Ya ñor Vega no sollozaba, sino que de tanto en tanto repetía: ¿Lo irá a consentir?

Pocos días antes de su muerte, que acaeció meses más tarde, llamó a los tres, únicos Vegas que con él quedaban, y les dijo muy apagadamente, aunque con clara voz:

Hijitos, estoy demasiado viejo ya, pero les pido una cosa: no se vayan, no aflojen, mueran aquí en la finca, como yo voy a morir. A vos, Marcelino, hijo de Martín Villalta, a vos te lo pido y mando especialmente... Algún día los tiempos serán otros.

Y a poco más la muerte acudió a él, que se le entregó mansamente, sin aspavientos, tal como había vivido.

¡Cómo quedó de solo aquello!

El día en que ñor Benigno Mena y el resto de los suyos, finalmente vencidos, vinieron a despedirse de los últimos Vegas, porque ya emigraban a buscar dónde vivir, Remigio, sentado en una piedra a la vera del camino que una vez había construido tata Espiritu Santo, estaba pensando:

Tata no quería que nosotros llegáramos a ser como el atarrá... Sí, nos quedaremos aquí... No podemos pelear; somos dos hombres y una mujer, solamente, y estamos pobres. Pero nos quedaremos.

Alcanzó a ver al sobrino por allá, cerca de la casa...

Marcelinooooo, Marceliillliino, andá a ver si la sarda ya parió.

XII



Los años transcurrieron sobre los años.

Martín Vega Ledezma, sentado en un vagón de segunda clase del tren que una vez por semana entra en la región pantalón de mezclilla, chaqueta de cuero, sombrero de fieltro de edad ya respetable, parece dormitar recostado sobre el asiento, en medio de los campesinos y jornaleros que allí se hacinan, fuman puros y conversan entre alforjas y cuchillos de labor. Pero no está durmiendo: se halla recordando su vida, tan sin importancia para los demás y para él tan llena... Su infancia... Su juventud... Su partida... Su actual regreso. A su padre, roca de piedra humana sumergida en silencio y en pasado; a su tío abuelo, aquel otro jirón de los tiempos idos, este muerto ya: dos testarudos estacones empotrados en la tierra, la que al fin un aciago día hubieron de perder y no pudieron abandonar, como si se hubieran sentido responsables de ella y necesitado mirarla, sufrirla, vivir de sus despojos.

De veintisiete años, delgado, más alto que bajo y de tez un poco morena, vuelve hoy a la hacienda de los González Leflair, donde pasó sus primeros veinte años, a organizar un sindicato agrícola.

Él no pudo conocer a su abuelo Martín Villalta. Hay entre ellos un cierto parecido, si bien en los rasgos del nieto otras facciones mezclaron su huella. Sus ojos no tienen parentesco alguno con los ratones; son los mismos de su bisabuela Dolores Sánchez de Vega, negros y fulgurantes. Su barbilla recuerda la de ñor Espíritu Santo. Pero su sonrisa, ¿qué otra es sino la del antiguo cazador de lagartos? Martín Vega Ledezma, sin embargo, ignora estos pormenores, reminiscencias de hombres y mujeres ahora sombras, a quienes no conoció. Él vio y tocó a su tío abuelo Remigio Vega y todavía espera encontrar en la hacienda a su padre, Marcelino, en la actualidad sesentón. Su madre murió ya.

Hermosos tiempos los de su infancia, que solo una sombra empañó: su padre andaba entonces quién sabía dónde y quizá nunca volvería. Su madre, una mujer menudita y bondadosa, se lo había contado cuando él un día le preguntó por qué los demás niños tenían tata vivo o muerto y él no. Así supo que Marcelino Vega y el viejo Remigio, quien trabajaba como peón en la misma hacienda, habían sido años antes dueños de cierta porción de tierras que ahora formaba parte de lo de los González, y entonces el desmantelado y viejo aserradero, cuyas bases de cal y canto y añosos horcones todavía se levantaban en medio de un pastizal, carcomidos por la lluvia y cubiertos de maleza, principió a cobrar para él particular importancia. Ya más crecido conoció toda la historia y se sintió orgulloso de ella. Fue Remigio quien vino metiéndolo poco a poco en el pasado hasta hacerle familiares las siluetas de ñor Vega, Dolores, Villalta, doña Susana y tantas otras. Sin embargo, para Martín resultaron ensueños, fugas inasibles. ¿Había existido verdaderamente toda aquella lucha de años por mantener la libertad de las abras? ¿Había sido tan valiente de veras su abuelo el de los lagartos? Él se los imaginaba, tratando de acompañar a ñor Remigio en sus cotidianos regresos al tiempo ausente, y, con todo, posiblemente los antepasados que se figuraba no eran los mismos con quienes había convivido el tío abuelo. Él no había experimentado esa otra vida, sino la de la hacienda con sus peonadas, sus dolores y su potente capacidad para mantener a los hombres ajenos a toda lucha heroica. Pero intuyó desde niño que algo terriblemente amargo aplastaba a su tío, un peso agobiador que lo hacía tragar guaro y más guaro y hablar, hablar de lo que había sido para compensar la herrumbre fatigosa de su espíritu.

Remigio fue quien le reveló que su padre había estado preso por matar al anterior propietario de la hacienda, un tal Laureano Castro, cuando vivían en la finca que a pesar del hacendado todavía los alimentaba. Magdalena (¿mi abuelita, ah, Remigio?; sí, tu abuelita), aún vivía, y cocinaba y les lavaba la ropa. Allí habían podido sostenerse durante años en que hubieron de neciar echando fuera de sus pastos las reses del enemigo (¿don Laureano, ah, Remigio?; sí, don Laureano), y abrieron un peligrosísimo sendero al otro lado del río, despeñadero arriba, por el que sacaban el poco ganado que lograban engordar, base de sus escasas entradas. Habían de atravesar arreándolo la corriente, lo que hacía que a menudo se les ahogaran algunos animales. Castro les robaba sus novillos y los atormentaba de otras maneras. Pero sufrían con paciencia. Recordaban que tata Espíritu Santo (¿fue el que primero vino?; sí, muchachito, fue el que primero vino) les había rogado que se quedaran allí y agregado que más adelante, alguna vez, vendrían tiempos mejores. Sin saber por qué, confiaban en esos futuros tiempos. Y lo

que pasó fue que Marcelino (¿mi tata, ah, tío?; sí, tu tata, el hijo de Martín Villalta) se enamoró de la hija de un peón de la hacienda, con la que poco después se casó. Pero don Laureano no respetaba mujeres. Todas las que se había querido coger entre las de sus hombres habían sido suyas. Era un verraco el muy bandido. Y le puso el ojo a tu mama, esa misma Matilde que te da de comer a vos y es la cocinera en la casa de los González. Marcelino era un buen muchacho, calmoso, sin odios para naide, pero muy templado. Es hijo de quien es. Cuando le contaron que Castro le andaba con ganas a su mujer se puso con la paja tras la oreja. Un día hizo como que salía para Turrialba a caballo y al propio pasó por la hacienda, frente a la casa de don Laureano. Yo andaba entonces buscando un ternero que se había ido para la hacienda y no me pude dar cuenta de lo que sucedió. Don Laureano se vino en seguida no más para nuestra casa y entró hasta la cocina, donde estaba tu mama. Tu abuela Magdalena, muy mal de paludismo, se había ido a hospitalizar a San José, donde después se murió. Matilde se defendió bien, aunque tal vez la hubiera dominado, si no es que en eso entró tu tata como un huracán. Al propio había dado un rodeo. No se había equivocado. Él quería que la cosa se decidiera de una vez y se decidió. No fue que cortó al otro; mirá, fue que lo descuartizó. Después lo vinieron a poner preso y para poder defenderlo, pagándole un buen abogado, convinimos en que había que vender la tierra. Era necesario salvar a Marcelino. Así se lo había contado Remigio.

Laureano Castro no tenía descendientes conocidos. Parientes colaterales heredaron sus bienes, que pronto vendieron al matrimonio González Leflair, gente adinerada de la capital, y el matrimonio también compró lo de los Vegas y de Marcelino. Así se logró que un jurisconsulto se hiciera cargo de su defensa en un juicio que se prolongó lo indecible y que a la postre terminó en condena de varios años a presidio; los jueces consideraron que, habiendo existido premeditación, ya que el matador había preparado en cierto modo el escenario para el crimen, las atenuantes a su favor apenas hacían bajar un tanto el máximo de la pena.

Se perdió el jirón de tierra. Remigio decía que el más fuerte, al final, irremisiblemente acababa con el débil. Había como un destino que nadie podía esquivar. Cuando no era de un modo era de otro. Ellos habían podido aguantar el cerco año sobre año, pero con su muerte Castro se los había llevado entre las patas, porque era el poderoso. Marcelino le dio su merecido, y lo mandaron a presidio...

Sin embargo, este no regresó de inmediato después de cumplida su condena, de modo que Remigio llegó a creer que tal vez hubiera muerto, extrañado

de su tardanza. Al tiempo, cuando ya Martín iba por los trece años, volvió. Había andado vagando por diferentes lugares en pos de trabajo a veces, otras trabajando, y finalmente el fantasma del viejo lo había hecho acudir de nuevo a los valles donde otrora se había encontrado la tierra propia.

Martín se sintió decepcionado al conocerlo. Era un hombre que no hablaba ni sonreía, se hallaba como distante y le era ajeno. Quizá lo hería profundamente el hecho de que el niño, como hijo de la cocinera, formara parte de la gran casa de la hacienda, antigua propiedad de los Castros. Oír las pocas frases que decía bastaba para percatarse de que Marcelino Vega se había cerrado de un aldabonazo al trato con los demás, amargo con todos y siéndole amargas las otras personas. No regresó tampoco a su mujer; ella, que lo había estado esperando calladamente, venía a significarle a la sazón una extranjera de su espíritu, a la cual no llamó para volver a convivir ni quiso tratar de muy cerca. No se podía reconocer en él al Marcelino de su juventud, comunicativo y jovial. Seguía preso, ahora en una cárcel exclusiva y personal, mas, como sabía trabajar diestramente en los ajetreos del ganado, la hacienda lo empleó de peón sabanero y por eso andaba casi siempre a caballo, sogueando animales, o se lo encontraba curando gusaneras en los corrales, cuando no fierrando. Parecía sentirse más a sus anchas entre las bestias que en medio de los hombres. A Martín se le antojaba que su padre era como un pedrón, murrio y parapetado en una insondable dureza que ya nada ni nadie podría suavizar, y adivinaba que, eslabón entre el pasado y el presente, vivía en función de un hondo acongojamiento que de tanto apretujarse contra sí mismo se había como acartonado en sus facciones. ¿Qué le había sucedido? ¿Era que había perdido por siempre la aptitud para la alegría? No existía en el presente y quizá tampoco en el pasado, sino sobre un puente aterido y angustioso. Habiendo crecido en medio de una vida de labradores dueños de sí mismos y su tierra, el modo de vivir actual en un latifundio ajeno edificado en parte sobre los despojos de su propia estirpe tenía solo una realidad: la añoranza y el odio.

¿Qué habría sufrido, qué pedazos de sí dejado, qué rencores adquirido en la cárcel? Martín no lo podía saber. Tal vez el tío abuelo Remigio, que ahora no puede contarle, ya en el cementerio, mas por entonces el único con quien su padre se entendía, a pesar de todo; eran dos pesadumbres enyugadas como cansados bueyes. Pero la del tío se expresaba y gemía cuando se emborrachaba y cuando se lo traía a él, Martín, a los pastizales y lo hacía entrar en la comarca perdida, las abras, Villalta, el aserradero, entonces ya solo musgo y calicanto carcomido. Su tata en cambio se diría un estucurú parado en su rama, todo desolación y mutismo. Y esta sensación de lechuza le penetraba a Martín en el ánimo. Durante los primeros años de juventud

no había podido menos que sentir como una difusa espada de ácida sombra venida de su padre, que a veces lo quería atravesar y contagiar de su raro alejamiento, cuando lo miraba sentado en el umbral de la casucha donde se le deslizaban los días, sin mujer que le cocinara ni lo calentara por las noches.

Con Remigio le sucedía de otro modo; la pesadumbre que de este emanaba resultaba menos contagiosa, menos dura y misteriosa, y hasta soñadora y agradable. Escuchándolo, él se transportaba hacia atrás llevado de la fantasmagoría de imágenes que sus historias le hacían efervescer. El tío abuelo al fin y al cabo era un ser humano que tragaba aguardiente él lo decía para disipar su desgracia. Pero el lóbrego y atrincherado tata lo impelía a sentirse áspera y profundamente incómodo.

No habían podido hacerse amigos; estaban separados por su condición de seres criados y nutridos en épocas distintas, entre las cuales no había existido solución de continuidad. Aquel, de pequeño finquero había pasado a presidiario. Luego, cuando regresó a la tierra donde habían muerto sus abuelos, se encontró con un hijo que casi no sentía suyo. Se veían y trataban como extraños a quienes ataba solamente el mismo apellido. Y esta orfandad asustaba a Martín. Huérfanos, el uno del otro: así eran, pues no se concebía ser el vástago de un estucurú, ni se podía ser padre de un muchacho que uno no había arrullado ni querido, porque desde una cárcel nadie hubiera logrado hacerlo.

El tren, que ha venido bordeando el río y ahora corre en mitad de exuberantes plantaciones de café, se acerca ya a la estación de la hacienda, y se detiene, resoplando. Vega vuelve a la realidad, recoge su valija y se dispone a bajar.

El sitio le es conocido. Lo único nuevo es el comisariato, construido para sustituir el anterior, que se encontraba algo alejado de la estación. Dentro del edificio un chino regordete atiende a sus parroquianos, jornaleros y mujeres que llevan, porque es sábado, mercaderías a sus casas o están bebiendo aguardiente. Más tarde algunos de ellos dormirán borrachos en los escaños del voladizo corredor del negocio o bajo el techo de la estación y uno que otro se marchará zigzagueando sobre los durmientes de la línea para vagonetas de tiro animal, hacia su vivienda, donde lo espera la ración escuálida que su mujer habrá preparado.

¡Cuánto tiempo ha pasado desde la época de los Vegas, Vásquez y Morales! Si uno de estos pudiera resucitar no lograría reconocer en el punto donde se encuentra el negocio del chino aquel donde alguna vez estuvo la pequeña

casa de los Cotos. Todo se halla transformado. Lo que antaño fue repasto se volvió cafetal. Donde se había extendido el agro de ñor Espíritu Santo está el terreno hoy en parte cubierto por cañaverales de azúcar, que además verdean en otras extensiones. La hacienda también conserva parcialmente su fisonomía de explotación ganadera, en sectores quebrados o en los muy cercanos a los ríos. Se ven allí, todavía, las cabezas de ganado, y sus mugidos, eternamente iguales, llenan las tardes de su sonido de bronce, que es gemido y es al mismo tiempo invitación al recogimiento. Rieles para carros de carga tirados por mulas surcan las plantaciones y en el centro de la hacienda se levanta el edificio de las máquinas que descascaran, clasifican y secan el café, el cual a finales de año se beneficia por toneladas. Las casas para peones se reparten por distintos lados, en grupos, y son estrechas y ahumadas, de madera y levantadas sobre horcones, porque la lluvia sigue siendo como en los viejos tiempos nutrida y terca; se edifican así para evitar que un posible desbordamiento del río las inunde. Se ven los niños por docenas, panzones y desnutridos, asomarse a las ventanas o jugar en los corredores. Las mujeres lavan las ropas, cocinan, van y vienen, discuten, y paren más hijos. Es una existencia que se sobrelleva casi siempre con mansedumbre porque no se conoce otra.

La casa de los propietarios se alza ahora donde ¿fue alguna vez, existió en realidad? estuvo y palpité la casa de los Vegas. De dos pisos y anchos aposentos, tiene todas las comodidades modernas y en sus ventanas el cedazo impide la entrada a mosquitos; la rodean jardines y árboles de naranja y limón, y para llegar hasta ella desde el beneficio hay un trayecto pavimentado con asfalto, que construyeron sobre el antiguo empedrado puesto a mazazos por ñor Espíritu Santo. Pero esto solamente lo sabe desde dentro Marcelino Vega. Además, ¿a quién le importa?

Ahora es difícil encontrar un tepezcuintle en las laderas, los venados y las dantas no se acercan por allá y los jaguares son animales forasteros. Pero quedan los ríos y los pájaros, que continúan anidando en los chaparrales o en los árboles y cantan o devoran insectos, ajenos al hombre y dueños de sus alas. Sería absurdo pensar en un Villalta cazando lagartos por los alrededores. Ya no los hay, tragados por el tiempo.

¡Cuán pocos hablan de Laureano Castro! ¡Tantos ignoran ya que allí vivieron aquellas familias de Heredia y de Cartago! Los hombres y los rapaces han de cortar anualmente la caña, que se envía en vagones de ferrocarril al ingenio de la hacienda contigua, tan grande como esta, y cogen el café, que se elabora en las grandes máquinas del beneficio. Las paleas, las macheteas, las descumbras, la zafra y la cogida les ocupan su tiempo mal pagado. Se

bebe aguardiente; se asiste a la ermita, cuando llega un cura a decir misa; se tienen hijos, muchos de los cuales mueren de meses. El paludismo, que se enseñoreó de la región como endemia con la afluencia de nueva gente, tiene ya una negra estela tras de sí, en los cementerios.

Existe también un gran trapiche, donde se muele caña y se elabora dulce.

Los sábados a mediodía hombres y mujeres hacen fila frente a las ventanillas de la administración para recibir las cubiertas del salario, que no alcanza para llenar ni la mitad de sus más perentorias necesidades.

Hay, además, un aserradero movido con electricidad, que es también la fuerza motriz del beneficio. Pero las casas de la peonada se alumbran solo con candelas o lámparas de kerosene, al igual que en los viejos tiempos, y sudan hollín y humo de los fogones leñeros en que cocinan las mujeres.

En los horizontes, circunvalando las plantaciones y los cerros de pastura, verdiazulosas montañas siempre cordiales, a veces envueltas en ropaje de neblina. Los cafetales parecen un poco meditabundos; su silencio se contagia, solo empañado por el volar de setilleros y gorriones que picotean entre sus ramas. Y los cañaverales, verdetiernos y alegres, al irse poniendo de cosecha se vuelven pardos y un tanto sucios.

Qué agradable pararse en el puente de hierro para mirar y oír el correr del agua. Está agarrado a robustos pilares de concreto y atraviesa el río uniendo la parte nueva de la hacienda con lo que fue la hacienda vieja de los Castros. Los despeñaderos siguen allí, pero han sido soslayados por el lado oeste y en las colinas que los continúan hay en la actualidad plantíos de café y caña de azúcar cruzados por rieles de línea angosta y caminos para camiones.

Aquí, sobre este puente, se detiene un rato Martín, sosteniendo sobre la baranda su valija, y medita. La espuma del agua si uno se pone a pensarlo bien, debe de ser la misma que miraron los ojos plomizos de Martín Villalta y los róbalos de hoy los tataranietos de los que él alguna vez pescó con el arco que le escamoteó a un indio tallado en centenaria amargura. Está dudando a dónde dirigirse. Sabe que tiene conocidos: los jornaleros que estaban cuando él partió, sus mujeres, sus hijos, ya hombres muchos de ellos; pero, aunque se le haga difícil, cree lo más lógico ir a pedirle posada a Marcelino. Es su padre. Resultará un poco incómodo convivir con él, mas con hablarle apenas lo indispensable no surgirán problemas. Lo mejor será no decirle nada, sino simplemente ir y depositar sus cosas en el aposento y más tarde volver para

dormir. Recuerda que allí había dos malas camas de madera. Tal vez aún estén, así que podrá usar una. Tratará de conseguir la comida con alguna mujer de las que viven en el mismo caserío: Esmeralda Rojas, o Antonieta Fuentes, o la vieja Agripina, si es que todavía existe. Cualquiera de ellas le habrá de dar mala ración, pero le cobrará barato.

Algunos de los hombres con quienes se va encontrando lo reconocen, lo saludan y le preguntan qué es de su vida. Ellos, no obstante, ignoran que el hombre que ahora ven, convertido en adulto, no es el mismo que años atrás dejó la hacienda, ya sabe tras de lo que anda y tiene mejor conocimiento del sentido de su existencia y por eso esta le es más dura, de más responsabilidad, pero cabalmente también mucho más estimable. Martín lo comprende: viene a realizar una labor difícil, porque la gente que vive en esta tierra ajena es reacia a toda organización y, aunque se siente descontenta del modo de vivir que sobrelleva, hay en ella un lastre de conceptos formados y de costumbres que la vuelve esquiva, tozuda y casi imposible de convencer. Aun cuando asalariados, todavía casi todos llevan el sentido tradicional de propiedad muy arraigado, así se vuelva contra ellos mismos. Son como son, no hay remedio, y habrá que hacer lo que se pueda sirviéndose de su barro añejo y agobiado. Se trata de bisnietos de otros Vegas, de otros Cotos y Camachos. Su padre los ejemplifica singularmente, solo que por ser su caso tan rudo y brutal hace más bien recordar al indio enmudecido en su desolado palenque. No, los jornaleros no se le parecen totalmente. Los hay decidores, los hay humoristas, algunos tienden a ser bondadosos, otros no, y los más parecen desconfiados, ladinos, pero se encuentran bastantes de carácter comunicativo; sí, los hay. Constituyen un mundo de personas variadas y distintas, y, a pesar de eso, todos cargan un aburrimiento del espíritu que tiende a igualarlos; no hay nadie que no arrastre consigo la historia de un despojo lento e inmisericorde, aunque no haya sido idéntico para todos, sino para los más producto de relaciones invisibles: no de agresiones tan claras y dolorosas como la de Castro contra las abras. ¿Cuál no sabe que su padre o su abuelo o algún más lejano antecesor, alguna vez, en el tiempo, poseyó un terrazgo propio? Ahora siembran para otros y recogen apenas un escaso salario, pero la mayoría considera que su destino debe ser así, porque precisamente el pasado los compele a sentirlo de esta manera. Vástagos de antiguos propietarios, anhelan alcanzar de nuevo condición de dueños de algo y por eso respetan y adoran como a un dios el sentido de propiedad cerrada e intocable. La historia los ha convertido hasta ahora en sus devotos fervientes, aunque devotos apesadumbrados. Marcelino, con sus sesenta años encima cargados de desolación, será un búho, un dolor, pero no un revolucionario. Sigue respetando invariablemente las cosas por las que trabajó tata Espiritu

Santo, sin sospechar que los tiempos galoparon y son otros. Martín Vega lo sabe; compañeros más experimentados se lo han advertido, y, sin embargo, no se siente pesimista. En otros lugares del país se va avanzando en la organización de los hombres del campo, que son duros, pero cuando logran entender siguen siendo duros, pero se vuelven entendidos. Habrá que hacerlos entender.

A poco caminar alcanza el caserío donde se encuentra la vivienda de su padre. Saltando un charco que la lluvia ha formado enfrente, se acerca al pie de la escalera de seis peldaños por donde se sube a su puerta y entra. No hay nadie. La casa es de dos piezas, una donde se ven un fogón, una tosca mesa con su silla y algunos trastos de cocina, y otra en que, al contrario de lo que esperaba, solo hay un camastrón de tablas. Pone por ahí la valija y en seguida de un pequeño descanso sale y se encamina al comisariato, donde piensa comenzar su tarea reviviendo amistades y entablando conversaciones para tantear el terreno. Además, si logra ver por allí al administrador tratará de conseguir trabajo.

Al llegar al negocio llama su atención un hombre que está sentado solo y algo aparte, alto y encorvado y de complexión poderosamente fuerte, aunque de hombros caídos; sus brazos, de tan largos, dan la impresión de que van a tocar el suelo y su semblante, vaya modo de llevar una cara fea, es de los que si se ven una vez ya no pueden olvidarse: frente angosta, cráneo que se alarga aguzándose hasta terminar casi en punta, nariz prolongada hacia abajo y como aplastada, mentón largo y como adosado al pecho, su actitud entre meditabunda y repulsiva sugiere una infinita tristeza que trasunta demoníaca soledad. Aquella cabeza parece no salirle de entre los hombros, sino del esternón. Y, como si fuera poco, no tiene ojos; apenas dos lentes redondos, gruesos, en cuyo centro se agitan dos solitarios puntos: el hombre es miope a rabiar.

Martín no se le acerca; puesto que no parece persona amiga de hablar, tan solo lo observa y luego se dirige a un grupo de jornaleros a quienes saluda y con quienes poco a poco está conversando, investigando, midiendo. Por ellos se entera de que ese extraño individuo es un colombiano al que apodan Marabú, quien lleva meses de trabajar para la hacienda como encargado de mantener limpio el curso de la atarjea que nutre la turbina de la planta eléctrica. No hace labor muy ardua, a menos que algún temporal cause destrozos, porque entonces no solo él sino otros peones deben despejar a pala y pico la canal del agua. Su tarea de rutina consiste en cuidar de que ramas o pequeños derrumbes no obstruyan la corriente.

Es hombre de genio agrio, muy callado y hasta, según le dicen, de pésimos antecedentes. Otros creen que no anda muy bien de la cabeza, por ser tan solitario y, sobre todo, por su hábito extraño: le gusta quemar cosas; muy a menudo hace una pira cerca de su casa y se sienta enfrente de las llamas en actitud contemplativa, y cuando en la hacienda o en las tierras que colindan con ella dan fuego a los charrales para preparar las siembras, siempre anda cerca el colombiano. Por lo visto, el fuego ejerce sobre él una especial fascinación. Pero por lo demás nadie hasta la fecha ha tenido dificultades con el hombre, que, si gana poco, gasta menos y no bebe, y si nadie le habla, a nadie busca para conversarle. Tartamudo y de voz ronca, siempre se lo ve fumando y es persona que medita mucho quién sabe en qué. Eso es lo que oye Martín contar a los trabajadores, y cree que en lo que dicen tal vez haya exageración. Han hecho de él un misterio. Ya buscará la manera de conocerlo más a fondo; siempre es bueno entrarles a los tipos; a saber si Marabú habrá de resultar útil para una agrupación sindical, por la experiencia que pudiera tener; uno a veces se equívoca con la gente.

Cuando Vega se va, el poniente se ha enardecido de celajes. Hace un día magnífico, de suave brisa y poco calor. Al bajar los peldaños del comisariato vuelve a mirar al colombiano y nota que se ha quitado los anteojos y mira fijamente hacia donde el cielo se ha ensangrentado de naranjas y fuegos.

Pasa por la casa de Esmeralda Rojas para contratar su comida. Es una madre de diez hijos, el mayor de los cuales tiene quince años. Su marido murió el año pasado y ahora ella hace prodigios para alimentarlos con la ayuda solo de su muchacho mayor, ya un jornalero más o menos pasable. Por lo arrugada que se le ve la cara pareciera una vieja, pero jovial, optimista, y aguerrida, que para no olvidarse de que es mujer se prende siempre una flor en su cabello, canoso y mal peinado. Muchos la conocen por Esmeralda la de la flor. Bueno, ella dice que la mujer con un jazmín o una rosa en el pelo se hace respetar mejor y se ve menos fea.

Al percatarse de que quien llega es Martín, aquel que ella recordaba más joven y menos grave, porque un poco alegremente grave es su porte de ahora, se le suelta en frases de amistad y regocijo, lo pasa adelante y le pregunta de todo: cómo está la capital, qué planes tiene, si se ha casado, si piensa trabajar en la hacienda, cuánto se va a estar. Martín no ignora que Esmeralda siempre ha sido mujer de empuje y piensa que tal vez, persuadiéndola, pueda llegar a ser una de sus buenas colaboradoras, pero juzga mejor no contarle por el momento sus verdaderos proyectos; se limita a decirle que viene a buscar trabajo; deseaba volver; aquí están enterrados los huesos de su madre. ¿Le vendería la comida? Por supuesto que sí, le responde ella, solo

que tendrá que conformarse con arroz, frijoles y algún plátano; los tiempos son malos, ¿cuándo han sido buenos?, y los alimentos están cada día más caros, qué vida esta. Y mientras siguen hablando Martín discurre para sus dominios propios cuán admirable es que una mujer así, cuyos hijos se ven todos por la habitación jugando unos y llorando el menor, logre llenarle la boca a tanta familia.

Rato después llega a la casucha en que sigue creyendo habita su padre. Esta vez se dice probablemente lo encuentre allí y por eso prepara un saludo lo más cordial que pueda, que resulta inútil porque la habitación continúa vacía. Considerando impropio ocupar su camastro busca el mejor lugar sobre el piso, por donde se ven menos rendijas, y se tiende en él. Como está fatigado cuenta con que pronto se dormirá, a pesar del duro y frío suelo y de su par de zapatos, que ha puesto como almohada.

Mas, como al mediodía en el tren, su cerebro de nuevo reverbera, caluroso, y los tiempos pasados recomienzan a devanársele alrededor ahora de otra porción de su vida, que no quisiera revivir, porque lo maltrata.

XIII



Está aquí, bajo sus párpados, Concha González Leflair, la mariposa de su infancia, dulce y ácido recuerdo de su niñez y juventud.

El día en que se llevaron preso a Marcelino Vega, Matilde quedó en situación desesperante. Palpitaba en su vientre el venidero hijo y en su pecho el dolor de ver que al esposo se lo arrebataban por haberla defendido de las garras de un miserable.

Remigio, mientras se efectuaban los trámites para la venta de la tierra, hizo lo posible por que no le faltara nada.

Después, nacido Martín y ya él asalariado de la hacienda, pudo la mujer de Marcelino conseguir empleo como cocinera de los González. La casa anterior residencia de los Castro no carecía de espacio y la dejaron traer consigo al niño, que pasó allí su infancia.

Por entonces los González Leflair habían comenzado a construir su actual residencia, sobre una mediana loma donde estuvo la de ñor Vega. Ya terminada, de la capital vinieron la esposa del propietario con sus dos hijos, varones, y la señorita Marcelle Leflair, hermana suya, una francesa cuarentona, agradable mujer de educación que la capacitaba idóneamente para ser la maestra de los niños. Persona afable y sensible, muy pronto fue tomando afecto al hijo de la cocinera, vivaracho y juguetón, de ojos oscuros y brillantes, quien por no saber las distancias existentes entre él y aquella familia, gateaba por toda la casa y se ensuciaba impunemente donde mejor se le antojaba. Fue por entonces cuando la esposa de don Fausto González, con quien había contraído matrimonio en París durante sus años de estudiante mal aventajado, dio a luz su última hija, a la que llamaron Concepción. Por eso Martín y Conchita González habrían de crecer juntos. Aquellos propietarios, aun cuando gente

adinerada, ella por francesa y él por venir de una familia sin arrestos aristocráticos se manejaban con respecto a los campesinos guardando algunas formas, pero con un relativo sentido de igualdad que los hacía simpáticos; aparte de que la tía Marcelle, por su especial cariño a los pequeños, se encargó de que a su Martín, como ella le decía, no lo trataran mal ni le hicieran sentir demasiado severamente su condición de niño pobre, y el último Vega fue creciendo sano y bastante bien tratado. Cuando la Leflair comenzó a dar lecciones a Conchita obligó al inquieto niño a ponérsele al lado, lápiz y cartilla sobre la mesa, y lo enseñó a leer y escribir, igual que a la niña. Y cómo era de listo; tanto o más que la propia hija de la casa.

Durante esos años Martín pudo hacer así una escuela primaria completa y leyó libros de cuentos con láminas de dibujos llamativos.

Marcelle Leflair sabía manejar a los niños. Procuraba mostrarles los hechos y las cosas por su lado agradable. Artista al natural, tenía pájaros, cuidaba algunas colmenas rubias, importadas de Italia, y sabía hacer pasteles riquísimos. Además, bordaba con primor y dibujaba con cierta soltura. Sus muñecos eran el júbilo diario de sus dos escolares más niños, Concha y Martín. Después de las clases, que se iban deslizado sin parecer pesadas entre su sonrisa y sus cuentos, les permitía hacer lo que quisieran, vigilándolos de lejos. Más adelante, conforme venían creciendo, no le impacientaba que se alejaran de la casa por las rutas de los pastizales tras de una mariposa o un pájaro. La madre de Concepción, que no se cuidaba gran cosa de sus hijos, contaba con la admirable asiduidad maternal de su hermana, en la casa la verdadera protectora, directora de la economía doméstica e institutriz inigualable. Sí, Martín conserva de ella un recuerdo querido. Si todas las personas, piensa, fuesen como Marcelle Leflair que hoy, si vive, debe de ser una anciana admirable, el mundo sabría a rico pastel como los que ella horneaba.

Los hermanos mayores, Fernando y Amadeo, si bien interferían ocasionalmente en la vida del pequeño Vega y a menudo en forma grosera, no significaban un obstáculo de importancia. Había entre ellos y Conchita bastante diferencia de edades y eso hacía que le anduvieran de largo. Él y la niña, así, fueron creciendo en amistad infantil que se cerraba gloriosamente a su alrededor llenándolos de calurosos ensueños. ¡Qué ancha y profunda inconsciencia de las cosas! Iban y venían por entre los cafetales, que entonces se principiaban a sembrar, persiguiéndose el uno al otro. A veces se peleaban a mojicones, pero esto los unía más. Era otra forma de sentirse como hermanos.

Mientras tanto, la madre de Martín continuaba en la cocina. Siendo persona de carácter suave y dócil, gozaba de la estimación de la familia, que se agrandaba en la mesa cuando los González saboreaban sus platos, arte culinario campesino un tanto rudo, pero succulento. Por las noches el niño dormía en una cama junto a la suya. Era lo único que lo volvía a su molde de hijo de una pobre asalariada. Su colchón de paja le gustaba golosamente cuando caía en él dormido, aún ignorante de todo el lastre de amargura que detrás de sí había dejado su familia y trocado en una cosa con la apacible nada del sueño, donde de nuevo encontraba a las hadas y los duendes que los libros de la señorita Marcelle le habían contado en el día.

Pronto supo montar a caballo, no sólo en montura, sino en puro pelo, y así también Concepción. Se los veía muchas veces galopando por los potreros y caminos, él morenillo, ella blanca y de cabello rubio. Y nadie murmuraba, nadie se sorprendía; habían visto crecer al chiquillo en la casa de la hacienda, casi otra persona de ella, y estaban habituados a encontrárselo en compañía de la niña, cuando no con la de la tía también. Y Martín, dos años mayor, sin darse cuenta de ello, la protegía, como si fuese su hermana, cuidando de que no se hiciera daño aquí, no se cayera allá, o arreglándole la cincha de la bestia cada vez que se le aflojaba. Él, que había ya aprendido a nadar, la enseñó a atravesar la poza azul, remanso de un afluente del río mayor, bajo el ojo vigilante de Marcelle, quien para su adentros temblaba. Mas poco a poco su temor iba desapareciendo al mirar cómo la pequeña aprendía a flotar y bracear, lo ágil que era y saludable que estaba. Su piel se atezaba con el sol. Día con día iba dejando de parecer niña humana para convertirse en personilla animal. Trepaba a los árboles con rapidez de saltimbanqui o galopaba a caballo con la destreza de los sabañeros, al lado de su amigo, el pequeño Martín, quien se iba transformando en adolescente.

Como dos serafines animales con alas en los pies e ignorancia de cuanto trascendiese a serio cruzaban los años de la ternura llenos de juegos y ensueños.

Ah, sí es cierto, estaba allí el tío abuelo Remigio, el de las abras, ñor Vega y Villalta. A veces, cuando encontraba a Martín, este escuchaba de sus labios frases que no comprendía bien:

¿Ves, chacalín, lo que soy yo...? Un atarrá. ¿Has visto el que está en el ceibo grande, donde tuerce el camino que va a la casa? Tarde o temprano se ha de secar la rama y se caerá y ya no será más que un terrón inútil en el suelo, abandonado de las abejas...

Y, en ocasiones:

¿Te he hablado alguna vez de doña Susana? Estaba así como estás vos, a caballo, cuando se nos murió... Siempre andaba a caballo... Caray, si me parece que fue ayer no más... Pintaba tan bonito, tan bonito... Para mí fue como una madre que me decía cosas muy lindas, todavía más lindas por decir las ella, tan sabia y tan buena. Qué mujer, siempre alegre, aunque debajo se veía que no estaba bien y que sufría... Cuando se murió, tu abuelo don Martín se fue para siempre, qué lástima, y a todo se lo llevó el diantre. Porque no hay otro hombre que se parezca al que fue don Martín Villalta ni una mujer como ella. Me dijo ... ¿Cómo fue que me dijo? Ah, sí: Cuiden mucho las fincas. Uno de ustedes cuando se queda sin tierra es un tronco desenraizado... y en seguida yo le salí con lo del atarrá y se vio que a ella le pareció bien la idea: sí, se vio eso, caray.

Y Remigio sonreía como si aún estuviera a su lado Susana. El niño lo miraba y sabía, por más que nadie se lo dijera, que aquello era más bien un mudo sollozo somorgujado; pero ¿quién lo hubiera podido entonces hacer entender más a lo hondo? El tío abuelo se le antojaba persona simpática y amable, aunque un poquillo loco. Le complacía seguirlo cuando le pedía: Martín, ¿quieres venir conmigo a dar una vuelta? Te compro primero unos confites y después te llevo al lugar donde tata Espíritu Santo se arrodajó en el suelo, llorando porque le cortaron el agua: caray, sí, te lo voy a enseñar. Siempre repetía sus últimas frases, como si fuera necesidad de su espíritu retornar constantemente a lo pasado. Al niño le gustaba escucharlo, porque había tanto de cuento de hadas en aquel bisabuelo y aquella Dolores y aquel otro Martín...

Aquí en este lugar iba la taujía. Ve cómo aún el terreno está un poco hundido en ciertas partes. Por aquí corría el agua hasta allá, al aserradero. Yo estaba chacalín cuando abrieron la zanja arando primero con los bueyes encaramados por todo esto y después sacando tierra a pico y pala. Más adelante veníamos a pescar mojarra en el yerbazal que se formaba en el cauce, caray, qué lindas que eran, iguales a las que hay ahora en los yurros, pero, qué va, me parece que aquellas tenían mejor pintura, más colores; sí, me parece eso, yo no sé.

Lo único que el mozuelo podía intuir era que el hombre llevaba una gran aflicción debajo de lo que expresaba. Después, para deslumbrar a Conchita, se la llevaba por su parte a los mismos lugares y repetía:

Aquí en este punto pasaba la taujía. Había mojarra mucho más bonitas que las de ahora. Mi tata y Remigio y hasta mi abuela Magdalena venían a

cogerlas... El aserradero..., y la niña se asombraba de que él supiera tantas cosas de las que habían acontecido antes en aquellos parajes.

Le servía la tragedia para ser ante Concha como otro tío sabedor.

Todo esto (ya no solo la extensión que en realidad había sido, sino todo) perteneció a mi bisabuelo, ñor Espíritu Santo Vega. Dicen que era un viejo que de un solo hachazo se apeaba un árbol. Una vez un bandido quiso quitarle lo que tenía y entonces él y otros compañeros voltearon en un mes toda una montaña. Había como doscientos indios cortando para el bandido, pero mi bisabuelo hubiera alcanzado primero el lugar que les interesaba. Bueno, pero no fue necesario porque entonces llegó otro abuelo mío (él no entendía bien lo de su ascendencia y a veces resultaba teniendo abuelos por montones), Martín Villalta, y le mató al bandido todo su ganado. Martín era tan fuerte que él solo sacaba del Reventazón lagartos así de grandes (y extendía los brazos dando a entender muchos metros), y por eso el otro le tuvo miedo y se la tuvo que aguantar. Entonces fue cuando hicieron el aserradero. Esto estaba lleno de montaña y ellos la cortaron y vendieron la madera.

Conchita abría mucho los ojos, de lo maravillada, mientras el pequeño Martín se sentía satisfechísimo de su sapiencia.

El día en que el tío abuelo lo puso al tanto de lo que había hecho su padre con Laureano Castro se sintió tan impresionado que durante semanas anduvo diciéndole todo misterioso:

Vieras qué cosa sé, Conchita, pero no te la puedo contar, qué va.

Contámela, no seas malo.

No, no... Aunque, si volvés conmigo al palacio le dijo por fin, te la cuento.

En una colina todavía cubierta de bosque había una enorme piedra de cuatro metros de altura por quince o más de longitud y casi tanto a lo ancho; una profunda grieta la dividía de parte a parte formando un vericueito que se introducía hasta sus entrañas; bejucos y raíces trepaban por sus costados, además de begonias y parásitas. Allí el ambiente se apretaba de sombra, misterio y música de grillos. Nadie habitualmente andaba por allí. Era de veras un palacio encantado en cuyos interiores la irregular grieta claroscuro ellos escarabajaban para jugar de cuento maravilloso trepando peligrosamente a las rocosas paredes por peldaños de bejucos y raíces salientes. No podía imaginarse sitio más a propósito para sentirse príncipe y princesa, o pirata, hechicero o duende. Pero últimamente Marcelle le había

prohibido a su sobrina alejarse tanto de la casa, temerosa de una víbora, una caída, o algo que en su corazón había empezado a hacerla sobreco-gerse: Martín, aunque sencillo y ajeno a malicia, se iba convirtiendo en un mocito. Su condición de animalejo sin prejuicios, ¿no podría llevarlo a salirse de lo convencional?

Pero la rapazuela consintió en ir; hacía días que anhelaba hallar pretexto para volver a la piedra, que la hacía feliz. Y allá él, mostrándose misterioso y presumiendo de importante, le dijo:

Fijáte que mi tata, mató a un hombre.

Conchita se sintió, de veras, asombrada.

Pero ¿quién es tu tata?

¿Mi tata? sonrió complacidísimo. Es... es un hombre muy valiente. Tío Remigio dice que lo hizo por defender a mamá, con un machete. Fijate, con un machete así de grande.

Caramba, ¡qué miedo me da tu papá!

¡Pero no!, a nosotros no nos hará nada cuando venga. Porque tal vez vuelva más adelante.

Y desde entonces ella lo miraba con gran admiración; era hijo de un tipo de esos que descabezaban ogros, como en las historias que había leído.

A Martín lo atraían cada vez más los animales. Le gustaba venirse a los repastos para ver soguear las reses que debían ser fierradas. No le costó mucho aprender a manejar el lazo con destreza, pero se pasaba de atrevido y más de una vez se llevó su buen reventón. Parecía que el fantasma de Martín Villalta anduviera detrás de él y lo empujara a la osadía. Buscaba los potros más briosos para montarlos, con lo que a menudo lo lanzaban al suelo, en los potreros, y él, como si nada hubiera sucedido, se sobaba los rasguños o las nalgas y miraba de reojo a Concepción, quien lo observaba, para sentirse frente a ella todo un héroe. La vida de Martín se iba realizando para ella y desde ella. Y Conchita, quizá no con tanto ahínco, también se hallaba apegada a él como la corteza al árbol. Uno y otro corrían y soñaban juntos, se educaban el uno al otro, maestros y discípulos de sí mismos, sobre sus caballos, junto a los ríos y bajo la lluvia, en un inocente idilio aún para ellos desconocido y ajeno a todo pensamiento que no fuera caminar por los mismos senderos. Marcelle Leflair constituía como el hada protectora, que a veces,

mirándolos tan crecidos ya, experimentaba un aletazo de preocupaciones. ¿No sería posible que un día de tantos salieran de esa agua clara y maravillosa de la inocencia y entraran en el juego del amor? Ella, ahora cincuenta, recordaba el suyo, nunca jamás escanciado, pero aún vivo a pesar de los años, y sabía que el peligro el hermoso peligro acechaba. Y, sin embargo, trataba de alejar de sí la idea para dejarlos hacer, como hasta entonces.

Por lo demás, en la casa ni la madre ni el padre, hombre metido de lleno en sus negocios y poco dado a entrometerse con sus hijos, hubieran conseguido nada de haber intentado levantar un dique a la hija. Concepción era muy persona, a despecho de su corta edad. Vestida con pantalones, se veía ya, sin embargo, que su femineidad empezaba a manifestarse ubérrima en su pecho adolescente. Y se mandaba sola. Le incomodaba que otros tuvieran que enseñarle lo que debía hacer. El animalito llevaba muy bien puestas sus alas y se servía de ellas para volar. No se amoldaba sino con disgusto a la palabra obediencia como no fuera en relación con sus propios impulsos. Solamente a la tía le guardaba consideraciones, procurando no herirla. Los demás, aunque le eran queridos, no significaban obstáculos en su corazón. Daba un beso al papá, otro a la mamá, buscaba a Martín para que le ensillara la bestia, y hasta la tarde no volvían a saber de ella, que se iba a recorrer la hacienda o hasta las propiedades colindantes en pos de ejercicio y de un dejar hacer interior que le encantaba.

Mon Dieu, mi hermana Marcelle me la ha educado muy mal se quejaba la madre algunas veces. Yo lo hubiera hecho de otra manera.

Pero lo cierto es que todos sentían adoración por la mozuela. A su alrededor se respiraba un aroma de frescura y despreocupación que contagiaba.

Junto a ella, con todo y sus arrestos de macho en cierne, Martín desmerecía, por algo que surgía del hecho de que Conchita, siendo mujer, se hacía respetar como si fuera un hombre. El muchacho mismo lo sentía. Quizá por eso se empeñaba en presentársele mayor de lo que era y abonarse con las historias de ñor Remigio. Qué desazón le daba comprender que a medida que se tornaba menos niña se le iba haciendo menos crédula y hasta se sonreía con un mohín burlón cuando, por ejemplo, él se ufana:

¿Viste cómo está el río de crecido hoy? Pues así, o más crecido todavía, lo atravesaban papá y tío Remigio arreando ganado en los tiempos de Laureano Castro, porque no podían pasar por sus tierras.

¿Así de crecido, decís, Martín? Pero ¿no ves que es imposible? Tal como está arrastra hasta las piedras, no seas exagerado.

Bueno tartamudeaba él , no tanto, un poquito menos, pero, bueno, en todo caso crecido.

Y ella se carcajeaba mortificándolo. Por su parte él, que ya se internaba en los albores de la juventud, tampoco creía a la sazón en sus propias invenciones. Por entonces ya había regresado su padre y su trato lo había aturcido mucho. Y Remigio comenzaba a intrigarle de otra manera y a saberle amargo. Ahora principiaba a entender de modo más real y hondo que antes de su fácil felicidad actual habían existido otros hombres y otros tiempos de los cuales quedaban, árboles arrancados, con las doloridas raíces crispadas al viento, su madre, su tata y el tío abuelo. Empezaba a ser partícipe de aquel pesado agobio que de ellos emanaba. Y, ahora con más seriedad, le decía a Concepción:

¿Sabés, Conchita, lo que hay de cierto en todo lo que cuenta Tío Remigio?

¿Qué, Martín?

Pues que los que hicieron esto hace muchos años fueron tata Espiritu Santo y otros hombres como él. Pero más adelante vino un mal tipo, Ambrosio Castro, y luego su hijo Laureano, y acabaron con ellos, que eran más débiles. Papá mató al segundo Castro para defender a mamá, y por salvarlo a él de la cárcel, aunque inútilmente, les vendieron a ustedes lo que les quedaba, por cierto a un precio malo... Hoy los Vegas no tenemos nada.

Y la niña se sentía muy incómoda y consternada, tal como si fuera la culpable de todo, y no hallaba qué contestar. Por último, volviéndose muy resueltamente hacía él le respondía:

Cuando seamos grandes entre vos y yo lo arreglaremos. Mi tía Marcelle dice que hay que dar a cada uno lo que le pertenece, y si eso es así, si ustedes fueron (ustedes, para ella, era Martín) los dueños de esto, habrá que devolverles por lo menos una buena parte.

Después, a medida que se iban queriendo sin percatarse de ello, Concepción le decía que la hacienda, en su corazón, también era propiedad de él.

Y Martín atrapaba cocuyos y se los llevaba en cajitas hechas con cabos de caña de azúcar, y así la niña tenía montones de lucecillas que por la noche soltaba para que revolotearan por la casa.

Mas la juventud, por lo mismo que les abría la región hasta entonces inexplorada del amor, los separaba. Ya no se los veía tan a menudo juntos. Un

cierto recelo que venía de la tía Marcelle y se apoderaba de ellos también los obligaba a respetarse en otra forma y a considerarse personas distintas, que, no obstante, seguían mirándose interiormente la una a la otra dondequiera que estuviesen.

El muchacho, que hasta ahora no había pensado en trabajar, fue comprendiendo que ya no podía seguir viviendo del aire; le pidió quehacer a don Fausto, el padre de Concepción, y este, que le tenía simpatía, lo nombró encargado de la caballeriza. Martín se sintió importante porque ya se ganaba el sustento con sus manos y contento de trabajar en algo que tanto le agradaba.

Nadie, a excepción de la señorita Leflair, sospechaba que entre el hijo de la cocinera y la última de los González pudiera haber sino una amistad que, se veía ostensiblemente, se iba enfriando conforme Vega se hacía un zagalón y ella una señorita.

Pero existía el palacio encantado. Fue por aquella colina boscosa donde una tarde, andando Martín tras de una yegua, se encontró con Concepción, que venía cabalgando. Se besaron, esa vez. Martín montó luego en su animal y, acompañándola un rato, regresó al centro de la hacienda.

El pecho le quería reventar de alegría.

Y el pedrón, tan familiar a ellos y querido de sus corazones, seguía atrayéndolos. Días después volvieron a encontrarse en sus vecindades. Quisieron visitarlo de nuevo por ver si todavía estaban sobre el hojarascal de la grieta los huevos de gavilán que la última vez habían visto, y no encontraron nada, sino que allí se hallaban ellos, y se buscaban y algo los arrebataba el uno hacia la otra y los entrelazaba finalmente sobre la húmeda tierra.

Allí culminó la obra que había empezado Marcelle Leflair.

XIV



Aún le huele a musgo, ve verdetiernos, verdeoscuros, verdegrises, verdegrillos, gris de piedra y pardo húmedo de orugas, de hojas, bejucos y tierra. Aún siente su mano crispada en la nuca, sus piernas como raíces a él entretejidas, y oye su respiración, besa sus mejillas rojas e incandescentes, lo miran sus ojos entrecerrados. Ahora, zarandeado por su vida de proletario, recuerda que él de diecisiete años y ella de quince estaban como embrujados, y se estremece de placer que es al mismo tiempo amargura y despecho. No logra dormirse. Las horas van cayendo en la noche, copiosa de susurros, cuyeos, ranas y lejanos ladridos, exactamente lo mismo que en aquel otro tiempo. Es un placentero suplicio recordar. Un extraño deseo de herirse bañándose en su otrora encantada existencia puede más que él, aunque le deje en la lengua un sabor acérrimo.

Y fue que meses después el sol se puso para el último de los Vegas y vino la oscurecida. ¿Se habían dado cuenta en la casa, o la señorita Leflair, percatándose de lo que estaba aconteciendo, buscó la manera de arreglar la situación sin contar la verdad al señor González, de modo que todo quedara en su secreto? O... ¿partió la iniciativa de la propia Concepción, que por ventura hubiera comprendido lo absurdo de sus relaciones con un mozo de cuadra?

Nunca lo averiguó. ¿A qué, por lo demás, conocer los detalles? El hecho en sí lo enfrentó de lleno con la dura realidad de su condición de muchacho nacido en familia pobre y sin lustre.

Se lo dijeron en la tarde, cuando fue a llevar a la muchacha una mata de exuberantes guarías de Turrialba que había encontrado la víspera:

La señorita Concepción se fue esta mañana a la capital con Marcelle.

Y él, ingenuamente, solo atinó a pensar: qué extraño que no me hubiera dicho nada. Antier, cuando volvimos a la piedra, pudo haberme contado que tenían viaje al interior. ¿Sería algo intempestivo? Cuando regrese se lo preguntaré.

Y estuvo cuidando la mata de guarías pensando que, a su retorno, Conchita se pondría feliz con ella. Pero pasaban los días, las flores se agostaron, y ella no regresaba. Su desconcierto aumentaba: la falta que le hacía iba creciendo, agravada por la total ausencia de noticias suyas.

Por fin, conoció la verdad inopinadamente: se había ido a Europa con su tía Marcelle, a ingresar en un colegio. Así lo había escuchado en la casa su madre, que se lo contó. Esta, desde luego, ignoraba lo estrechamente vinculados que habían estado.

No lo quería creer: se le hacía insoportable. Y por un tiempo estuvo consolándose con la ilusión de que, mañana mismo, de súbito, reaparecería por allí. Que se hallara en Francia se le volvía tan abismático, tan remotamente inimaginable. ¿Era que aquel país estaba en alguna parte formando una porción del mundo? ¿Cómo podía ser que el corazón de Conchita, el mismo sobre el que tantas veces había puesto su mano para escucharle sus golpes amables, estuviera al otro lado del océano? Y se despeñaba por los caminos del sueño. Mas qué diferente sueño el de ahora, lleno de amargor y dureza.

Lentamente fue comprendiendo. Había estado existiendo en un mundo ilusorio. Le habían venido engañando su vida en la casa de los propietarios. Ahora principiaba a vivir su propia realidad. Y, entonces, paso a paso, fue también penetrándole más la pesadumbre de su tío Remigio y sintiendo simpatía por el imponente silencio de estururú en que habitualmente se envolvía su padre.

El pasado, aun cuando con menor carnalidad que en sus parientes, pero si se quiere con mayor fuerza, porque se nutría de lo imaginario, se dio a tener citas con él para llenarlo de añorantes ensoñaciones y de rencor.

Se fue a vivir con Remigio, quien noche tras noche volvía con sus historias, y Martín las oía con nueva y diferente devoción, viendo en sí mismo la continuación de todo aquello y alimentando su alma. Después de haberse sentido tirado al canasto de la basura como un desecho por los González Leflair, escuchaba la voz poderosa de su verdadera familia, y el apellido Vega y el otro que llevaba bajo este, el Villalta, iban adquiriendo un valor renovado y más vivo. Ya no como a sombras solamente, sino como a hombres, quiso

entonces a sus abuelos. Mientras conversaba con el viejo tío, le preguntaba a veces:

—Ñor Remigio, ¿cómo era la cara de tata Espíritu Santo?

Y el viejo trataba de describírsela. Después, oyendo que el sobrino quería saber cómo había sido Dolores, doña Susana o cualquier otro de los sumergidos en los años, se esforzaba con placer que le nacía de su propio somormujamiento en el pasado, por revivírselo todo; y entonces:

¡Cómo me hubiera gustado estar en medio de ellos! -exclamaba el muchacho. ¡Debe de haber sido esa una vida tan diferente a esta de ahora!

Y así daba pie al viejo para echarse por la planicie de sus remembranzas explayándose horas en ella, entre puro y puro. Revuelta con su tristeza se le notaba una diminuta lumbre, tal como si él tuviera la esperanza situada no cual los demás, adelante, sino hacia atrás, hacia atrás. En ocasiones decía:

Martín, ¿sabés una cosa? Yo debería morirme. Es más, creo que yo lo quiero de veras. Si no fuera que lo prohíbe Dios en la de menos hace tiempo que me hubiera dado un buen machetazo en el pescuezo.

Pero tío Remigio, ¿cómo puede decir tal barbaridad?

Es que sonreía acongojado, idiay, yo quisiera volver a estar con tata y mama Dolores, con todos ellos, con Martín, tu abuelo, viéndolo traer amarrado al albardón de su caballo un cuero de lagarto, siempre tan hombre y... como tan solo. Ah, ¿y su mujer? Pensaba unas cosas, vieras. Tata Espíritu Santo siempre estaba diciendo que la vida había que trabajarla duro y dejar las diversiones para cuando se pudiera. Esto lo decía para criticar a mano Fermín, el segundo de nosotros, que se fue de la casa y no volvió. En cambio, había que oírla a ella, todo lo contrario. Cuando se iba a pintar unos cuadros muy de bien ver que hacía, yo me le sentaba al lado y se ponía a hablar: Remigio, hay que saber una cosa; la vida debe adornarse con pinturas y canciones. Ustedes son callados y como tristonos, pero vos, que sos un muchachito apenas, no debés hacerte así. Aprendé a tocar un instrumento. Sean como Dolores y como yo; pinten y canten; hay que trabajar, sí, pero hay primero que aprender a reír y alegrarse la vida... Porque ¿qué sería de nosotros si no hubiera flores...? Sí, eso decía, y creo que tenía su razón. Yo, por seguir su consejo, aprendí a tocar guitarra y a cantar. Pero ¿para qué me sirvió, decime, para qué? Es que yo creo que un pobre no puede alegrarse. ¿Para qué nos sirven las flores como no sea para adornar nuestro ataúd? ¿Para

qué las guitarras? Pero en aquellos tiempos, ah, sí que se podía uno poner como de fiestas, de verdad, oyendo el aserradero cantar y a tata Espíritu Santo dirigir la voltea de palos que iban luego para la sierra... Sí, entonces la vida sí que valía la pena... Qué bien sacaban mi mama, doña Susana y Magdalena, acompañándose, esa canción que dice:

Costa Rica, mi patria querida,

vergel bello de aromas y flores

cuyo suelo de verdes colores

densos ramos de flores vertió...

La entonaba, pero se interrumpía, como si se le quebrara en la garganta.

No, ya no me suena igual, ya no es la misma.

Y sus palabras impresionaban ingratamente al sobrino; lo situaban de filo ante la cruda verdad de su condición, antes irrevelada mientras vivió en la casa de los González. Tanta riqueza de algunos frente a la miseria de tantos otros, resultaba desconcertante, lo aturdí, más aún cuando escuchaba a Remigio monologar de esta manera: qué remedio hay, lo que es, es, y se acabó. Uno no tiene más que vivir para morir, así es, uno no tiene más que eso.

Parecía cierto. Para qué existían, si no, las familias en la hacienda. Apenas si comían, se medio abrigaban y, luego, allí estaba el cementerio contándoles a todos la escueta finalidad, acabarse.

Como si ñor Remigio hubiera estado presente aquella remota vez cuando su padre le dijo a Benigno Mena: Pero mano, se vive para vivir, exclamaba.

En cambio, tata y los otros compañeros, qué diferente. Esos sí que vivían, en verdad. Tenían algo por delante; se les abría la montaña; volaban hacha en lo propio. Y había que verlos trabajando más, mucho más que cualquiera de los hombres de la actualidad. Eran empunchados. No bebían guaro para ahuyentar los malos pensamientos, sino para gozar, para elevarse por las nubes. Había que haber estado con ellos cuando bebían. No como yo, no, qué va a ser.

Y dejaba caer la cabeza o se ponía a dibujar en el suelo garabatos con su dedo, ensimismado, para en seguida continuar:

Ellos, a según yo, no se han muerto de veras; ellos están aquí. Algunas veces me voy a los pastizales o al lugar donde quedaba el aserradero y me estoy como viéndolos y como hablándoles, porque algo me dice que todavía andan por estos lados. Esta tierra la hicieron esos hombres, tata y los demás. Todavía me parece estarlos viendo destorsalar el ganado o volar hacha en la faja que voltearon para impedir que don Ambrosio los cercara... No, el tiempo para algunos no pasa.

A Martín se le antojaba tan extraño. ¿Era posible que en realidad sus antepasados erraran por ahí? Él no lograba imaginárselo. Y sentía lástima de mirarlo cuando dormía sus tranquilas borracheras bajo los árboles, castigado quizá por la cilampa. Entonces se lo echaba a la espalda y lo venía a depositar en la covacha donde ambos a la sazón vivían. Se iba estrechando entre los dos una amistad que era, mejor que entre sus personas, entre el espíritu del pasado y el del presente. Y así como el pasado embestía y deseaba crucificar a Martín, él, el presente, se esforzaba por adentrarse en el viejo para darle alegría. Sí, fueron como padre e hijo de lo mucho que se trataban y querían, solo que un tata lleno de otros padres y abuelos, y un hijo donde Remigio sentía al último vástago de su propia gente y donde deseaba por eso descargar su tristeza. Martín, porque lo deseaba, aunque más aún por encontrar alguna cosa que divirtiera al viejo, le pedía que le enseñara a tocar guitarra.

¿Para qué rayos querés aprender?

Pues, caray, para poder alegrarme, como aconsejaba doña Susana.

¿Para eso? No jodás, no vale la pena, muchacho.

Pues claro que sí... Además, cualquier día me sirve para ganarme la vida.

Y al fin consiguió que sus dedos, torpes y arrugados, comenzaran a rehabilitarse en las cuerdas de la añosa guitarra que tenía guardada y que poco después lo sentara a su lado para impartirle las primeras iletradas lecciones. Tenía sus dificultades, qué se va a creer. No resultaba tan fácil como a primera vista parecía sacarles acordes a esos demonios de cuerdas que no querían entenderse entre sí, pero paso a paso y a fuerza de hacer muecas como si quisiera conseguir con estas lo que no con las manos, algo iba adelantando. Por lo menos, lo alentaba el tío abuelo, tenía buen oído. Con unos meses de entrenamiento se podía acompañar ya canciones sencillas, siempre que no tuviera que saltar de un tono a otro, porque estos cambios necesitaban más experiencia. Y el viejo se reía, olvidándose de todo.

Qué suerte para él haberse encontrado en sus últimos años con Martín, que no bien pasaban los meses, con todo y sentirse golpeado por la forma brutal en que lo habían separado de Concepción, pudo ir recuperando su buen humor conforme digería la realidad. Esto era una fortuna para el anciano, a quien casi que se le contagiaba su espíritu alegre. El muchacho continuó de caballero. Los caballos lo atraían y el andar amansando potros chúcaros, antes que significarle un esfuerzo mal remunerado, le resultaba diaria diversión en medio de la que se sentía muy a sus anchas.

Concepción se le convertía poco a poco más bien en un recuerdo agridulce. A medida que comprendía con claridad lo insostenible que había sido su amor, experimentaba disgusto para consigo mismo y una especie de rencor sordo para con los González Leflair. Ellos, sin habérselo propuesto, le habían creado un ambiente mentiroso, alejado por completo de su propia identidad social, y luego, cuando la vida lo echó en brazos de su amiga de siempre, lo patearon y vapulearon. Ni siquiera le reclamaron nada, y esto era, si se quiere, lo peor; como si no hubiera significado más que una cosa lamentable atravesada en el camino de la señorita, de quien había urgido apartarla, pero sin meterse con la cosa, porque la cosa no valía nada y, además, existía el peligro de un escándalo. ¡Santo Dios, un escándalo con un pobretón campesino, hijo de cocinera! Bien merecido se lo tenía se recriminaba por ingenuo.

Y a pesar de todo, dos personas continuaban en él como verdades intocables: Concha y la señorita Marcelle. Porque la primera le había sido tan querida que no podía ensombrecerla con un pensamiento hostil, y la segunda, estaba seguro, en todo aquello no había sido sino una víctima más. Él ignoraba todo lo que pudiera haber acontecido dentro de la casa a raíz de aquellos amores, pero no podía aceptar que la tía hubiera tomado un partido contrario al suyo. La prueba era que a ella también la habían echado, despachándola para su país natal, donde no le quedaban parientes cercanos. Sí, la Leflair había debido purgar el haber sido tan asidua de Martín, mozo de cuadra. Le agradecía también que hubiera creado en su ánimo, y ya para siempre, una disposición que tendía a rebuscar en su alrededor motivos con los cuales sentirse contento, grabándosela con el cincel de su sonrisa y su afán por rodearse de abejas, aves y dibujos de colores. Él no podía menos que pensar cuánto se parecían, a despecho del tiempo, aquella Susana de Remigio, tenue y atormentada de la muerte, y esta Marcelle de su infancia, vital y saludable, con todo y sus matices tan distintos.

Mas, ¿a qué conducía acongojarse con su recuerdo, unido al que más le dolía, el de Concha? Sentía aversión por el sufrimiento. Lo tenía tan cerca en

su tío abuelo y en su oscuro padre. Y, no obstante, el sufrimiento pugnaba por aproximársele y rondarlo como aquella vieja hacienda a las antiguas abras... La piedra del ensueño, la partida de Concepción, las historias de Remigio, el mutismo de Marcelino, su propio convencimiento de que no era sino un jornalero, se aliaban en su contra. Pero Martín forcejeaba con todo eso y salía, bien que mal, victorioso. Estaba la guitarra; estaba la yegua azuleja, que había amaestrado hasta hacerla arrodillarse para montarla; estaban Juan, Manuel, Mariano, Amancio, Tomás y tantos otros con quienes irse el domingo a pescar o cazar tepezcuintles.

Le decía al anciano:

Pero no, tío Remigio, no se ponga usted así. No beba tanto guaro, que se va a matar. No vale la pena. Si otros tienen tierra o dinero o diversiones, nosotros tenemos otras cosas. Vea usted por ejemplo: yo sé leer y me he conseguido algunos libros. Ahora leo un periódico muy interesante, y nadie puede impedírmelo. Estoy aprendiendo mucho. Tengo todo el río a mi disposición para bañarme cuando me dé la gana. Mire, ¿quién nos puede borrar esas montañas tan azules? Los yigüirros también trinan para usted y para mí, tío. Y usted tiene su guitarra, cante, aunque ya no le suene la voz; haga lo que le pedía hace tantos años su doña Susana.

Ah, mi hijito le respondía el viejo, qué fácil decirlo.

Pero si usted mismo afirma que todo esto no tiene remedio, que es el destino de cada cual ser como es. Entonces, ¿por qué lamentarse? Muy bien que hable de tata Espíritu Santo, de mama Dolores, de Martín Villalta. Eso está bueno. Pero, si ellos vivieran, no estarían contentos viéndolo tan amohinado por su causa.

Empero, Remigio era ya un cascarón demasiado tieso e irreductible. No bien le hablaba así terminaba echándose a llorar sordamente, y entonces su agobio se filtraba en el corazón del sobrino, que ya no podía seguir sintiéndose el mismo despreocupado muchacho y exclamaba para sus adentros: Diantre, algo hay aquí que yo no entiendo. ¿No dice él acaso que esto no lo cura nadie... que es... la voluntad de Dios? Y le sonaban sus pensamientos vacíos, como si detrás de ellos la cara risueña de Martín Villalta le hiciera un guiño y le dijera: Nieto, desconfíe. Y era que por entonces de veras Martín se había convertido en asiduo lector de un periódico que llegaba de algún modo a la hacienda, escrito por trabajadores. Por su medio se vino dando cuenta de que había muchos obreros que luchaban por lo que llamaban sus derechos. Ah caray, era bueno saberlo. Ya la señorita Leflair le había dicho una vez,

a propósito de una pregunta que él le hizo sobre cierto pasaje de un libro de historia que ella le había prestado: recuerde, Martín, que todos los seres humanos deben ser realmente iguales en oportunidades y en derechos. Con el tiempo llegará de algún modo a conseguirse. Muchos hombres han luchado y siguen luchando por esto, pero aún faltan más Bastillas que derribar. A saber si ella se refería a trabajadores y a periódicos así. ¿Quién se lo podría decir?

Más de tres años hacía de la partida de Concepción y la señorita Lefair cuando una mañana, viendo Martín que ñor Remigio no se levantaba de su camastrón, lo vino a despertar y se dio cuenta de que estaba muerto.

Lo lloró mucho. Durante su entierro, todavía se le podían ver humedecidos los ojos.

Y entonces pensó que su tío abuelo no había vivido para morir, como él creía. Había sembrado. Martín miró su corazón y vio que el viejo le había dejado esculpidos nombres, hechos, dolores, pero que él y el tiempo nuevo interpretaba a su manera. Las abras, los sueños de ñor Espíritu Santo y su mujer, los lagartos de Villalta, su propio atarrá. Todo eso tenía un sentido. Era historia, como historia habían sido Ambrosio y Laureano Castro. Sí, era como para ponerse a meditar. Él, último Vega, no había estado con los antepasados, pero este anciano que ahora regresaba a la tierra lo había cogido sin saberlo y, poniéndolo de cara a los años hundidos en el tiempo, le había estado gritando: mirálos, Martín, todos ustedes son hijos de ellos, hijos de ñor Vega, el hombre que lloró un día, de viejo, sobre el ataúd de su propia tierra. Todos, no solo vos, sino los otros que a tu lado trabajan... ¿Quién no tuvo un abuelo que, alguna vez, fue dueño de su vida y de sus propias cosas?

Miró después la hacienda. Le pareció un monstruo extenso y vacío. Allí nadie, con excepción tal vez de los propietarios, sabía para qué estaba viviendo. Para rezar, quizá. Para llorar, probablemente. Para morir, con seguridad. No, eso no debía ser.

Y sintió deseos de irse. ¿Acaso le pertenecía la yegua azuleja, uno de tantos animales de la hacienda? Lo único suyo era la guitarra de ñor Remigio. Con ella bajo el brazo una soleada mañana se montó en el tren.

No lo hizo sin cierta amargura. ¡Quedaban allí su buena madre (Adiós, mamá... No deje de escribirme, hijito, pórtese bien), su extraño padre y tantos recuerdos! Pero, al mismo tiempo sentía en el ánimo una cálida emoción desconocida hasta entonces para él: quería vagabundear, como su abuelo,

ir por ahí, al desgaire, para huir, para librarse de algo que, si se quedaba, terminaría por sitiario y vencerlo.

Era necesario no perder la alegría, el optimismo, el deseo de vivir para vivir.

¿Qué fue después? ¿A dónde se dirigió?

De amansador de caballos, de peón caminero, de ayudante de albañil, de aprendiz de zapatero, de vagabundo de caminos, dondequiera, ha buscado a los innumerables bisnietos de ñor Vega, los ha oído, él les ha enseñado, a su modo, y ellos también. Lo han encarcelado algunas veces. Sabe de reuniones, desfiles, choques con los enemigos y grandes y fervorosos abrazos con los amigos. Qué agradable es tener algo donde hallar el sentido de la existencia.

Ha leído más, ha escuchado muchas conferencias, muchos discursos. Ha tomado parte en discusiones y asambleas. Cuando lo llaman compañero Martín, camarada Vega, se siente cálidamente satisfecho, orgulloso y hasta enternecido, casi tanto como cuando su madre le cantaba de pequeño para que se durmiera confiadamente. Aunque ya no esté la madre, ahora también confía.

Y se duerme pensándolo.

XV



Es ya aproximadamente la una de la madrugada. Unos pasos lentos suben por las gradas de la escalerilla que lleva a la vivienda. Es Marabú, que viene a refugiarse en su cueva.

A lo lejos, en una hacienda que limita con la de los González, hace rato un cañaveral arde.

Caminando a tientas el hombre se acerca pesadamente a la mesita de la cocina, registra con sus largas manos entre los objetos que allí están y por fin halla la candela. Saca fósforos y con visible nerviosidad la enciende. Sus manos, de tan acostumbradas a dirigir sus movimientos sin la ayuda eficaz de los ojos, parecen dos seres vivientes que actúan con independencia y cerebro propio, ratones que hurgan y corren por su cuenta.

En seguida, andando con su modo peculiarmente agachado, entra en el cuarto donde duerme Martín Vega y se sienta en la cama. Como es tan miope no lo ve. La frente angosta le brilla lúgubrementemente a la luz de la candela, que sostiene en su mano; respira tumultuosamente y da la sensación de encontrarse muy atribulado. Poco después se arranca con un violento movimiento los anteojos y, cogiendo la candela, se la acerca a la cara hasta casi quemarse la nariz. Sus extraviados ojos, de un castaño apagado y turbio, se dirigen alocadamente hacia la llama, que retira y aproxima como examinándola a diferentes distancias. Y estando en eso exclama con voz dolorida:

¡Ya casi es el final! Solo el fuego distingo bastante bien. Lo demás es solo sombra, nube.

Y dejando la candela a un lado baja su cabeza y la anida en las palmas de sus manos, sudorosas y crispadas. Solloza. Luego continúa:

Pero... ¡lo he hecho! He podido ver el incendio correr y devorar. Todavía mis ojos servían para algo.

A pesar de ser corrientemente tartamudo ahora no tartamudea. Habla como al galope, pero en frases inteligibles.

Si lo llegaran a saber iría a la cárcel, pero, ¿qué? La cárcel. Mejor, tal vez. Allí estaría acompañado... Antes, eso sí, hablaría... ¡Tengo tanto que decir! Las gentes se han acostumbrado a verme callado y creen que no tengo nada que poderles contar, pero... es que se me ha hecho siempre tan difícil poder expresarme, como si entre los demás y yo se interpusiera una alambrada... Y ahora Cándido Perdomo ya no habla en voz alta. Permanece sentado y sigue conversando consigo mismo. Él es dado a monologar largo y tendido-. Les diré que soy un infeliz roedor de miserias. Mis ojos no me dejan otra cosa. Me los señalaré ante los jueces y agregaré: debió llamarse madre y sintió horror de serlo lo tiró por la noche en la puerta de un orfanatorio para que manos de caridad lo recogieran; por eso, aunque me llaman Cándido Perdomo, no hay nadie que pueda decir por qué. Un nombre como cualquier otro. Mi infancia, señores, podría resumirse en el golpe frío y retumbante de un portalón grueso, pesado, que se abría y cerraba pocas veces al día y cuyo chirriar se me entraba hasta las entrañas llenándome de una orfandad que todos los demás niños que conmigo vivían debieron de sentirlo a su vez se hallaba pegada de aquella puerta. ¡Y las paredes, y la humedad, y el rostro ceñudo que quería ser maternal de las religiosas que nos educaban! Nos sacaban los domingos enfilados como animalitos unos detrás de otros. Uno miraba a los niños que iban de la mano de sus parientes o caminaban solos y no podía imaginárselos de la misma carne y del mismo hueso que uno. Yo los consideraba como a personas de otros mundos; se veían alegres. Nosotros, es cierto, reíamos a veces. ¿Quién nos podía negar el derecho a la risa? Pero creo que la nuestra se engañaba a sí misma, porque, por lo menos a mí me sucedía, nunca conocimos nada que fuera digno de celebrarse riendo. Nosotros teníamos la vida pendiente del portalón. El portalón era como todos nosotros. Había en el dormitorio donde dormíamos unos junto a otros, un ojo de buey que daba a la calle. A veces, por las noches, yo me levantaba y, despertando a otros dos huérfanos, entre los tres nos ayudábamos a subir y mirar por allí hacia la tierra y el cielo, a pesar de que tiritábamos de frío. Así se nos pasaban horas, y si nos descubrían nos encerraban en un sótano sombrío y húmedo que nos aterraba, donde uno no podía verse ni las manos y nos tenían a pan y agua... Había una hermana diferente. Parecía siempre tan triste, tan desolada. Era una de las pocas en quienes nosotros sentíamos de verdad cariño, tanto que ahora lo comprendo, pero entonces a mí se me

hacía en la cabeza un arremolinado mar de asombros me besaba a escondidas, temblando y acariciándome con sus manos finas, blancas, minuciosas. A mí se me antojaba que la señora, quien entonces tendría apenas unos veintitantos años era el mismo Satanás. Porque... no ignorarán ustedes que nos hablaban del demonio con demasiada frecuencia. Es así como mi vida, a pesar de mí mismo y de que ahora yo no creo en eso, está llena de infierno y de demonios. No puedo dormir tranquilo si no hay personas cerca de mí. El infierno me persigue. Me persigue la religiosa. Así me sucedía años después, cuando estudiaba en un seminario. Fui un mayorista angustiado. Mi juventud puede resumirse en dos palabras: Dios y la hermana. Rezaba y meditaba en las cosas divinas como un poseso... y sin embargo me encontraba con su rostro angelical y afligido en todos los rincones donde mi vista quería huir de ella. Yo creía que personificaba a Belcebú y luchaba por rechazarla de mí, y no obstante ahora lo sé muy bien, Belcebú me atraía, era yo mismo quien no deseaba desprenderme de ella, que en la infancia fría del orfanatorio había sido la única nota humana. Sí, fueron años desapacibles. Los compañeros ya me apodaban Marabú y se reían de mí mofándose de que jamás podría ser un buen predicador, por mi lengua trabada. No lo pude resistir. Su rostro me obsesionaba. En unas vacaciones, estando de visita en la casa cural de un pueblecillo de Caldas, tomé la decisión de ir a buscarla, tan solo para, me lo imagino así todavía, librarme de ella viéndola, una vez más. No había nada de extraordinario en que un mayorista, antiguo pupilo del establecimiento, viniera a visitar a sus preceptoras de otro tiempo. Interiormente le pedía perdón a Dios por mi acto, que sabía opuesto a sus mandamientos, y vine, golpeé la campanilla del portalón. Todavía recuerdo el estremecimiento que sentí cuando este giró sobre sus goznes crujiendo con el ruido que yo tan bien recordaba. Pero sor Eduvigis no estaba allí ya. Con mucho embarazo la madre superiora me contó que horror, pecado había colgado los hábitos dos años antes. Fue demasiado para mí. Aquello logró cortar el hilo que me ataba a mi existencia eclesiástica. Ustedes tal vez se sorprenderán oyéndome decir que de un día para otro pasé del estado de ánimo más fervoroso y contemplativo al más despreocupado de Dios que pueda imaginarse, pero así fue. Años más tarde, cuando ya los médicos me habían diagnosticado una miopía galopante, pero aún veía con relativa claridad, de improviso me la encontré en la calle, del brazo de un hombre, hallándome en Antioquia. Tuve que sentarme en el borde de la acera, porque creí que no podría sostenerme en pie. No volví después jamás a verla, y, sin embargo, todavía la llevo en mis ojos, que ven muy bien hacia adentro y la contemplan. Mi vida desde entonces se sintetiza en dos sufrimientos: el recuerdo de la monja, y mi miopía. He vagado, viajando de aquí para allá. La gente cree que soy hombre peligroso y taimado, pero mi único delito es ser feo y tartamudo y estar condenado a la ceguera. El único oficio que

me gustó fue el de marinero. Vive uno en una constante búsqueda y una perenne huida al propio tiempo. Mas, ¿se concibe a un trabajador del mar que no pueda ver bien? Me echaron cuando me puse inútil y desde entonces vivo pendiente de mis pupilas mirando cómo se desvanecen y estrechado en un círculo de oscuridad que me sobresalta. ¿Tiene entonces importancia que haya incendiado un sembrado de cochina caña?

Y Cándido Perdomo dobla su cuerpo y luego se tiende en el camión hasta la mañana siguiente.

Es grande la sorpresa de Martín cuando temprano del otro día se despierta y ve que frente a él, de pie, se halla Marabú haciendo esfuerzos por distinguirlo a través de sus lentes. Y ¡él que creía estar en la covacha de su padre! Todavía medio aturdido por el sueño se incorpora y balbucea una explicación. Por toda respuesta el hombre miope lo mira de un modo extraño y muy incómodo y lentamente lo señala con su puntiagudo dedo mientras tartamudea:

-¡U u usted lol lol lo sabe! ¿U u u usted me o o o oyó anoche!

Vega, que ha dormido como un tronco, se desconcierta ante aquella manera tan poco usual de reclamar a otra persona el haber dormido sin permiso en la habitación propia y no halla qué contestar. El otro, agitadamente, prosigue:

Mmmmmaldita co co co costumbre la la mía de habllll de hablar en vovovoz alta.

Y gesticula en forma inexplicable. Martín lo interrumpe:

No sé de qué habla usted. Sencillamente he pasado la noche aquí por una equivocación. Creí que se trataba de la casa de Marcelino Vega, mi papá.

Pepero por fffavor suplica Marabú, nollll lo cuente, nno no me descubra.

Este hombre está loco piensa Martín. ¿Qué demonios me quiere decir? No entiendo nada.

Y siempre tartamudeando el miope vuelve a decir:

Lo hice sin querer. ¿No comprende que ya casi no puedo distinguir...?

Muy bien, bueno, sí atina a responderle, pero déjese de cosas. Mejor será que no hable más del asunto -agrega sin imaginarse para nada de cuál asunto

se trata. Mire, amigo, yo sencillamente quería pasar la noche y eso es lo que he hecho, nada más.

Y Marabú entonces se queda como clavado en un solo lugar. Vega lo mira con disimulo, receloso de tener que hacer frente a una situación que le resulta absurda. En eso el colombiano tartajea:

Sí, sí, comprendo muy bien. Lo que pasa es que usted es un buen hombre. No quiere perjudicarme. ¡Cuánto se lo agradezco!

Bueno, definitivamente este extraño pajarraco no anda bien de la cabeza. En qué horas se me ocurrió venir a caer en su casa.

Ahora dice Martín, puesto que ya está todo explicado, creo que debo irme. Me llamo Martín Vega, a sus órdenes.

Perdomo hace un gesto de consternación que en su alargado rostro cristaliza como una mueca, y piensa: como lo sabe, será mejor retenerlo aquí, cultivarlo, cuidarlo. Pero ¿de qué modo se lo digo? Maldito tartamudeo, maldito miedo de expresarme a los demás...

Mire usted balbucea penosamente. Tal vez, si no tiene inconveniente... Bueno, es que ... Esta es mi casa... Y la suya, si así lo quiere usted... Me llamo... Cándido Perdomo, para servirle. Sucede que tal vez, o ¿me equivoco?, usted no ha encontrado, ¿cómo se lo dijera?, una casa donde vivir. ¿No es usted el que llegó ayer?

Sí, el mismo. Antes había vivido y trabajado aquí. Soy nacido en esta hacienda.

Ah, entonces mejor.

Y al ver que ya Martín se dispone a recoger sus cosas con indudable intención de marcharse, vence su timidez y le dice, tomándolo de un brazo:

Hágame el honor de aceptar mi casa, buen hombre. Mi cama, mis utensilios, mis cosas. Cualquiera de estos días yo puedo irme de aquí, quién lo sabe, y se lo podría dejar todo. Sí, hágame el honnnnnnor.

Y Martín, acongojado por las largas dificultades de Marabú para explicarse, se conmueve y acepta:

Si tanto se empeña, bueno, conseguiré una cama con algún vecino. No lo molestaré gran cosa.

Fabián Dobles Rodríguez 

Poco después, sin decirle nada más, como si la conversación lo hubiera agotado por completo, Cándido le sirve café en una taza, sobre la mesa de la cocina, y se va.

Bicho raro piensa Martín, pero creo que no será problema convivir con él. Preferiría no haberle aceptado el favor, pero hubiera sido grosero rechazarlo. En fin, ya veremos.

XVI



Inusitado revuelo se levanta en la hacienda con la noticia del incendio de la noche anterior en los cañaverales de los Ramírez, colindantes de los González. Corren distintas versiones sobre su origen. En las casas de los hacendados se repiten, palabras más o menos, los mismo comentarios: Es obra de los rojos, destructores de principios y de propiedades. Un diario de la capital escribe: Llama la atención el hecho, por cierto muy significativo, de que el sabotaje haya sucedido al mismo tiempo que un sujeto de apellido Vega, conocido por sus actividades de agitador, ha llegado a la hacienda de los González Leflaír. ¿Coincidencia? ¿Causa y efecto? No podemos saberlo. Sin embargo, se nos informa que los finqueros no solo de esos lugares sino de todo el país están tomando medidas para impedir que hechos vandálicos semejantes, producto de agitadores sin conciencia, se repitan. La indignación es general. Se han perdido muchas hectáreas de caña y si el fuego no pudo hacer más daño se debió a la circunstancia de que por haber llovido en días anteriores las plantaciones no estaban completamente secas y fue posible dominar el empuje de las llamas con la ayuda de los hombres de la hacienda y otras personas que acudieron en la madrugada, apenas se enteraron de lo que acontecía.

Martín se percata de que más de una cara lo mira con sospecha y deplora entre sí que haya sido al día siguiente de su llegada cuando el incendio, casual o intencionado, sucediera. Esmeralda Rojas le cuenta que los hermanos González, quienes a la sazón administran la empresa, han encargado a dos individuos incondicionales suyos de que lo vigilen y los mantengan al tanto de cada uno de sus movimientos. Parece ser que en la casa grande, como se le dice a la de los dueños, se lo considera a él una especie de Judas, que, habiendo crecido en ella y comido de su cocina, se volvió un trastornador de las buenas relaciones entre patronos y obreros. Y oyendo eso sonrío. Está tan acostumbrado a escuchar frases parecidas, que ya no le sorprenden. Es más,

así lo supuso desde que llegó; dio por descontado que chocaría no solo con el recelo proveniente de su calidad de luchador proletario, en general, sino muy especialmente de ser él quien es: Martinillo, hijo de la difunta cocinera, contra el que en la familia González se guarda un secreto odio oriundo de cierto palacio encantado. Y piensa que él, por su parte, no tiene ya rencores personales para con los González. El hecho de haberse criado en su casa no puede borrarse de su memoria. No lo trataron mal: allí pasó muy buenos años. Es verdad que cuando Concepción se fue sintió furia y más de una vez imaginó que los destruía, para vengarse. Estaba tan muchacho. Su mundo había sido Concha González, y le habían robado el mundo. Pero el tiempo aplacó las cosas. No la ha olvidado; todavía experimenta una extraña sensación de amargura, un poco apagada y fría, al recordarla, pero su vida es ahora muy distinta. Le gusta lo que lleva entre manos y no hay lugar en su ánimo, por eso, para odios particulares. Cómo le agradaría que en la casa grande se hallara aún Marcelle Leflair, cuyo pelo se figura que estará ya blanco, para ir a saludarla y hablar otra vez con ella. No, no les guarda rencor. Sería estúpido. Y ellos, claro, lo consideran un renegado. Le hace gracia. ¿Querrían tal vez que siguiera siendo el dócil caballero de otro tiempo? Bueno, es lo que ellos quisieran de todo el mundo, y no los culpa; están situados en campos opuestos y tienen puntos de vista por entero divergentes. Ellos no han cambiado; él sí; no es el mismo Martín, enamorado de Conchita, de los caballos y del río. Por estos conserva gran apego; sigue prefiriendo el campo a las ciudades; todavía sabe domar a su gusto una bestia y manejar el machete de chapeador; le encanta vagabundear por las noches con la guitarra bajo el brazo y las estrellas sobre el mundo. Mas, hace años, al escuchar al tío Remigio divagar de ñor Vega, Dolores y el cazador de lagartos, sentía tristeza por la tierra; la miraba, la olía, amándola y deseándola, y sin embargo le parecía tan lejana de sí. Ya él la sabía ajena y un cierto pesimismo lo invadía. Se iba haciendo cargo de una situación que el fatalismo de su tío le pintaba como irremediable. Por suerte aprendió luego verdades que antes ignoraba y hoy, cuando se sienta a contemplar la tierra, no se le da personalmente que esté sirviendo para hacer malvivir a la gente y llenar en cambio las arcas de los propietarios. Le importa, eso sí, por los demás. Ella le penetra hasta el corazón, aun ajena y maltratada. Y es que en el fondo de sí hay una certeza; ya no repite como el tío abuelo: esto fue de ñor Espíritu Santo. Piensa en cambio: esto alguna vez será de todos nosotros. Y se alegra de ser un campesino.

Lo saca de su ensimismamiento Esmeralda, que le dice:

Bueno, muchacho, déjese de meditaciones. Yo y otros sabemos que no ha venido a quemar cañales, sino a hacernos entender que debemos unirnos.

Y él:

Estaba solamente acordándome de algunas cosillas.

Lo malo es que por ese incendio seguro no le van a dar trabajo.

Con incendio o sin él tenía muy pocas esperanzas de conseguirlo. A nosotros nos detestan en las haciendas. Cuando nos tienen empleados nos echan. Cuando pedimos quehacer nos dan un portazo. Pero de algún modo haré. Tengo compañeros en todo el país. ¿Ve usted mis zapatos, rotos? Cualquiera de estos días me verá con unos nuevos que me habrán de mandar los zapateros de San José.

Sí, pero a pesar de sus zapatos nuevos creo que va a tener que pasar aperturas.

Yo no me preocupo más de la cuenta por los frijoles, qué carajo. Cuando uno ve que hay tanta gente que no tiene con qué comprarlos ya no le importa mucho tener o no el estómago lleno.

Sin embargo, es una necesidad comer, ¿no le parece, Martín?

Claro; pero no se alarme, Esmeralda, cuando se me acaben los colones que traigo se lo diré para que no me siga vendiendo la comida responde, y ríe alegremente.

No, hijo, no se lo decía por eso acude ella, un tanto ofendida.

Lo sé muy bien, era una broma; pero no sería justo, en todo caso, seguir con usted entonces. Por lo demás, ya verá que de algún modo me las arreglo.

Y como ya se anuncia la noche mojada y lloviznosa, Martín se sienta en el corredor de la casa de Esmeralda y comienza a rasguear la guitarra. Poco después se juntan allí otras personas que han llegado huyendo del chubasco a buscar el calor de la música: algunas mujeres y una docena de jornaleros de distintas edades, que fuman y conversan sentados en el suelo, con sus pies en ángulo obtuso y las espaldas recostadas a la pared o a los horcones. Esmeralda reaparece, tarareando: *Tecolote, qué hacés ahí, parado en esa pared... Esperando a mi tecolota, que me traiga de comer.*

Oí, mujer, ¿no tenés por ahí un poco de cususa? -pregunta un cuarentón de bigotes amelcochados.

Queda un algo.

Pues traétele, que aquí te lo pagamos al contado. Hay que calentarse.

Y a poco la botella va pasando en rueda, de boca a boca. Martín apura también su trago, que le escuece como sabrosa lejía en la garganta, y luego sus dedos entretejen acordes aruñando ágiles y diestros como patas de sonora araña. Por lo que un jornalero viejo le dice:

Vega, cantá aquello de *Como soy pobre, como soy pobre, no tengo casa ni tengo amores.*

Y él, continuando: *Como soy pobre, como soy pobre, voy por el mundo de golpe en golpe;* pero corta de pronto y:

No, Jeremías, esa no me gusta, qué diablos, amores he tenido y más pienso tener... Mejor entrémole a otra, guanacasteca por más señas.

Cuaja en el grupo un silencio como de iglesia, que la guitarra rompe al punto, y la canción brota:

*He guardado en mi boca
fuertemente apretado
el perfume de un beso
que dejaste olvidado,
y lo llevo, señora,
de la misma manera
que si el beso en mis labios
escaparse quisiera...
¡Ayayay, qué reata!! gruñe uno, quien empieza luego a hacer segunda:
Cuando ya por el mundo
ponga fin mi jornada
moriré con la boca
fuertemente apretada,
para que en el instante
de emprender la partida
lleve mi alma en tus besos
el sabor de la vida...*

—Idiay, Jesús Alpírez, vos siempre tan cantador, ¿por qué hoy tan callado? le dice un hombre a otro.

Dejálo responde el que se acucilla entre los dos. ¿No ves que está de duelo?

¿De duelo? Perdoná, no sabía ... Lo siento mucho.

Sí, hombre, Amancio Gómez le macheteó a la Cachita.

-¡Ah carajo, cómo va a ser!

Se fueron ayer domingo a tepezcuintlear por las orillas del río Tepemechín, Jesús va de rajar con que la Cachita no tenía igual para desencuevar tepezcuintles, la metió por un usú y le dijo a Amancio que estuviera listo con el machete cuando el animal saliera por la otra boca de la cueva, y ¿no va más bien saliendo como una flecha la perrilla y Amancio dándole de alma el filazo? ¡Hombre más bravo que se puso este Jesús! Se la partió en dos.

Y Jesús dice:

Palabra que porque Amancio es mi amigo no me le fui encima a leñazos.

Pero no se la perdonás. Le cortaste el habla, ¿verdad?

Bueno, carajo, es que a esa perrita no la repongo con nada. ¡Animalito más bueno para tepezcuintlear!

Qué le vamos a hacer se oye por ahí una voz socarrona, la pobrecita ya puso fin a su jornada por el mundo.

Y hasta Alpírez se carcajea.

Por aquel arcaduz alegre la noche se alarga cada vez más empapada y lluviosa mientras el dirigente habla o canta o hace comentarios de cualquier cosa, lejos de pensar entonces en sus tareas sindicalistas. Bien sabe que este es otro modo de trabajar en lo suyo. Cantar es ser humano, y ser humano es acercarse a los hombres, espantarles su mal, llorar con ellos, reír, gritar, burlarse del tiempo...

*Aunque la vida embista
como una danta, como una danta,
yo no le tengo miedo, no se lo tengo,
porque el que canta su mal espanta -se oye entonar a coro, y después el grito:*

—¡Uipipía! ¡Uipipipipiiiiiiiíia! , que se mete en la noche triunfal, aguda, firmemente.

XVII



La hacienda abarca hoy mucho más que las antiguas abras y las tierras de los Castros, juntas. Nuevas extensiones han venido en el zigzaguear de los años agrandándola y a la sazón cuenta con miles de hectáreas, muchas de las cuales agregadas mediante oscuros artilugios. Al norte del río hay una gran porción actualmente llamada los abandonos, que tiempo atrás había sido de cafetales y se dejó perder porque resultó húmeda y de escasa producción. En su mayor parte los abandonos están cubiertos de vegetación enmarañada y espinosa, donde todavía se distinguen cafetos degenerados y cubiertos de lianas. Allí los aficionados a la caza aún encuentran sahino y raras veces venado. Se ven con frecuencia monos colorados o carablancas, que en ocasiones se descuelgan hasta los plantíos de acá a robarse los plátanos de los matones sembrados para hacer sombra al café. La planta humana había desaparecido de allá prácticamente, porque los abandonos, tierra baja y cenagosa, tampoco servían para ganado. Ahora empiezan de nuevo a transformarse en montaña, solo que los futuros árboles aún son varejones y el chaparral lo invade todo, infestado de serpientes, tábanos y garrapatas.

Y fue allí donde hace algunos años un campesino llamado Juan Alvarado y su familia se metieron a trabajar su abra. La insignificante invasión pasó inadvertida y el hombre pudo con la ayuda de sus hijos levantar un rancho y sembrar algunas matas de maíz, frijoles, plátanos y yuca. Una vida poblada de mosquitos y rodeada de víboras y de monos que se roban los escasos productos, llevada adelante por un rotundo afán de vivir. Para comunicarse con el exterior deben los Alvarados cruzar extensiones de maleza con el fango hasta las pantorrillas y cargando a hombros el maíz o los frijoles que les sirven para trocar por candelas, el dulce y el vestido para la familia.

Algún tiempo después una segunda gente se apartó a su lado y más adelante otras hicieron lo mismo. En la actualidad son alrededor de sesenta

personas, de distintos apellidos y procedencias. Dos que fueron peonada de la hacienda; familias venidas de la costa atlántica; una de la población de Tucurrique. Es una nueva historia de las antiguas abras, aunque más silenciosa y reducida, encerrada en los estrechos confines de los abandonos. La brega es menos recia, porque no hay al frente montaña, sino chaparral, pero nada halagadora: sus horizontes son limitados y se sabe que muy probablemente el poder del latifundio caerá sobre ellos el día menos pensado haciéndolos perder todo. No está allí el vaho ancho y pujante de esperanza que años de años atrás inundó las montañas vírgenes cuando acudieron los primitivos pioneros a hacer retumbar con el eco de sus hachas el diapasón de los árboles. Lo que existe es un desesperado intento de agarrarse a la carne del agro en medio de una pobreza inimaginable y la amenaza constante de la malaria, que obliga a aquellas gentes a salir con frecuencia al hospital de la próxima ciudad, donde algunos mueren. Sus viviendas no pueden llamarse ni siquiera zahúrdas: son jaulas de bambú techadas con paja escamoteada por las noches en los sembradíos de la hacienda, pasada la zafra. Cualquiera se maravillaría, viendo aquellas existencias, de que prefieran esa vida a ser jornaleros mal pagados. Pero los parásitos, a quienes sostiene allá la raíz ancestral que los une a la tierra, están. Aunque al principio nadie al parecer les diera importancia, empiezan a constituir un problema para los propietarios según estos entienden las cosas desde que, hace algún tiempo, se dictó una ley que trata de proteger el esfuerzo de los campesinos que, introduciéndose en tierra abandonada, la limpian y siembran, así pertenezca legalmente a otra persona. Aquellas son bajuras baratas; aparte de que no solo esos abandonos hay, sino otros por el lado sur, además de centenares de hectárea en colinas cubiertas de montaña, con posibilidades de aprovecharse más adelante en cultivos. Tierra, buena y mala, les sobra a los González, y a pesar de eso ni comen ni duermen bien porque unas cuantas familias hayan ocupado aquel paraje. Es que ya no resulta fácil, no señor, resolver estos asuntos a gritos de pistola. Ha cambiado la cara de los tiempos. La hacienda se encuentra integrada en el conjunto de relaciones civiles y políticas del país, poblada como está ya la región de otras muchas propiedades y entrecruzada de vías que comunican con las ciudades de la meseta. Los parásitos han trabajado haciendo desaguaderos, abriendo, cercando. Hay allí ahora varias decenas de manzanas de tierra aprovechable, y los González, aunque no lo digan así, quieren agregar al monstruo de su hacienda un pedazo más, aun cuando ellos nada hayan tenido que ver con el esfuerzo de arrancarlo a los pantanos. Antes era tan sencillo. Resultaba barato dejar que los parásitos trabajaran, para luego echarlos. Mas, ahora... con esa maldita ley, se ha vuelto un dolor de cabeza. Y los hacendados andan vociferando que ladrones de tierras se les han introducido en lo suyo y que al paso que van

las cosas cualquier día se van a encontrar ellos volando pala y la hacienda infestada por entero de usurpadores protegidos por el Estado. Pero, ¿no dicen que los abandonos no sirven para nada? De cualquier manera que sea, Juan Alvarado, Roberto Méndez, José Paniagua y todos los demás son unos salteadores. Si quieren sembrar, ¿por qué no se han alejado hasta los baldíos nacionales? Los hay tantos. Bueno, sí, se verían obligados a echar abajo la montaña y sacar sus productos a punta de milagros, y entretanto alimentarse del aire. Qué se les da eso a ellos. La propiedad es inviolable.

Pero no; si no son malos estos hijos de don Fausto González y Marie Leflair. Acostumbran donar buenas sumas a las iglesias y los asilos. Poseen brillante inteligencia y su conversación resulta interesante. Saben bastante de música y de filosofía. Piensan que en su pecho anida un buen corazón porque cuando en alguna covacha de su hacienda un hombre agoniza a veces le traen médico y regalan una pequeña cantidad de dinero a sus hijos. Como los jornaleros son ignorantes, bastante esquivos y más de uno vagabundón, afirman que no les pagan mejor salario porque su rendimiento es muy bajo, la empresa solo pérdidas les deja, que malos precios, que miserables cosechas, que el exceso de impuestos y el trabajo que no produce porque las peonadas escamotean el esfuerzo. Lo que más los saca de quicio son la leyes de trabajo. Hay que oír a Fernando González, el mayor de los hermanos. Alto, robusto y rubicundo, él es el portavoz familiar. Hizo el grado de master en filosofía en Harvard, y entre otras peculiaridades tiene la de no sentirse bien

si sus uñas no están muy cuidadas y brillosas, tanto que como inveterada costumbre usa siempre una lima de mujer en el bolsillo y, no bien comienza a conversar con alguien, la saca y con toda la mala educación más refinada se hace la manicura con minuciosidad cargante. Le agradan el buen scotch y el puro habano, y se da tono hablando reposadamente y mirando con la cabeza terciada a su interlocutor. Cualquier día viene de visita don Federico, el dueño del ingenio al que la compañía de los González entrega su caña, y hay que oírlos comentando los asuntos de sus empresas. Blandiendo la lima con una mano, González sorbe un trago de scotch y exclama:

Sí, mi buen amigo y compañero de penas, todas estas leyes estarían bien si el género humano fuera perfecto, pero como el hombre sigue lleno de torceduras e imperfecciones no hay más remedio que ser duro. Yo, en principio, soy amigo de todo lo que signifique progreso, mejoramiento del hombre, sea patrono o sea trabajador. Pero la verdad es que toda esa legislación de sindicatos y preavisos y días feriados es un trastorno para nosotros. Festinación, festinación y atropello al orden establecido. Todavía vivimos en la época del homo faber. Cuando la humanidad alcance la etapa superior del

homo sapiens (esta es teoría suya muy particular), se podrá pensar en un procedimiento más elástico en relación con los jornaleros.

Su redondo rostro se enciende y su mano, sonrosada y carnosa, da un golpecito en la mesa como para infundir electricidad a sus argumentos:

Sí señor, por ahora, siendo como son los hombres todavía tan poco ángeles y tan mucho diablos de carne y hueso, no hay más que decir: la empresa es la empresa, el negocio es el negocio. Defensa propia. ¿No le parece, don Federico?

Y este, un viejo correoso y delgado, embutido en chaqueta de cuero, pantalones a la inglesa y lustrosas polainas, responde:

Claro está, hombre, así tiene que ser. Le advierto que de eso de “homo” no sé qué, no entiendo nada. No soy tipo de universidad; me hice solo, trabajando desde niño. Pero le aseguro que si yo fuera el Presidente de la República mandaría al carajo tanta ley de alcahuetería para los trabajadores. Antes uno se entendía con ellos, pero ahora esto es el demonio. No existe la libertad de empresa en este país. Mire que eso de no poder despedir a un peón cuando le da la gana a uno, como antes, sin pagarle lo que llaman cesantía, es una barbaridad, un atentado. Es el comunismo.

González, levantándose, camina por la sala sofocado y dice:

Si esto sigue vamos a la quiebra... vale que hay tantos modos de maniobrar. Tengo un contabilista que es un maestro en encontrar recursos para escurrir el bulto. Bueno, no es que uno viva para burlar la ley, pero, caramba, sucede que de otra manera mejor va a ser regalar la hacienda a la peonada.

Yo, por mi parte, he hecho una limpia. Peoncito que me sale con que la ley y que el derecho... a la mierda. Hay que higienizar la casa. Lo boto. Un rayo de jornalero me hizo una demanda y ahí estoy peleando el asunto, no con uno, con dos abogados; y no por lo que significa, cosa de algunos colones. Pero hasta media docena de licenciados pagaría si se necesitaran porque, Fernando, hay que sentar un precedente, ¿no cree usted?

Y no solo eso. Hay que cortar por lo sano con toda esa vaina. Ya no mandamos nosotros, los hombres inteligentes y de empresa; mandan los jornaleros ignorantes. Es un insulto. Debemos aliarnos para acabar con tantos atropellos a la propiedad.

Sí, amigo mío, a como haya lugar. Usted, Fernando, tiene aquí la peste. Ese tal Martín Vega.

Sí, hablan de tal manera que si uno no se pone a pensar por su propia cuenta termina por sentirse apenadísimo de la forma tan cruel como la vida los trata se dice Martín. Por eso no le sorprende que los hermanos González lo consideren un Judas. Lo hacen con toda sinceridad. La sinceridad es un concepto tan relativo; a base de ella se han cometido tantas atrocidades piensa para sí. No, el eje de las acciones está en otra parte; la sinceridad es solo un buen aceite que las ayuda a moverse, suficiente quizá para que se absuelva a las personas, pero nunca a los hechos. Y el hecho en este caso de los parásitos es que se está llevando a cabo algo que se encuentra unido a ñor Espíritu Santo y los suyos. Cuando, a poco de llegar, se entera de aquella situación, murmura: están levantando un sitio. Desde hace muchos, muchos años, aquí hay unas tierras encerradas y al parecer vencidas. Estos hombres demuestran que la lucha no ha terminado. Aquí anda el fantasma de los Vegas y Morales y Camachos. Me pondré en contacto con esos campesinos y les contaré un poco de historia.

Desde el primer momento se da cuenta de que como individuo de gran ascendiente personal se destaca la respetable figura de Juan Alvarado, de una adustez, de una seriedad, de una altiva amargura que impresionan. Ha perdido cuatro niños en los últimos años, matados por el paludismo.

Está encostrado a su pedazo de cenagosa tierra en cuerpo y alma y dispuesto a no dejarse derrotar. Martín nota que no se le manifiesta del todo cerrado. Un parásito es en cierto modo un atrevido y un rebelde. Entre los demás, empero, huele que recelan. Son campesinos; se imaginan que la intervención de un tipo como él les habrá de traer más mal que bien. Pero Vega no cesa. Hace amistad con Alvarado y con Paniagua, a quien también observa interesado en escucharlo.

Un día se trae su guitarra, que obra prodigios. Al oírlo tocar y cantar los hombres se van suavizando. Un fulano que canta y se alegra difunde humanidad, sobre todo si algunas veces se toma, por acompañar, algunos tragos y se olvida momentáneamente de que está en una contienda de ideas y hace lucha de sentimientos, bromeando y poniéndose más locuaz que de costumbre. Poco a poco los campesinos de las bajuras van convirtiéndose en sus amigos. Pasadas unas semanas el recelo ha desaparecido, y entretanto Martín ha venido conociendo mejor el estado de cosas. Alvarado le cuenta que ha visitado varias veces la capital para arreglar por medio de abogado el asunto de sus parcelas, pero los González por su parte no han andado lerdos; plantearon ante la Secretaría respectiva un pliego de objeciones. Su alegato fundamental estriba en que los terrenos en disputa según ellos no eran al ser invadidos, como lo exige la ley, incultos, sino extensiones bien

deslindadas y dedicadas a la ganadería, por lo que Alvarado y compañeros inundaron repastos, no chaparrales abandonados; son usurpadores. Y, como por entre la maleza fangosa crecen algunos lotes de pasto natural que se prestan para dudas, es posible que se salgan con la suya, ya que la resolución final habrá de tomarse mediante peritajes. Y en estos asuntos, dice Alvarado, el que paga la música manda el baile.

Martín comprende que no va a ser fácil salvarlos del zarpazo y es por eso necesario interesar en la contienda a los suyos, los compañeros de todo el país, pues los parásitos, aunque no lo sepan claramente, forman parte de la gran familia trabajadora con la que él, el vago Martín, el hombre que anda regando barbaridades por donde pasa, convive y lucha. Viaja a San José. Los dirigentes de la capital estudian a su vez el problema y se entregan a la tarea de crear conciencia alrededor de él. Por su lado, Vega vuelve y sigue contando historias. Es indispensable, se repite, que los ocupantes se convenzan de que son eslabón vivo de un encadenamiento de hechos. Si aciertan a sentirse hijos y nietos de Vegas y Martines Villaltas se crecerán y harán más fuertes. Hacen falta muchos, muchos Villaltas: cazadores de lagartos, fundadores de aserraderos que sirvan a todos, tipos de valentía. Habrá que hacérselo ver a estos lejanos herederos suyos, porque, a pesar de todo, es notorio que no las tienen todas consigo. En el fondo de sus corazones se sienten salteadores. Y no está bien, qué se va a creer. ¿Por qué rehúyen el trato con los jornaleros? ¿Por qué vienen apenas raras veces al comisariato del chino, que es el centro de tertulia de la hacienda? Porque aunque no lo sepan experimentan una sensación de desconcierto. Su misma terquedad, que es amarga y los hace filosos, lo demuestra. Los han convertido en individuos especiales, diferentes. Son, si se quiere, más espinosos que los simples peones del latifundio. Creen que sus semejantes los miran con rencor, y no están del todo equivocados; se lo dicen no solamente los propietarios, sino más de un trabajador a su servicio. Entre algunos peones hay una emoción, que se ignora a sí misma, de alejamiento, de rechazo para con aquellos, debido al escozor envidioso que nace de ver que un pequeño grupo de hombres y mujeres ha retado al latifundio y se ha vuelto propietario. En cierta forma se los tiene por bandoleros que no asaltan a mano armada, sino que mantienen un asalto con su hecho pacífico y vital. A Juan Alvarado, más que a ninguno otro, se le mira como peligroso.

Y, al mismo tiempo, penumbrosa, ignoradamente los parásitos gozan de general simpatía. Son los valientes silenciosos. Y Martín los fortalece poniéndolos en comunicación con los antiguos héroes.

Meses después no solo en los abandonos, sino en toda la hacienda, se habla de ñor Espíritu Santo Vega. Unos pocos ya estaban al tanto de su historia; el

tío abuelo Remigio había regado la semilla, mas sin conseguir inundar con su verdad la conciencia de las peonadas. Se lo tenía por individuo desquiciado y borracho, y sus cuentos, aun cuando se escuchaban con interés, no pasaban de ser chocheras de viejo.

Pero ahora comienza el fantasma de los antiguos abreros a transformarse en la bandera de lucha y en la justificación de los ocupantes. Sí, es el sitio que se está principiando a levantar, bien que muy humildemente; la extensión de las viejas fincas era mucho mayor. Y los González miran con sombrío rostro lo que sucede. No ignoran la procedencia de parte de su latifundio. Sin embargo, eran otros tiempos comentan; entonces los hombres no poseían los mismos sentimientos democráticos de respeto por lo ajeno de nuestra época. ¿Está en nuestra mano devolver el curso de los años y deshacer las injusticias pasadas? Sería una locura. Nuestro padre compró esto y nada tuvo que ver con los actos más o menos dudosos de Ambrosio y Laureano Castro.

Pero una joven brisa sopla ya levantando antiguas polvaredas olvidadas y forma remolinos de opinión que los traen preocupados y coléricos. Martín ha sabido trabajar. El sindicato de que es secretario crece día con día. Es cierto que ha debido encarar muchas dificultades provenientes de lo reacios que son los hombres del campo a toda idea nueva y a organizarse como clase. Mas ya la perspectiva ha variado y bastantes obreros agrícolas se reúnen una vez por semana en la casa de Esmeralda Rojas. Vienen no solo de la propia hacienda, sino de las circunvecinas. Poco a poco, del insignificante núcleo formado por unos diez jornaleros ha ido surgiendo una agrupación importante que, por supuesto, miran con torvos ojos los patronos, quienes se esfuerzan en deshacerla por todos los medios a su alcance. Hoy despiden a los más destacados elementos, que luego no encuentran trabajo en parte alguna: todos los propietarios se intercambian informes y se coaligan para hacerles la existencia imposible; mañana, un individuo pagado por la administración se hace pasar como compañero de buena fe y siembra mala yerba de chismes y desorganización dentro del sindicato: o bien, ofreciendo a los peones insignificantes prebendas, se hace lo posible para mantenerlos alejados de la agrupación. Mas las herramientas usadas para destruirla acaban amellándose contra la verdad de la miseria y de luchadores como Martín Vega, el hombre que, al igual que su abuelo el de los lagartos, huye de la tristeza y busca su propia alegría.

Está regando el odio. Habrá que acabar con él de algún modo.

Es necesario que estos jornaleros y campesinos aprendan a estimarse a sí mismos y no se vendan por una piltrafa. No se trata de destruir, sino de

construirlos, dice él por su parte, aunque no sabe hacer discursos. Simplemente conversa o discute o responde a las preguntas que le formulan. Cómo le agrada usar comparaciones. A veces, reunidos en el corredor de la Rojas, dice:

Compañeros, ¿no les parece que el mundo es como una máquina de moler maíz? Hasta ahora esta máquina ha estado en poder de unos pocos, que echan en ella el grano en la forma y en las cantidades que quieren. Después, una vez que la masa va saliendo, la cogen para ellos y solamente dan a los hombres como nosotros, simples trabajadores, la parte necesaria para que no nos muramos de hambre y podamos seguir dándole vuelta a la manigueta. Porque, eso sí, quienes mueven el molino somos nosotros. Pero es ya hora de que esto no siga así. Si nosotros somos los que le damos a la manigueta, debemos recoger suficiente maíz y suficiente masa. Debemos echar nuestro propio grano en la tolva, para que de lo que salga participemos en la parte que nos corresponde. Y más adelante, cuando todo esté en tiempo, deberemos preocuparnos por que la máquina sea de todos nosotros y el maíz que en ella se muele nos pertenezca por entero... ¿De qué manera iremos logrando una mayor participación en el producto de la máquina? Muy fácil, compañeros: uniéndonos. Solo unidos lograremos que se respete nuestra fuerza y nuestros derechos. Y, además, es indispensable que cada uno tenga una muy clara conciencia de sus responsabilidades. Es necesario que sepa que en ese gran molino que es el mundo él forma parte de los que mueven la manivela y por eso debe luchar por que el mundo sea suyo.

Y los jornaleros se sueltan a hacer preguntas y comentarios que lentamente van trabajando en el sentido de crearles respeto por su calidad de hombres. En ocasiones se le oye decir:

Imagínense, compañeros, que todos navegamos por el mar en una enorme barca de remos. La barca es la hacienda. Nosotros los trabajadores somos sus remeros. ¿Quiénes son las únicas personas que van cómodamente sentadas en la lancha mientras nosotros sudamos manteca empujando los remos?

Los patrones responden los jornaleros.

¿Les parece justo?

Pues, compañero Martín, no parece muy justo, ¿verdad?

Y así se inicia otra noche de conversación, quizá bajo las estrellas, porque la casucha de Esmeralda la de la flor en la cabeza ya se vuelve pequeña para

dar cabida a los hombres que acuden. Como el dirigente es igual a ellos, sabe encontrar los portillos por donde entrarles. Empero, algunos todavía no solo no son sus amigos, sino enconados enemigos. Como hace tantos decenios exclamaba ñor Espíritu Santo refiriéndose a Villalta, más de un jornalero dice: ese hombre es el mismo diablo. Dios nos libre de él y las cosas que habla. Llevan, como los cocos, una cáscara dura de quebrar, pero su pulpa es buena. Por eso, quiéranlo que no, hasta ellos llega la influencia positiva.

Ahora por lo general casi toda la humanidad de las haciendas respeta en su fuero interno a los parásitos, y estos, al sentir que hay muchos que los defienden, se han venido haciendo menos huraños. Concurren con frecuencia al negocio del chino. En las reuniones del sindicato se distingue la alta y flacucha figura de Juan Alvarado, con sus largos bigotes y su rostro adusto, tomando parte en las discusiones. No entiende muy bien los planteamientos de Martín, pero se ha percatado de que allí está su puesto y va asiduamente.

Campesino rudo, honradote y firme, no han podido los González Leflair doblegarlo. Hace un tiempo, queriendo deshacerse de los parásitos ganándose a su cabecilla, lo llamaron para proponerle un trato: pagarle por su pedazo una buena cantidad de dinero secretamente, a condición de que declarara en la información pendiente en el Ministerio que los terrenos ocupados eran antes de veras campos bien amojonados y cultivados de pasto. Cualquiera que lo ve actuar piensa de primer golpe que es fácil convencerlo. Se gasta unas maneras de diplomático que engañan a los cortos de vista. Jamás dice que no. Prefiere, entre ademanes ampulosos, dar a entender que concede a su interlocutor la razón, poniendo cara de ingenuo, pero a la larga se va escabullendo como un arroyuelo y finalmente el otro se queda con sus plumas en la mano, no con su bulto. Así les ha sucedido más de una vez a los González. Entra él en su despacho sombrero en mano, saluda con su modo tan sumiso, tan gentil, y se sienta. Mientras los propietarios le exponen sus motivos que pueden resumirse en que no quieren parásitos en su finca porque crean un terrible precedente. Juan asiente con la cabeza una y otra vez; después se levanta de su silla con mucha tranquilidad y empieza a pedir disculpas y manifiesta que comprende muy bien el modo de pensar de los señores. Estos se imaginan que les va a ceder, pero entonces comienza a aburrirlos con una larga historia de esto y de lo otro en la que salen a relucir las vidas de los demás ocupantes y sus propios cuatro niños muertos, al par que su gran estimación por la familia González y su deseo de que siempre les vaya de lo mejor en sus negocios. Después de dos largas horas de parlamento, el resultado es por completo negativo.

No quiso recibir siete mil colones por lo suyo. Dijo que si se les pagaban cinco mil a cada uno, pero eso sí a todos, podían tratar.

Ustedes comprenden, terminó, que yo aunque tengo mucho respeto por ustedes los González, no puedo convertirme en una piapia, que se come los pichones de los otros pájaros.

Lo que va a suceder, Alvarado, es que tanto usted como ellos tendrán que perderlo todo. Nosotros estamos peleando el asunto.

Tienen derecho a hacerlo respondió, sonriéndoles humildemente. Nosotros también. Es una lástima, porque nos gustaba ser sus amigos. Pero ¿qué remedio? Si ganamos será juntos y si perdemos también. Por mi parte, ¿piapia?, no, de ninguna manera.

Sí, más de un intento han hecho con él, y siempre los deja coléricos, mor-diéndose los labios y exclamando que “no se puede nada con un viejo tan resbaloso”.

Cómo los enfurece mirar que últimamente, debido al nuevo estado de cosas creado por el sindicato, la estimación por Juan Alvarado ha crecido.

Ese sinvergüenza dicen se pasea por la hacienda muy orondo. Es otro agitador... Habrá que ver cómo nos deshacemos de él.

Él se sabe en la actualidad apoyado y ya no le importa mucho dejarse ver por el comisariato, aparte de que oyendo a Martín ahora comprende que a más del interés personal que a él y a los otros les va en el asunto, representan algo más: son la encarnación de un deseo colectivo, nacional, de todos los campesinos sin tierra. Y en el fondo de su corazón, hombre al fin, se siente orgulloso. Es capitán en una lucha de todos.

Ustedes le ha repetido Vega muchas veces son demasiado importantes para los trabajadores en general porque le enseñan al país todo, que el campesino necesita tierra, la exige, y que el Estado debe proporcionársela, Por eso no deben descorazonarse. Esto no quiere decir que deban llegar hasta arriesgar la vida en una pelea desigual, si las cosas se presentan así. Para pelear golpeando hay que tener cuidado.

Tener cuidado...

Si no se lleva buena probabilidad de ganar, es mejor escabullir el bulto, para esperar una mejor ocasión.

Una mejor ocasión...

Lo importante es no aflojar.

No aflojar...

Si acaso los González terminan consiguiendo una resolución favorable a ellos y la autoridad viniera a desalojarlos a ustedes, no cometan tonterías. Sería una estupidez en las circunstancias actuales pretender oponer la fuerza a la fuerza. Pero adhiéranse a los abandonos como matapalos.

Como matapalos...

No se avergüencen de que los llamen parásitos.

No, no nos avergoncemos...

Vuelvan después a sus pedazos y reinicien la lucha. Ustedes no tienen otra cosa que hacer. Y si nuevamente las autoridades vienen a echarlos, adelántenseles; que cuando lleguen ya no los encuentren allí.

Ya no nos encuentren...

Duerman en cualquier parte; muéranse de hambre si es necesario, pero sigan constituyendo un problema.

Un problema...

Regresen después a los abandonos. A la larga, el problema habrá de ser decidido en favor de su esfuerzo. Ya lo verán. Pero, por favor, no usen ahora las escopetas ni los machetes. Son demasiado estimables, para usarlos estúpidamente.

Demasiado estimables...

Empleen su miseria, usen su terquedad de abejas que no quieren abandonar la colmena. Mientras el problema exista y no se aflojen, el triunfo estará seguro.

Estará seguro...

Y si la ira les llega bozaléenla, guárdenla, estímenla. Hagan como yo con los potros que amanso. Edúquense los bríos, que sin brío nada se hace, pero brío mal empleado es una cosa deplorable.

Y Juan Alvarado asiente:

Deplorable...

Ayudado por Paniagua, que también es muy firme, trabaja entre los compañeros ocupantes para vivificarles el valor.

Seamos necios, eso es todo, y si nos sacan de aquí, regresemos; si nos queman los ranchos, volvamos a construirlos; son de palos y paja. El compañero Vega no duda de que a la larga nos tendrán que respetar. En el país otros hombres nos apoyan, les repite.

Sí, Martín se siente profundamente satisfecho. Con hombres así es difícil perder una causa piensa. Listo y testarudo. Por algo los propietarios dicen que es un sinvergüenza. Sonríe interiormente: con esta clase de sinvergüenzas me alisto en cualquier ejército. Lástima que no sean muy numerosos todavía los Juanes Alvarado.

Cualquier día le dice este una tarde de aquellas mientras se toman un trago en el corredor de la casa de Esmeralda a usted y a yo nos va a pasar algo malo. Ya muchos me han advertido que me ande con cuidado.

Y Martín le pregunta:

¿Le da miedo, Juan?

¿Miedo? Bueno, hasta el más hombre lo siente en veces. Pero creo que yo, por ahora, no lo tengo, compañero. Y luego, pensativo: ¿Será siempre lo mismo? ¿Es que un pobre no puede vivir tranquilo nunca? Si se está quedito lo joden, y si se mueve, si lucha, también lo joden.

Hombre, pues si de cualquier modo está uno jodido, mejor que sea luchando precisamente para que alguna vez nos dejen de joder.

¿Sabe una cosa, Martín? ¡En veces me da una rabia! Le cogen a uno ganas como de agarrar un mechón y pegarle fuego a todo. Para lo que le sirve a uno lo que hay sembrado.

Y, sin embargo, Juan, yo estoy seguro de que usted no lo haría. ¿Verdad?

Así es. No por nada, sino porque al fin y al cabo una mata sembrada es una mata sembrada, y no tiene la culpa, ¿entiende? Pero qué le voy a hacer, ganas no le faltan a uno. Le aseguro que si aquella vez que le pegaron

fuego al cañal de los Ramírez yo hubiera sabido quién lo hizo, hubiera ido a felicitarlo. Así como lo oye.

Bueno, amigo, tienen a la gente en tales condiciones, que el corazón a veces se encapota como una bestia brava. Uno al fin y al cabo es humano. Pero hay que saber canalizar esos impulsos por otro lado: la pelea por las ideas y las conquistas para nuestra clase. ¿Quiere que le cuente una cosa? Yo tuve ocasión cuando pequeño de instruirme un poco. Me enseñaron a leer muy bien y me prestaron algunos buenos libros. Por eso dondequiera que he estado he tenido oportunidad de defenderme mejor que mis iguales. Le juro que he podido leer y aprender más que muchos obreros de la capital, pero siempre noté que para ascender y poder mejorar, como dicen por ahí, hay que hacer demasiadas concesiones. Muy pocas veces un hombre como yo, que está contra lo que le parece injusto y lo pregona, puede mejorar. Pues bien, aquí me tiene. No he mejorado que digamos, pero, que se vayan a la mierda, estoy satisfecho. Tampoco he incendiado cañales. Creo, eso sí, que ando haciendo un poquito más que pegar fuego a un sembrío. ¿No le parece?

Claro, sí, y qué bien lo dice usted. Aunque ya hasta se me olvidó escribir y apenas medio sé leer, creo que está en la razón.

Y este diálogo cae en oídos de uno de los esbirros de la casa grande que anda en esos momentos cerca y se da maña para entrar a hurtadillas en la de la compañera Esmeralda, so pretexto de algún asunto sin importancia.

XVIII



Entretanto, la vida prosigue. Dos hombres, empero, parecieran rondar al margen de ella, mundos aparte: Marcelino Vega y Cándido Perdomo. Siguen siendo tan sorprendentes. Martín a veces se pone a escrutarlos por ver si los entiende, y no saca mucho en claro. ¿Por qué su padre, que como siempre apenas si le habla, asiste tan puntualmente a las reuniones? Nadie sabe lo que piensa, nunca opina de nada y hasta se diría que no le interesan las discusiones. Paga religiosamente la cuota mensual y se sienta un poco alejado de todos, siempre sumido en su actitud de lechuza. ¿Oye? ¿Cree? El corazón le dice a Martín que acude nada más porque él, al fin y al cabo, es su hijo, y un desesperado grito de su sangre lo obliga a estarlo mirando para sentirse unido al mundo. A saber si Marcelino se siente de veras su padre, después de todo.

Pero con Marabú le sucede diferente. Este hombre, aunque silencioso también, balbucea cual niño desesperado. Se ve que trata de abrirse y ponerse en comunicación, puñeteando contra la muralla de su carácter angustiosamente cerrado. Vega lo sabe porque viene conviviendo con él en su zahúrda y poco a poco ha ido simpatizando con este misántropo amargado, a pesar de que en un principio lo incomodaban su propensión a ser demasiado servicial, su torpeza para dar a entender unos sentimientos que querían ser cordiales y su extraña manera de dormir entre sobresaltos y murmuraciones posiblemente pesadillas, cuando no gritos desagradables. No es difícil comprender que lo mortifican extraños conflictos. Ha podido notar que por más que viva aislado, quemando de tarde en tarde cosas frente a la casa o remendándose lastimosamente sus vestidos, experimenta un fuerte anhelo, que es como crispación de todos sus nervios, por entablar siquiera un endeble puente entre él y los demás. Resulta intrigante mirarlo debatirse entre tartamudeos para romper los cordelones que le impiden expresarse.

A veces, cuando Marabú le ofrece el café que todas las mañanas prepara para los dos, lo saluda:

Bubububuenos días, Mamartín.

Buenos días, Cándido. ¿Pasó bien la noche?

Y al escuchar que le habla de uno de sus puntos flacos, hunde aún más en su pecho la cabeza, pero finalmente responde:

Mm mmmmmal ... Es mmmmmi desgracia.

Se le traba la lengua. Luego que puede dominarla, continúa:

Nnnnno encuentro cacamino con lllllas sombras nnnnnni cocon la oscuridad... Yyyyyy...¿No le ppppppapaparece que el dormir es lal lal la más grande oscucucuridad?

Bueno, Cándido, si usted lo afirma. Pero la verdad es que a mí el sueño se me hace una sabrosera.

Ddddichoso. Yo, popopopor mí, preferiría qqqqqque no hubiera nnnnnnnnonoche.

¿Por qué no entra en el sindicato? Le caería bien tener algo por qué preocuparse. Podríamos nombrarlo secretario de finanzas. Necesitamos una persona de confianza que sepa algunos números y usted los conoce bien.

Son ya varias las ocasiones en que ha hecho lo posible por llevarlo a la agrupación, pero en todas ha chocado con aquella resistencia inexplicable que solo da un motivo, la excesiva miopía. Vega no comprende cómo un hombre puede creer que va a convencer a otro de que porque no ve bien no sirve. Esta vez, Marabú repite:

Nnnnnno ha de ser, Martín. Mimis ojos...

Pero si puede remendar un pantalón y cuidar una taujía, podría escribir unas cuantas cuentas. Son sencillas.

Empero, Perdomo no habla más. Se esconde en su caracol y se escabulle pronto. El dirigente mueve su cabeza, dudando. Y lo que más le sorprende es que un día en que le preguntó si no estaba de acuerdo con la lucha proletaria, respondió con muy pocas pero decididas frases y casi sin tartamudear:

Un hombre que ha vivido cincuenta años como los míos, y que además ha visto el mundo ddddddpedazarse en dos espantosas guerras... tiene que estar de acccccuerto con usted. O el mmmundo cambia, o la existencia es la cocosa mmmmmás estúpida que he visto.

Otra vez, con enorme despaciosidad, le pudo contar que en la guerra del catorce el barco en que era marinero había sido torpedeado y allí había muerto su único amigo, un negro jamaicano que tenía una pierna de palo.

De modo que Marabú había sentido alguna vez amistad. Lo dijo el rostro que puso cuando se refirió al negro muerto. Y, si experimentaba sentimientos de cariño por un compañero, además de opinar que la tarea que desarrollaban los sindicatos y los partidos obreros era necesaria, ¿por qué esa incertidumbre en el actuar? Y ¿aquel modo de ponerse a prender fuego a los objetos, en los anocheceres, como si fuera un hechicero preparando algún sortilegio? Si mi padre encarna una pesadumbre piensa Martín, Perdomo representa la carne amoratada de tantos millones de hombres y sufrimientos. Se ve que desea levantarse y que lucha por vivir de alguna manera, pero extraordinarias ataduras lo aplastan. Es doloroso mirarlo esforzarse por enhebrar una aguja. Lo intenta una y otra vez, una y otra vez, hasta que uno se desespera. Y entonces, como no consigue tranquilizarse y sus noches son imposibles sueña en quién sabe qué descabellados suplicios, busca refugio en el fuego. ¡Claro, es placentero quemar! Todos llevamos en el fondo de nuestra piel un toquecillo incendiario. Pero este tipo... a saber si no fue el del cañaveral, aquella vez. Su modo tan sospechoso de saludarme por la mañana. Sí, es casi seguro. Mas, ¿por qué, por qué? Y al hacer esta interrogación recuerda otra que cierta noche le oyó a Perdomo, quien, no viendo que él había llegado, hablaba en voz alta solo: ¿Por qué se incendian, por qué se destruyen de este modo? Con una guerra bastaba. ¿Por qué han hecho esta otra? Y luego, cuando cayó en la cuenta de que Vega andaba cerca, le pidió que le leyera un folleto que tenía por allí y que contaba atrocidades cometidas por los nazis en Europa, según había logrado entreleer. Martín lo hizo y vio cómo Marabú se estremecía al escuchar aquellas inimaginables barbaridades, mientras hacía indescriptibles esfuerzos por distinguir las gráficas de una página.

iMmmmmontañas de zapapatitos, Mamartín! balbuceó. ¿Es eso cierto? Hace bbbbbbien en pppppear usted. Hacen mmmmmumuy bien totodos ustedes en mantener esa bbbabatalla. Porque si nnnno la ganan en totodo el mmmmmundo a la larga, la hummmmmmmmmmanidad se va a deshacer.

Sí. Marabú se decía entre sí el dirigente, esa humanidad que tanto se te parece. Como ella, también acabarás por destruirte a vos mismo si no encontrás una bandera que te salve.

Ya los González están pensando dejarlo sin trabajo. En las últimas semanas el pobre Cándido no ha podido ver dos derrumbes en la atarjea de la planta eléctrica y como consecuencia de ello faltó la corriente una noche entera. En sus paseos de arriba abajo por las orillas del angosto canal camina inseguramente, con riesgo de resbalar y caerse en el agua. Algunos jornaleros lo han visto exclamar en voz alta lamentaciones por sus ojos, que lo obligan a hacer un esfuerzo indescriptible. A veces, con grandes dificultades, se mete en el canal para apartar algo que se imagina es alguna rama y que no es sino una sombra. Él posiblemente cree que nadie lo pillá; si supiera que muchos lo han observado sin duda sufriría, o, tal vez, quién lo puede decir, se sentiría feliz por haber sido objeto de compasión.

Hay algo en él que llama especialmente la atención de Martín. Aun cuando no puede ser muy amigo de nadie, no halla modo de vivir lejos de la gente. Da la impresión de que la absoluta soledad lo aterra, en particular de noche. En el día hace su trabajo solo, pero después de que regresa, si no está él en la casa, es casi seguro que se vaya para el comisariato a sentarse por ahí, donde pueda escuchar a los otros. Como si el estar alejado de una voz humana lo hiciera sentirse terriblemente aislado, su desolación se mitiga con la presencia de sus semejantes. Pero no de muy cerca, pues al estar apretadamente rodeado de personas se siente acorralado como un animal de monte. Cuando se quita los lentes, Martín no soporta mirarle los ojos; son como una evocación de algo más allá de la tristeza y de la soledad. Y lo que más le duele es saber que al tipo no se lo puede llamar, sencillamente, loco. Sería tan fácil desentenderse de él pensando que deberían llevarlo a un manicomio. No, es un hombre atribulado. Curiosa situación la suya; no posee raíces en la humanidad; carece de ascendientes. No tiene un pasado que gemir ni un apellido que arrullar llenándolo de figuras venerables. Nació con él, y por lo visto no halla tierra humana donde nutrirse de savia. Toda su vida está situada en sus pupilas enfermas. Sí, realmente, una irremediable persona... No poder gozar del mundo a través de los ojos... ¿Qué será de él si la hacienda lo deja cesante, como andan diciendo por ahí?

Él, en cambio, siente un pasado robusto, hermoso y digno y a su frente todo un camino por recorrer: sus luchas, sus ideas, su gente. Claro está que, como todas las personas, se alegra a veces, se entristece otras. A ratos quiere ahogarlo la ira. Pero la mayor parte de su tiempo transcurre apaciblemente. El conflicto no bulle en su interior; se agita fuera, en las relaciones humanas,

y es cabalmente lo que lo mueve a actuar. A despecho de la injusticia que lo rodea, vive contento de vivir. Sabe que es una oscura persona de la cual a veces hablan los periódicos como de uno de tantos desconocidos trabajadores que detestan a los ricos, pero eso, en lugar de incomodarlo, lo hace tocarse y verse formando parte de un todo que es el pueblo. Es gracioso —piensa— que lo traten así. Si él no odia a nadie personalmente. El odio de clases es un hecho impersonal. Él, por caso, sí, puede encolerizarse al mirar cómo tratan de arrebatarles la tierra a sus amigos los parásitos, pero lo único que lleva arraigado muy hondo en su corazón es la solidaridad con ellos, que lo compele a ponerse de su parte y trabajar por su causa. Tanto valdría decir que él detesta a los propietarios como que los González lo detestan a él. Claro, preferiría que la gente comprendiera esto mejor, porque le duele saber que más de un semejante lo tiene por hombre de sentimientos agresivos. ¿No ven que está arriesgando su pellejo, él, que ama la vida? Cualquiera día se lleva su mal golpe y va a parar a un hospital, si es que no lo matan de una vez. Recuerda al compañero Herminio Alfaro, aquel canastero de la ciudad de Barva, en la provincia de Heredia, a quien asesinaron. Hay otros nombres en el martirologio de los trabajadores costarricenses. Él, a veces, se monta en un burrocar de la hacienda junto al mulero que lo conduce y al oír cómo la mula obedece mansamente a sus voces de irairá, irairá, piensa: De veras que es sabroso esto de que una mula condenada a la cadena lo lleve a uno rodando por los rieles con solo decirle irairá. Y lo curioso es que a la bestia parece complacerle el grito. Cuando oye la voz del conductor levanta las orejas y tira adelante, con mucho de paciencia, pero también de satisfacción. Demonio, se le asemejan tanto algunos peones ignorantes. Si el patrón les grita se sienten satisfechos y empujan el miserable carrito de su vida con ojos de paciente contentamiento. Él les dice:

No se confundan, hombres; no se dejen amansar. De esto puedo hablarles porque soy domador de potros y sé cómo se hace, pero una cosa son las bestias y otra el ser humano.

Cuando recién llegado le aseguró a Esmeralda Rojas que de algún modo se conseguiría el sustento, estaba pensando precisamente en reanudar su antiguo oficio de amansador, como medio independiente de ganarse la vida. Al principio no le fue fácil, pero haciéndole la boca por casi nada a la yegua de este o al potro de aquel, inicialmente fue insinuándose por todos aquellos lados como buen domador, al punto de que en seguida algunos hacendados le encargaron los suyos, no obstante saber sus relaciones con el movimiento popular. Es que los buenos amansadores no abundan. Se requiere pericia y sobre todo tener una gracia particular: entendimiento mutuo entre animal

y hombre. Martín, que sin saberlo dibuja acuarelas cuando monta una potranca, dice que para boquear hay que dominar la técnica, pero más que nada hacerse querer. Si el freno es duro hay que llevar las cosas suavemente; de lo contrario el potro coge mañas y aprende mal. Es como enseñar a leer y escribir a un niño recuerda a Marcelle Leflair; sin que se dé cuenta, con dibujos y cuentos, con amabilidades... Y no lo monte hasta que esté bien cabestreado; deje que se acostumbre a la rienda, primero, a la montura después, y entonces, con caricias, ponga pie en el estribo. Uno no aprende a sumar si no lo familiarizan antes con los números. Y eso de que la letra entre con sangre... tonterías. Con sangre se amansará una mula. Una bestia fina entiende con confites.

Qué bien sabe hacer caracolear un caballo brioso. Los domingos por la tarde sale al centro de la hacienda sobre su mejor albarda y todos se admiran de cómo jinetea a su alumno obligándolo a pararse en seco, doblar a la izquierda y luego a la derecha, girar sobre sus patas traseras y hasta marcar el paso. Mas no es cualquier potrancón el que Martín adiestra. Para que se haga cargo de uno ha de gustarle a la primera mirada. Aquello debería ser su trabajo rutinario, la prosa de su vida, pero lo transforma en verso. Es su mejor goce. Sigue siendo el mismo Vega muchacho que años atrás andaba por la hacienda caballero en la yegua azuleja de los González, aunque ahora es todo un maestro. Pero cuánto le duele cuando tiene que entregar el animal, ya por entero obediente a la mano del jinete. Lo quiere como a un hermano. Y sus briosos alumnos relinchan de alegría si por casualidad se encuentran de nuevo. Carambas, sí, le gustaría poder comprarse su propio potro. Este, por ejemplo, que amansa ahora, tan de buena sangre, ojos inteligentes y gallarda estampa. Es de los que llaman un criollo de paso. Por más que trata de alargar su entrenamiento enseñándole travesuras como rascar el suelo, doblar las rodillas, o agacharse para que lo monte, ya llegará el día cuando habrá de decirle adiós, amigo. Y a encariñarse con el siguiente. Sí señor, uno es un proletario.

Y como en la hacienda no le alquilan pasto para sus animales, son los parásitos quienes se los tienen en los pequeños potreros que han podido hacer por entre los húmedos yerbazales de los abandonos.

XIX

En la oficina de la administración el timbre del teléfono suena largo corto largo, largo corto largo, la clave que en la línea que sirve a varias haciendas de la zona corresponde a González Hijos y Compañía. El encargado de la oficina se levanta y va hacia el aparato, adosado a la pared, y descuelga el auricular.

En una lujosa casa del barrio de Amón, en San José, una señora, aún en bata de levantarse, espera audífono en mano sentada en el canapé del antecomedor, fumando nerviosamente.

Aló, sí, aló, ¿es la hacienda?

.....

No, de la casa, aquí, San José.

.....

Sí, con ella. ¿Está Fernando? ... Fernando... me urge hablarle.

.....

Que me urge hablar con Fernando... No puedo gritar más fuerte... ¿No me oye bien?

.....

Fernaaaando... Por favor hable más despacio, no lo entiendo... Sí, sí, ¿en el beneficio? Bueno, llámelo, yo espero... Que yo espero.

.....

¿Fernando?.. ¿Cómo has estado?

.....

Aquí bien, muy bien... Mirá, te llamaba porque Amadeo me contó del asunto ese, sabés a cuál me refiero... una barbaridad.

.....

Y ¿qué querías, que no me lo dijera? ... Hizo bien, tengo derecho... No, no me dio detalles... que no me dio muchos detalles... Pero yo no puedo estar de acuerdo... que no puedo estar de acuerdo, ni imaginárselo.

.....

No, de ninguna manera.

.....

Pero Fernando, qué diría papá si estuviera... que qué diría papá... papá ... es que estoy un poco ronca, yo sí te oigo bastante bien... No, influenza, me resfrié en Nochebuena, pero ya estoy mejor, solo esta ronquera... Cómo pueden pensar en una cosa así, estoy horrorizada, no es decente... que no es deeeeeente.

.....

Mirá, Fernando, con eso no me decís nada, vos conocés a mamá tan bien como yo: ustedes la envuelven... que ustedes la envuelven.

.....

Hablá más alto, no te oí.

.....

No, Amadeo apenas me dijo que era un proyecto... un proyeeecto.

.....

Ah no, ¿pero se han vuelto locos? Debemos discutirlo.

.....

Y ¿qué importa eso? Vos sabés que corrientemente no intervengo, ustedes hacen y deshacen como quieren, no me quejo... que no me quejo... la hacienda está en buenas manos... que está en muy buenas manos... pero...

.....

Qué grosería, Fernando, qué grosería, no seas injusto... que no seas injusto... Se debe sencillamente a que yo tengo un criterio distinto, soy independiente... Hay límites... límites te digo, sí, te lo exijo... No, que hay límites... Es la línea, no puedo gritar más, está imposible... Me opongo, eso es todo... ¿No te lo dijo Amadeo?

.....

Pero entonces debió telefonearte mi opinión, estaba obligado, yo no puedo aceptar esa atrocidad.

.....

Que ¿qué?... Sí, lo repito: atrocidad.

.....

Mirá, Fernando, me parece otra grosería... sí, otra grosería. ¿Qué les pasa a ustedes? Ya sé que solo tengo la cuarta parte... O ¿es que mi opinión no cuenta? ¿Por qué no me compran?, saben el precio, hemos conversado de eso otras veces... que ¿por qué mejor no me compran?

.....

No, enojada no, no es la palabra, más bien asqueada, empavorecida... empavorecida, repito, aunque no te guste.

.....

No, no te preocupés, no hay nadie conmigo, estoy sola... Además, ¿acaso he mencionado qué?... que no he mencionado de qué se trata.

.....

¿Es la misma línea para varias haciendas? Bueno, Fernando, no pensé en eso... Lo siento., pero...

.....

Fabián Dobles Rodríguez 

Entonces iré personalmente, porque vas a tener que oírme... que vas a tener que ... Fernando, Fernando... ¡Qué pasa! ... Aló, aló, aló...

Concepción González de Aguilar insiste en subibajar frenéticamente el brazo del teléfono y al fin, convencida de que es inútil, cuelga de golpe el auricular y retuerce con ira la colilla de su cigarrillo en el cenicero.

XX



En enero el ambiente se vuelve paleta de pintor de tonos cálidos. Campánulas moradas, azules y rosadas alumbran por entre el verde los altos pastizales y flores amarillas inundan los chaparrales y los potreros. Las mariposas parecen salir de todas partes como venablos de fogoso color. En los cafetales los árboles de poró gigante lanzan al viento sus llamaradas entre los macizos verdeoscuros. Y los ríos cantan claros.

Es buen momento para la pesca de bobos y tepemechines. Las peonadas, en labor de conjunto que tiene más bien aspecto de fiesta popular, amarran la corriente con una red de caña brava, de orilla a orilla, y le echan barbasco para atontar a los peces, que bajan por centenares y quedan aprisionados en el filtro de cañas.

Durante el día decenas de hombres no van al trabajo porque se encuentran muy atareados trayendo y preparando el material para la pesquisa de la noche. Con fibra de plátano atan las varillas una junto a otra, y poco a poco la larga estera se tiende sostenida en horquetas y cadenillos de madera previamente colocados a través del río. Toda la gente acude, no solo de la hacienda, sino de otras propiedades vecinas, los unos con derecho a tomar parte en la distribución final de pescado y los otros para mirar o tratar de robarse alguna pieza subrepticamente.

Es en noches de luna. Mientras hombres, mujeres y niños, con el agua a la cintura, torsos al desnudo ellos, ellas con los pechos asomándoseles y las faldas recogidas, algunos zambulléndose en las pozas, agarran los peces por las agallas y los van tirando a los ribazos, otros los recogen y amontonan junto a las hogueras, donde mujeres escogen los mejores para asarlos atravesados en varillas.

Un jornalero toca guitarra y algunos otros cantan. El aguardiente corre parejas con los gritos y la alegría. Sí, es la peonada que se divierte aprovechando los meses de corto verano, cuando no hay cabezas de agua. Sin embargo, a veces crece de improviso la corriente y barre la red con todo y peces. La fiesta se frustra y entre la gente, entristecida, corre la voz de que son los indios de la montaña quienes viendo que les envenenan su peje, hacen conjuros en las fuentes de los ríos para llamar en su ayuda al dios del agua y de la lluvia, que hincha enfurecido las aguas. Aunque donde nacen los manantiales desde hace tiempos no existen indígenas, la leyenda se resiste a perecer.

En ocasiones brota una pelea a machetazos, nada sorprendente allí, donde los días de asueto a veces hay heridos en grescas a filo de cutacha. La pesquisa, pese a este o aquel amago de pleito espoleado por el aguardiente y de las rivalidades entre las peonadas de las diversas haciendas, tiene sabor de algarabiosa alegría y el pescado se consume y reparte equitativamente entre cuantos han colaborado en ella.

Cada hacienda hace la suya, aunque a veces sus vecinos se ponen de acuerdo para realizar varias en que participan todos.

Y casi siempre la cosecha es nutrida, pero también acontece que el peje escasee y sea poco el que se recoge. No son estos los tiempos de ñor Vega, cuando para hacer una pesca bastaba amarrar cualquier pequeño afluyente y luego arrear bobos en cantidad con ramas y ruidos hasta la estera, donde por montones rebullían y saltaban mientras se los sosegaba a varillazos. Ahora, como consecuencia precisamente de los venenos con que para cogerlos se infestan las aguas de año en año, han disminuido bastante. Pero no es la cantidad lo que importa. Lo es la felicidad con que todos esperan la noche de la pesca.

Cómo se divertían los jornaleros cuando años atrás el difunto ñor Remigio Vega les contaba:

Uh, en tiempos de mi tata había en este mismo río pejes así de grandes y abría sus dedos perpendicularmente al suelo indicando metro y medio. Para llevarlos a la casa los poníamos sobre caballos, colgando de cada lado, y sus colas arrastraban por el camino de lo hermosos que eran.

Viejo mentiroso. Los más grandes de entonces y ahora eran bobos de no más de una vara.

A él y a Marcelino la pesquisa parecía devolverles un fugaz momento de los grandes, y se los veía juntos metidos en el agua atrapando pescados y, de

uno al otro no más, como en islote, riendo y celebrándola. Era una de esas noches cuando Remigio, come y come pescado, se emborrachaba como un bendito.

Hoy, junto a uno de los fogones, esta campesina dice:

¡Qué lástima que no estén aquí Martín y Juan Alvarado!

El asunto ese de los abandonos responde aquella vieja mujer. Los pobrecitos andan tan atribulados.

Por la mañana llegó el jefe político del cantón acompañado de varios guardas fiscales para sacar de sus tierras a los ocupantes. Fernando y Amadeo González, influyentes y bien entroncados en la capital, han logrado sorpresivamente, pese a los esfuerzos de quienes defienden a los parásitos, una orden gubernativa por la que en forma provisional se manda a desalojar los abandonos mientras tanto se llevan a cabo otras diligencias. Martín, a despecho de su cólera, tuvo que actuar con mesura para calmar a Alvarado y sus compañeros y hacerlos obedecer a la autoridad, no obstante que por lo bajo seguía diciéndoles que tienen derecho a su tierra y deben ser testarudos con ella. Alvarado, a pesar de sus impulsos de empuñar cuchillo o coger escopeta para defenderse a hierro batiente, consiguió dominarse. A estas horas él, Martín y algunos ocupantes más duermen en unos ranchos desocupados de otra hacienda, a la espera del día siguiente. En la madrugada piensan dirigirse a la próxima estación ferrocarrilera para tomar el tren. Van a la capital a gestionar la revisión de la orden de desalojo.

¿Qué si les gustan las pesquias? Pero hoy no hay tiempo para diversiones; está de por medio su tierra, su vida misma.

Y encontrándose en lo mejor la sacada de pescado suenan voces de ifuego, fuego!, que llegan hasta el río. Arde un cañaveral del lado sur. Toda la gente se pone en movimiento.

Marabú, sentado en una piedra no muy lejos de los fogones, se levanta y presuroso va hacia el clamoreo. ¿Fuego? Será un regodeo para sus ojos.

Y cuando en multitud se acercan corriendo al incendio ven allí a los hermanos González con sus más adictos seguidores tratando de apagar las llamas.

Es curioso; los propietarios no dan la impresión de estar muy acongojados. En situaciones como esta cualquier propietario suele salirse de sus casillas,

enfurecerse y dar órdenes a gritos, pero ellos se ven serenos y confiados. El fuego en realidad no hace gran estrago. Habiendo tanta gente levantada muy pronto se lo puede dominar después de haber devorado algunas manzanas de un cañaverál que, por cierto, se pensaba sembrar en esos días; ya estaba viejo.

Después corre la noticia: han encontrado por los alrededores del incendio dos objetos sospechosos, un puñal en cuya empuñadura se leen las iniciales M.V., y el sombrero de fieltro, ya muy antañón, de Juan Alvarado. Precisamente el puñal cuya desaparición había notado Martín semanas atrás y el sombrero que le robaron al campesino en el corredor del comisariato. Y si a esto se agrega que un capataz de la hacienda va a declarar que escuchó hace algunos días un diálogo entre los dos en que hablaban de quemar plantaciones aquella conversación en que dijeron cabalmente todo lo contrario, la situación del dirigente y el ocupante, aunque en estos momentos lo ignoren por completo, se va a poner muy peligrosa.

Al siguiente día, cuando junto con otros parásitos se disponen a tomar el tren como a cinco kilómetros de la hacienda, lo hacen, sí, mas después de que un piquete del Resguardo Fiscal les pone en las muñecas a Martín y Juan los grilletos de delincuentes.

Carambas, qué modo de portarse el de Alvarado. Se revuelve como fiera enjaulada. Menudo trabajo han de hacer el cabo y sus subordinados para doblarlo. Martín, entretanto, le grita:

Cálmese, compañero, que lo golpean... No, Juan, así no saca nada. Por favor, tenga confianza; saldremos de esta cochinateda, ya lo verá. Nos han agarrado en una trampa, pero la romperemos.

Y por su parte deja con toda calma que los esposen. Sin embargo, en el fondo de su corazón se sobresalta, no tanto por él como por la causa que defiende, sobre todo cuando oye de boca de uno de los guardas que la evidencia en contra es tan seria. En un principio creyó que se trataba de otro desaguisado de Cándido Perdomo. Ahora acata cuál es la causa de todo: la hacienda. Son los sucesores de los Castros, rindiendo honor al linaje a que pertenecen. Lo han sabido preparar muy bien aprovechando la noche de la pesca para contar con suficientes hombres a mano que apagaran las llamas e impidieran que el estrago cundiera. No se corrieron mayores riesgos.

Juan Alvarado le dice:

¿Qué voy a hacer, Martín, qué será ahora de la familia? Y ¿de los otros compañeros? Nos han tirado estos bandidos, qué condenación.

Pero Martín le repite que no pierda la fe.

Tenemos compañeros, Juan: los zapateros, los albañiles, los jornaleros, los obreros gráficos y tantos otros que están organizados.

Entretanto, en la hacienda los González no las tienen todas consigo; han notado una indudable agitación entre buena parte de sus peones. Que se hayan llevado presos a Martín y Juan Alvarado comienza a producir un sordo descontento. Horas después les informan que algunos hombres hablan de ir a la huelga y que, en general, nadie cree en su culpabilidad.

Nos han adivinado el ardid, Amadeo.

No se lo han tragado los cabrones.

Sienten mucha simpatía por el Judas, más de la que uno cree.

Lo quieren en las haciendas, Fernando. Esto se nos pone feo si no actuamos drásticamente. ¿Le diste el máuser al capataz y la otra pistola al contabilista? Por si acaso.

No creo que lleguen a tanto, pero está bueno prepararse. Hablé con el Jefe Político y quedamos de que en caso de empeorar las cosas le telefonee para que nos mande ayuda.

Hay que escuchar a Esmeralda Rojas, con su flor en el cabello, enfogueciendo los ánimos. Por algo el administrador le ordenó hace unos días que le desocupe la casa. Ahora está organizando una delegación de trabajadores para que, con ella al frente, vengán a la capital a pedir ante las autoridades superiores la libertad del dirigente y el parásito.

Mientras tanto, en el tren, Martín va meditando que es dura la pelea, pero tiene sus recompensas. Ese calor cordial que de la gente suya se desprende hacia él es suficiente pago para sus afanes. No anda solo. A la cárcel habrá de venir con toda seguridad aquella Clara Fuentes, la costurera que todo lo da y nada pide, con la que estuvo unido algunos meses, antes de irse a la hacienda. Y posiblemente llegará también esa otra, María del Carmen, la que de vez en cuando le escribe cartas que él no contesta por puro descuido. Y cuántos compañeros. En su periódico sabrán escribir en su defensa y en defensa de los ocupantes. Ellos moverán cielo y tierra para librarlos de la cárcel.

Mire, Juan dice, los hermanos González quieren a todo trance deshacerse de nosotros porque representamos en sus tierras la fuerza proletaria, por un lado, y por otro arrebatarnos a ustedes sus terrenos porque valen ya unos miles de pesos. Desacreditándonos a nosotros, presentándonos como a criminales, piensan debilitar nuestra fuerza y avanzar en el camino de robarles a ustedes sus pedazos. Pero, amigo, tenga seguridad de que no nos defenderemos solos. Formamos parte de una gran familia que vendrá pronto en nuestra ayuda. Posiblemente ya esta moviéndose por nosotros.

Y así conversando llegan a la estación de Turrialba.

El corazón de Martín da un vuelco. Un antiguo sufrimiento lo sacude de pronto como un rayo. La hermosa señora que ha bajado del convoy que viene de San José, con una pequeña niña de la mano, es sí, claro que es ella, no la estoy confundiendo, no la podría confundir jamás, Concepción González, y la mocita sin duda alguna su hija.

Sabe que es casada con un ingeniero con el que, según rumores, no se lleva bien o del que esta divorciándose.

Y una vez que se serena recuerda el rostro fresco y placentero que tenía cuando él y ella jugaban a vivir un cuento de hadas, y lo compara con el que acaba de ver. Sí, permanece fundamentalmente la misma, aunque... esa tristeza ¿tristeza?, esa sombra dura en los rasgos dura, se volvería dura? , y ese apenas perceptible rictus lo hacen creer que ahora no es feliz.

De casualidad en los últimos años la ha visto pasar en automóvil tres o cuatro veces, allá en San José, pero ella nunca ha parecido percatarse de él. A la hacienda no ha venido durante el tiempo que Martín ha pasado últimamente en ella.

¿Irá ahora para allá?, se pregunta y, mirándose los grilletes, se alegra y al mismo tiempo se lamenta de que suceda precisamente cuando van en caminos tan opuestos.

Es una González, socia de la hacienda que nos ha tendido la trampa... Vueltas que da la vida.

Y siente, también, cólera.

XXI



Pocas semanas más tarde regresan sanos y salvos a la hacienda.

Ha sido gracias a Cándido Perdomo, quien ya no lo podrá mirar.

Luego de averiguar pormenores, Martín y Alvarado vienen a hacerle una postrer visita al cementerio. Se quitan los sombreros. Guardan un largo silencio. Se les humedecen los ojos. El dirigente comprende ahora que aquel hombre le era sumamente estimable y al pensar que no lo encontrará más en su casucha, pesado y grandullón, siente un nudo en la garganta.

Era un tipo raro, Juan. Yo le dije una vez: Perdomo, usted terminará por destruirse, si no encuentra un camino que lo salve. Pero él se quedaba mirando con sus ojos apagados las llamas de su fogón de una manera tan impresionante que parecía como si supiera que su muerte iba a venir de ese modo tan espantoso... Pobre Marabú. Llegaré a viejo sin poder olvidarlo.

Vega en realidad no lo sabe todo; solo lo que unos peones pudieron colegir y escucharle cuando lo recogieron malamente quemado en medio del cañaveral al que había dado fuego. Aún pudo exclamar con su voz ronca:

Yolllll lo hice. Nnnnnno fue Mamartín. Nnnnnno fue Alvvvvvvvurado. Yo he sido el dedede este y totodos llllllos llllllos otros incendios. Sssosolo yo.

Se quejaba dolorosamente. Lo trajeron a su casa, adonde Concha González acudió y trató de hacer algo por él. Pero fue inútil. Murió algunas horas después, no sin haber podido murmurar, entretanto:

D d d didíganle a Mamartín cuando vvvvvuelva, que ahí ... llllele dejo mis cosas... ccccomo se lo ppppprometí la vez... quelllll le dije que cualquier d d d d didía yo me ppppppppodía ir.

Lo habían dejado sin trabajo. Además, el apresamiento de Martín, quien sin que este lo supiera había venido a ocupar en su corazón el lugar que había dejado vacante el marinero negro de la pierna de palo, lo había golpeado y enojado tumultuosamente.

Era necesario que el dirigente continuara luchando... A veces, amigo Martín estas palabras resuenan de un modo vivo y nuevo en sus oídos, me dan ganas de ser como usted; joven y batallador. Pero, ¿qué he de hacer? ... Ya no sirvo ni para vigilar una taujía.

Salió a medianoche, resplandeciente, convulso. Lo hizo por varios lugares para asegurarse bien del resultado. Luego, cuando ya las llamaradas alumbraban desde diferentes puntos empujadas por el fuerte viento, se quitó los lentes y se puso a contemplarlas. Sin darse cuenta, en un momento de descuido, los lentes se le cayeron de las manos, atraído como estaba por los fulgores que de una manera difusa, masiva y todopoderosa se le metían por sus deplorables pupilas, y aunque después trató de encontrarlos no lo pudo. Cómo se movieron sus manos (aquellas mismas que parecían dos roedores acuciosos y que daban la impresión de tener respiración y cerebro propios, de lo solas que estaban), intentando inútilmente dar con los anteojos que lo pudieran sacar de allí.

Al acudir algunos peones, intrigados por la rojiza y murmurante luminosidad que desde allí se tendía hacia el cielo, escucharon unos gritos humanos. Entre aquel infierno de calor pudieron prestarle auxilio, pero ya era perdido.

Martín, ignorando todo lo que sucedió en el espíritu agobioso de su compañero de zahúrda, comprende sin embargo que fue para salvarlos que Marabú se confesó culpable no solo de sus propios actos incendiarios, sino del que la hacienda había maridado hacer para imputárselo a Juan y a él, y exclama dirigiéndose a este:

Es curioso, nosotros no venimos a incendiar, sino a tratar de que el incendio se apague para siempre, dando a cada uno lo que es suyo. Y, no obstante, este hombre tartamudo y desolado se ha unido de algún modo a nosotros. Yo siempre decía de él que no tenía raíces en la humanidad; que había nacido como sembrado en el aire, porque usted quizá lo sabe no conoció padres ni nada que lo uniera con un pasado ni con el porvenir. Y ahora encontró esas raíces. Murió por ustedes, los parásitos; murió, al defendernos a nosotros, por todos los nuestros, y de esta manera, al revés que lo hacemos todos, que al nacer traemos una savia que viene manando del pasado, de los padres, de los abuelos, él se ha integrado en la humanidad con su acto final. Sí, Marabú, que no supo vivir o no pudo hacerlo, supo morir.

Y Martín se interrumpe porque un sollozo le atenaceaba la manzana en la garganta, como aquella vez en que vino a enterrar a su tío abuelo.

Ahora prosigue Cándido forma parte de la historia de estas tierras. Era un extranjero, pero su nombre se ganó el derecho a ocupar un lugar en el escalonamiento que es: ñor Espíritu Santo, Martín Villalta, tío Remigio y Marcelino... Cándido Perdomo... ustedes los parásitos, nosotros... Porque si no hubiera sido por él a estas horas usted y yo iríamos camino del presidio y esta cosa, aquí, tendría que volverse a comenzar con muy malas perspectivas.

Y cuando ya vienen de regreso:

Lo que más me duele, Juan, es que Marabú no quería morir. No, creo que no. Él, solamente, deseaba no estar tan solo...

Bueno, Martín, ahora por lo menos no lo estará. Por lo que sé hay en ese pequeño cementerio tantas y tan buenas compañías... Que mis cuatro chacalines también le hagan la tierra más buena y lo ayuden a enraizar.

XXII



Concha González, allá en el corredor de la casa grande, no sabiendo que Martín Vega ya se encuentra de nuevo en la hacienda, se mira sus blancas manos y piensa, evocando los años idos, que su existencia se les parece. Antes, cuando solía ir con aquel zagalillo llamado Martín al palacio encantado, ella era como sus palmas, rosada, suave, llena de líneas claras y significativas. Ahora, en medio del ajetreo social de todos los días, se ha vuelto como el dorso, áspera y porosa, con hoscos nudos. Mas qué ha de hacer; allí ve a su hija, que juega con el gato. La niña es el mejor refugio de su espíritu. Está tratando de que crezca tan parecida a ella.

Días después, al toparse con el hombre en una de las calles de la hacienda, aunque sabe que viven para siempre alejados, siente curiosidad de conversarle y escuchar nuevamente su voz.

Él se turba, se pone pálido. Concepción lo saluda con un tono que quisiera no ser tembloroso:

Hola, Martín Vega, ¿qué es de su vida? Tanto tiempo sin verlo.

Han pasado tantos años piensa el dirigente campesino, y estamos situados en terrenos tan distantes. Trata de esquivarse. Murmura algunas palabras y hace ademán de seguir su camino. Sin saber por qué, junto a un sentimiento de oscurecido y añejo amor que todavía se le abalanza, un llamarón de ira quiere ahogarlo. Ahora el rostro se le ha enrojecido. Pero ella, con voz en que se trasunta el vacío de su vida, vuelve a decir:

No se vaya, Martín. ¿Por qué? Pero si yo sé que tiene sus ideas políticas, y no me importa. Eso no impide que podamos ser otra vez buenos amigos.

Él guarda silencio, atenuada su cólera. Ella prosigue:

¿Tanto nos odia, Martín, tanto me malquiere?

Y él, entonces, mirándola a los ojos, sonrío y dice:

No, no, eso no, ide ninguna manera, doña Concepción! Yo... ¿malquererla a usted?

Cómo quisiera contarle toda la verdad. La verdad está sin embargo presente en el timbre de su voz.

Martín, mire, póngase en mi caso. Yo no puedo explicárselo todo, pero sí decirle una cosa, y le ruego que me crea: nada tuve que ver con... usted comprende. No fue asunto mío... Yo me opuse, estaba furiosa.

Por favor, no se disculpe; le creo, sí, claro que le creo; usted no podía ser capaz. Pero no es ese el asunto. Lo único que hay de por medio son unas abras. ¿Recuerda que yo le contaba la historia de tata Espíritu Santo? Son las tierras de ellos, de ellos y de nosotros, que están aún sitiadas por ustedes, sucesores de los Castros. Y aunque yo, Martín Vega, no quisiera maltratarla a usted, Concepción González, ese sitio debe ser levantado.

Y, saludando, se aleja.

Concha se queda un momento donde está, y luego echa a andar con su paso elegante y al mismo tiempo desolado.

Al acercarse Martín a un recodo ve sentado sobre un pedrón solitario a su padre, el viejo estucurú, y, preguntándose de pronto por qué nunca antes lo había intentado, se le aproxima y poniéndole la mano en el hombro le dice:

Viejo... ¿quiere que vayamos usted, que es mi tata, y yo, que soy su hijo, a tomarnos juntos un par de tragos en el comisariato?

Y Marcelino, descubriéndole a Martín que puede sonreír, sonrío... Jamás se le hubiera ocurrido... Un par de tragos con su hijo. Cómo no. Y se levanta.

Me tuvo muy preocupado, muchacho; yo sé lo que es la cárcel... ¡Pero les ganamos la partida!

Se la vamos ganando, sí, creo que se la vamos ganando.

Martín ligeramente más alto, Marcelino de hombros más anchos, caminan el uno al lado del otro.

Ellos no lo saben; mas, se parecen tanto sus andados.

FIN



La novela *El Sitio de las Abras*, del escritor costarricense Fabián Dobles, es un clásico de la literatura nacional y centroamericana que permite conocer a fondo una parte importante de la historia de nuestro país: la aventura de nuestros ancestros campesinos en pos de un espacio, el “abra” en la tierra, y hacerle frente a la codicia y a la injusticia que rompen la armonía social y con la naturaleza; es asimismo un retazo de la historia universal de las luchas de los seres humanos en el mundo.

La novela recrea la valentía, honestidad y perseverancia del ser costarricense profundo. Estos valores están disminuidos cuando la globalización lleva a borrar identidades grupales, estimula el individualismo y amenaza la solidaridad entre las personas. La obra es un excelente texto para conectar el presente con el pasado y recuperar para el futuro la capacidad de hazaña y justicia que también nos caracteriza.

